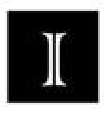
Mijaíl Shishkin

Mi Rusia

La guerra o la paz

Traducción de Pablo Alejandro Arias Pérez





MIJAÍL SHISHKIN

MI RUSIA

LA GUERRA O LA PAZ

Traducción del alemán de Pablo Alejandro Arias Pérez

IMPEDIMENTA

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Siempre he sentido interés por la historia de la guerra civil española. Me recordaba a la guerra civil en Rusia por el increíble encarnizamiento mutuo. Después de tanto odio, después de tantas víctimas y tanta barbarie, a la gente le costaba estar en paz consigo misma. Las guerras civiles suelen terminar en dictadura. Después de la muerte del dictador, España pudo emprender el camino para construir una sociedad democrática. Además, los españoles pudieron superar la dictadura sin ayuda externa, a diferencia de la Alemania Occidental, en la que es imposible imaginarse la transformación sin la derrota en la guerra. Alemania no habría podido vencerse, vencer su pasado, sin la ocupación de los aliados. España logró hacerlo sola. ¿Podrá hacerlo Rusia?

He escrito este libro para explicar Rusia al lector occidental. Explicar Rusia y su guerra. Cada generación de mi país ha tenido su propia guerra. Es siempre la misma guerra. Nadie en Occidente podía creer que en pleno siglo XXI un país europeo atacara a otro. El ser humano actual es incapaz de concebir que el bombardeo de las ciudades ucranianas, el 24 de febrero de 2022, no sea producto de los delirios de un dictador loco, sino la continuación de una guerra infinita que durante siglos viene librando el sistema autoritario de Moscú contra su propio pueblo y contra el mundo entero.

Este libro, escrito en alemán, se publicó en el año 2019. Explicaba mi país y su guerra a través de la historia de Rusia y de la historia de mi familia. Si conoces el pasado, puedes imaginar cómo será el futuro. Los dos últimos capítulos

describían qué nos aguardaba. Ahora estamos en ese futuro y, lamentablemente, todo se corresponde con el guion que escribí. Cada día que pasa se vuelve más actual, ay. Después del inicio de la agresión de Putin, el libro se tradujo a veinte idiomas, y me alegra que llegue ahora a los lectores españoles. No he cambiado ni una sola palabra, solo he escrito un prólogo y un epílogo.

Con el inicio de esta guerra infame que Rusia libra contra Ucrania empezó a dolerme ser ruso. Toda mi vida he sentido bajo mis pies el terreno firme que era la cultura rusa. Ahora bajo mis pies solo hay vacío.

Madame de Staël dijo como de pasada: «Le silence russe est tout à fait extraordinaire: ce silence porte uniquement sur ce qui leur inspire un vif intérêt». El silencio de los rusos es realmente sorprendente: guardan silencio justo sobre aquello por lo que sienten un vivo interés.

En otoño de 2014 fui a la Feria del Libro de Krasnoyarsk. Una gran fiesta de la literatura. Todo tenía la misma apariencia que en Frankfurt. Así debe ser en el siglo XXI: la cultura mundial se encuentra en Siberia como en casa. Ese año, en mis presentaciones en Europa, todas las preguntas y conversaciones versaban sobre la guerra. En la Feria del Libro en Rusia se hablaba de todo lo que quisieras, pero no de la guerra. Todos sentían un terrible interés por una guía nueva de la Roma clásica. Yo parecía ser el único que, desde un escenario, hablaba de la catástrofe sobrevenida.

Ese silencio fue humillante. Humillante para todos: para los escritores y para los lectores. Fue la gota que colmó el vaso. No quise regresar más a esa humillación.

En los años de guerra ese silencio se volvió ensordecedor. Después del 24 de febrero, insoportable.

La avalancha de palabras no cesa: «festivales frutícolo-literarios», presentaciones de nuevas guías sobre la Roma clásica, lanzamientos de gruesas revistas literarias que fingen que todo está bien, cursos de teoría y práctica del arte de escribir, talleres para escritores jóvenes sobre temas de actualidad: «cómo construir la trama», «conflicto, héroes, estilo». Una avalancha de silencio. Un coro de silencio. Todo es una única y gran conferencia para la cultura rusa, una conferencia sobre el silencio.

El hablar en voz alta, pero no de lo que se debe: un silencio en toda su amplitud.

¿En el silencio está la salvación? La literatura rusa no nos salvó del gulag, pero ayudó a sobrevivir en ese país-gulag. Y ahora de nuevo acude en nuestro auxilio.

El silencio como forma de supervivencia, el silencio como aire para respirar.

El tiempo y las particularidades históricas cambian los receptores del gusto. Tiempo atrás, de joven, la literatura clásica rusa impidió que me ahogara en la mentira soviética. Los libros en las estanterías son los mismos, las rimas no disuelven los abrazos, las letras no se han desvanecido, pero las palabras significan algo completamente diferente, tienen otro gusto. Intento releer a mis poetas favoritos del Siglo de Oro, pero todos están rellenos de vomitonas patrióticas.

Es imposible que no portemos en nuestro interior las huellas del imperio en el que hemos crecido. Todos los que hemos nacido entre Moscú y el último extremo hemos nacido y crecido en un imperio milenario y, aunque lo odiemos, hemos respirado su aire. Y cuando hablamos del «imperialismo» ruso, de su «colonialismo», casi nos parece un cumplido para ese interminable pantano sangriento, puesto que nos pone a la altura del Imperio británico. Hay que darse cuenta de que todavía en el siglo XXI el país vive según las leyes de la Horda de Oro: en la cima de la pirámide está el kan y, debajo, sus esclavos, sin derecho a voz ni a la propiedad. La única razón e ideología de este orden social es el poder en sí y la lucha por el poder; la imprescindible y adecuada condición de esta vida, la violencia.

Esta forma de vida en este enorme país no puede revocarla ningún decreto, igual que no se puede revocar una lengua.

A lo largo de varias generaciones la realidad carcelaria cultivó un comportamiento carcelario. Para vivir con los lobos hay que aullar como los lobos. Esto se pone de manifiesto en la lengua que estaba llamada a servir a la vida rusa, apoyándola en su constante e interminable estado de guerra con todo el mundo y consigo misma. Cuando todos viven según las leyes de un campo de concentración, la misión de la lengua es la guerra de cada uno contra cada uno. Si el fuerte está obligado a golpear al débil, la misión de la lengua es verbalizar esta situación. Humillar, agraviar, quitar la ración, degradar. La lengua como forma de falta de respeto hacia el individuo. La lengua como medio de destrucción de la dignidad humana. Un arma verbal como lo son las palabrotas y los insultos en Rusia no existe en ningún otro «imperio». En esta lengua que refleja la esencia de la vida rusa llevan hablando mil años tanto el poder como la población. Y la lengua de la literatura rusa es un pegote extranjero en el cuerpo de la lengua de la pirámide de esclavos, que apareció en el siglo XVIII, cuando los colonos de Occidente trajeron consigo conceptos ajenos a nosotros: ***Liberté, Égalité, Fraternité.***

Hace mucho que se dijo que el poder en Rusia es semejante al rey Midas:

igual que el antiguo rey convertía en oro todo lo que tocaba, así todo lo que toca este poder se convierte en mierda y en sangre. Extiende sus dedos para tocarlo todo. Quiere utilizar a Tolstói, a Rajmáninov, a Brodsky. Organizan la adoración a los muertos porque estos no pueden responder, y les parece que el reflejo de los clásicos cae en este caso también sobre ellos, sobre el régimen de Putin, sobre su «operación militar especial».

No tengo ninguna duda de que Tolstói mandaría a la mierda a este pseudoestado de delincuentes y exigiría que en todas las escuelas del país, en los departamentos de Literatura, se colgara encima de la pizarra, en lugar de su retrato, las palabras «¡El patriotismo es esclavitud!». Rajmáninov empezaría a dar conciertos benéficos para ayudar a los niños ucranianos heridos. Brodsky se arrepentiría de su vergonzosa «patraña de Tarás»[1] y daría conferencias por todo el mundo recaudando dinero para las fuerzas armadas ucranianas.

Aunque me temo que Dostoievski, con su omnihumanidad ortodoxa, sería presentador en el canal ***Tsargrad.***[2]

Después del 24 de febrero salieron a protestar varias personas en mucha soledad. ¿Dónde están ahora esas hermosas y temerosas personas que salieron a defender la dignidad de su pueblo y de su país? En la cárcel. O han huido. El pueblo guardó un completo silencio. La estrategia de supervivencia de varias generaciones: el silencio. Los expertos occidentales lo definieron como miedo.

Después se declaró la movilización, y el mundo asistía perplejo ante cientos de miles de rusos acudiendo obedientes a la guerra, a matar a ucranianos y a que los mataran. Esto ya no tiene nada que ver con una estrategia de supervivencia. Es algo más profundo, más terrible.

La población de Rusia está infectada por una conciencia tribal. Esta enfermedad infantil de la humanidad se cura con la ilustración. En la civilización contemporánea la tribu ha sido sustituida por el individuo, en la base de la sociedad está la persona. Asumo personalmente la responsabilidad de mi principal decisión en esta vida: existe el bien y existe el mal. Y si mi país, mi pueblo, hace el mal, entonces iré contra mi país y contra mi pueblo.

La conciencia tribal no dispone del propio concepto de responsabilidad individual por la elección del bien o del mal. «¡La madre patria te llama!» La conciencia de tribu asediada por el enemigo se ha intentado reforzar siempre por parte de cualquier régimen ruso desde el «autocracia, ortodoxia y nación»[3] hasta el «¡Gloria al PCUS!» y «Crimea es nuestra».

En la vida política patria solo hay dos estaciones del año: orden y tumultos. La sabiduría popular de varias generaciones dice: si hay orden, es que el zar es

auténtico; si hay tumultos, no lo es.

Al vencedor no se le elige. La fuerza es la única legitimidad rusa. Perdió la guerra de Chechenia Borís el Borracho. La ganó el zar en el Kremlin. Se anexionó Crimea: «Existe Putin, existe Rusia». No ha vencido a los nacionalistas ucranianos, es un enano en un búnker sentado en una mesa kilométrica.

Rusia ocupa un territorio en el que se ha detenido el tiempo histórico. El país no logra salir del pasado al presente, cambiar de calendario aquí no ha ayudado.

La no toma de Kiev, la ausencia de victoria en la guerra de Ucrania, es una señal clara: el zar no es auténtico.

El país contuvo el aliento cuando los tanques de Prigozhin estaban a 400 kilómetros de Moscú, a 300, a 200… A la gente de Wagner los recibieron en la «liberada» Rostov con flores y helados. Tenía todo para declararse el nuevo zar: fuerza, a la que nadie intentó siquiera oponerse. Era sangre de su sangre: exhalaba ese olor a cárcel al que está acostumbrada la nariz rusa, derramaba lengua materna. Y, lo más importante, era el único de los «generales» de Putin con una victoria, aunque pequeña, en el bolsillo.

Rusia está lista para un nuevo zar, pero el nuevo zar aún no está listo para Rusia.

Vaya, nadie llegará a Moscú en un Abrams. En un sentido histórico, Alemania tuvo suerte de que el coronel Stauffenberg no hiciera volar por los aires a Hitler. La desnazificación la habría llevado a cabo la Gestapo, y no las autoridades de ocupación.

Las comandancias de la OTAN no van a colgar por las ciudades remotas de la Federación Rusa carteles con los niños ucranianos asesinados —«Es culpa vuestra, es culpa de vuestra ciudad»— como hicieron los estadounidenses en la Alemania posbélica. En un mapa ruso no se encontrará ningún Núremberg. No habrá un arrepentimiento nacional ruso. Los post-Putin no se arrodillarán en Bucha, Mariúpol, Praga, Budapest, Vilna o Tiflis. No es tarea propia de un zar.

En consecuencia, tampoco habrá plan Marshall. Sin embargo, sí habrá un apretón de manos con el primer soberano del Kremlin que prometa a Occidente el control sobre un arsenal nuclear herrumbroso.

Después de una de las intervenciones electorales de Navalni, se le acercó alguien y le dijo: «Alexéi, me gusta lo que usted dice, pero usted no me gusta. Primero conviértase en presidente y, entonces, lo votaré».

Para introducir la democracia en Rusia, primero hay que convertirse en zar. Pero convertirse en zar significa eso, convertirse en zar. El actor interpreta un

papel, pero no puede modificarlo.

Para la cultura, en un futuro previsible, la Federación Rusa se transformará en una zona de contaminación radioactiva.

Los rectores de las universidades, los directores de museos y bibliotecas, los directores de teatro y de cine que han declarado abiertamente su apoyo a la Operación Militar Especial se han convertido en criminales de guerra. Pero ellos pueden estar tranquilos. No habrá lustración, y no creen en el castigo del Juicio Final. Por supuesto, apoyando la guerra salvaron sus museos, bibliotecas y teatros. «Besa la mano del malhechor y escupe».[4] Al traicionarse a sí mismo para salvar su teatro, un director no puede después hacer en el teatro aquello a lo que está llamado. Mediante la traición uno no puede salvarse ni a sí mismo ni salvar el teatro.

La cultura es una forma de existencia de la dignidad humana.

Uno puede lavarse la suciedad y el sudor, pero ¿cómo lavarse el silencio? ¿Dónde está la frontera entre el silencio para salvarse y la infamia?

La guerra de Putin es contra Ucrania, pero también contra Rusia. Están destruyendo la cultura. Están destruyendo el país. El pueblo guarda silencio y, con gesto acostumbrado, apoya la cabeza en el cadalso con un suspiro, para que el zar lo vea mejor. El silencio solo puede confrontarse con la palabra. La palabra libre es un acto de oposición. En Rusia se puede o cantar canciones patrióticas o callar. O emigrar. La emigración es un acto de oposición.

¿Podrá la cultura rusa existir fuera de su territorio? De la emigración de un siglo de antigüedad nos diferencia la posibilidad de utilizar tecnología punta. Siempre pienso en lo perdido, en lo amputado de los centros de la emigración rusa —Berlín, París— que me sentí en un círculo literario en Harbin. Pero, ahora, vas en un tren en África y, si hay wifi, estás en el centro de la cultura rusa. Quizá esta sea la oportunidad de que surja la «hermosa Rusia del futuro»[5] en la que estarán Chéjov y Rajmáninov, pero no Putin ni Prigozhin. Este país se encuentra en un mundo virtual. También es posible que *offline* no pueda existir.

Mi Rusia es un país que ha declarado su independencia de la bota autoritaria.

En este país no hace falta estar regularizado, no hacen falta pasaportes. Uno se legitima con la respiración del ser humano que vive en la cultura rusa. La capital de la cultura rusa está en todas partes, está donde estemos nosotros, sus portadores, sus usuarios, sus creadores. Por todo el mundo.

Pero ¿cuánto puede vivir una lengua emigrada? Tenemos la experiencia del éxodo postrevolución: los hijos todavía hablaban en ruso, los nietos, no. Tenemos

nuestra propia experiencia: nuestros hijos todavía hablan en ruso con nosotros, ¿lo harán nuestros nietos? No hay suficientes rusos para una tercera generación.

La emigración rusa no tiene la base que permitió a los hebreos mantenerse durante milenios. Los hebreos tenían su lengua y a Dios. Los rusos, solo la lengua.

¿Significa esto que los eslavistas van a estudiar la literatura en una lengua muerta, como los latinistas?

La población de nuestra patria histórica siempre va a producir su lengua materna como si fuera *kasha* de un caldero mágico, y nadie le gritará: «¡No cuezas!». La afluencia de sangre fresca verbal de Rusia no cesa. Del potingue soviético emergieron Brodsky, Sasha Sokolov y Vladímir Sharov. Igual que un río encuentra su cauce, la lengua siempre encontrará un poeta.

La cultura rusa, ¿para qué?

Devolver la dignidad a la literatura rusa solo puede hacerlo el texto. El texto-redención. Y debe ser escrito no por un emigrante, sino por quien haya estado en las trincheras de Ucrania y se haya hecho preguntas: ¿quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Para qué esta guerra? ¿Por qué nosotros, los rusos, somos fascistas?

¿Se escribirá alguna vez ese texto? Dios dirá.

MIJAÍL SHISHKIN

Marzo de 2024

---

[1] Tarás Shevchenko, considerado el principal autor ucraniano, y padre de la literatura moderna en esta lengua. Shishkin hace referencia a un polémico poema de Joseph Brodsky, escrito en 1991 y publicado en 1994, en el que se mostró muy crítico con la independencia de Ucrania. *(Todas las notas de la introducción son de la traductora del ruso.)*

[2] «La ciudad del zar», nombre ruso de Constantinopla, es el nombre adoptado por un canal afín al Kremlin y a la Iglesia ortodoxa rusa.

[3] Base de la doctrina ideológica de Nicolás I.

[4] Cita un poco libre, de memoria, de *La hija del capitán,* de Alexandr S. Pushkin.

[5] Expresión usada en los círculos opositores rusos y que surgió en la campaña presidencial de Navalni en 2017.

LA PARADOJA DE LA MENTIRA

A menudo tengo la sensación de que la raíz de toda cuestión está en las palabras.

Al atravesar la frontera rusa, algunos conceptos resultan ser cajas mal etiquetadas, y, de un modo inquietante, sus contenidos son o bien sustituidos en silencio, o bien directamente hurtados. Los mejores y más hermosos conceptos pierden su sentido en el contexto ruso.

Cuando era joven todo parecía simple y claro: nuestro país había sido tomado por una banda de comunistas y, si expulsábamos al Partido, se abrirían las fronteras y volveríamos a la familia universal de los pueblos que se rigen por las leyes de la libertad y reconocen los derechos del individuo. ***Parlamento, república, constitución, elecciones,*** estas palabras tenían un sonido mágico. En aquel entonces, todos éramos ingenuos. Por alguna razón no habíamos pensado que estas palabras ya existían, pues la Constitución estalinista del año 1936 era la «constitución más democrática del mundo». Ya vivíamos entre semejantes palabras grandilocuentes, que colmaban todos los periódicos, e incluso votábamos con regularidad.

Habíamos olvidado que todas estas buenas palabras que, desde Occidente, penetraron en nuestra sociedad a través de la frontera, habían perdido su sentido original, ya que habían pasado a denominar cualquier cosa salvo aquello que realmente significaban.

La Constitución ya nos garantizaba todos los derechos posibles, pues

proclamaba claramente por escrito «el derecho universal e igualitario a ejercer el voto directo de forma secreta»; «la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y asociación, la libertad de manifestación en la vía pública»; «a los ciudadanos de la URSS se les garantiza la inviolabilidad de su persona»; «nadie puede ser detenido salvo por orden judicial o autorización de la fiscalía»; «la inviolabilidad de la vivienda y el secreto postal están protegidos por ley».

El texto de esta maravillosa constitución fue escrito por Nikolái Bucharin. Tres meses después de su aprobación, en marzo de 1937, su autor fue detenido, acusado de espionaje y de haber participado en un complot contra Stalin. En su última carta, Bucharin suplicaba a Stalin que en lugar de fusilarlo le suministrara una dosis mortal de morfina. Lejos de mostrar clemencia por él, el jefe del NKVD,[6] Nikolái Yezhov, ordenó que el condenado presenciara el fusilamiento de otros compañeros de celda mientras aguardaba su turno.

Bucharin se había casado tres veces. Su primera mujer, Nadezhda Lukina, había sido detenida el 1 de mayo de 1938 y fusilada el 9 de marzo de 1940. Su segunda mujer, Esfir Gurvitsch, y su hija Svetlana pasaron muchos años en el gulag. También su tercera mujer fue detenida y el hijo de ambos, Juri, creció en un orfanato sin saber quiénes eran sus padres.

Las palabras abandonaron a su autor. Parece que hubieran conspirado contra nosotros.

En Rusia, las palabras más fáciles y comunes a menudo dan a entender cosas muy diferentes. Cuando se habla en Rusia sobre la economía de mercado o la propiedad privada, esto puede sonar atractivo y familiar para los oídos occidentales, pero lleva a error porque no existe ni la propiedad privada protegida como tal ni una economía de mercado en el sentido occidental. Tomemos por ejemplo el Estado. En el mundo civilizado se asume que el Estado sirve como instrumento en la defensa de los intereses de sus ciudadanos y no persigue un interés propio. El poder se construye desde abajo y solo se delega hacia arriba la autoridad sobre aquellas competencias que no pueden ser ejercidas a un nivel inferior. La separación de poderes en legislativo, ejecutivo y judicial es inculcada a todo ciudadano con la leche materna.

En Rusia se entiende por Estado algo muy diferente: significa poder y territorio, y ambos son sagrados. En Occidente, el ciudadano es copropietario del Estado; en Rusia, por el contrario, es su siervo con independencia del blasón que cuelgue en su puerta.

¿Quién en la Unión Soviética habría pensado que podría desaparecer el Partido Comunista y que, aun así, en la nueva Rusia, todas estas buenas palabras

como ***democracia, parlamento y constitución*** se convertirían en meros garrotes al servicio de la interminable lucha por el poder y el dinero?

Tomemos el concepto «democracia». En Europa es el garante de las libertades individuales y los derechos humanos. Para la mayoría de los rusos este concepto representa el caos de los años noventa y nadie en Rusia quiere volver a los «salvajes noventa».

Las mismas palabras generan en Rusia y en Occidente reacciones bien distintas. Por ejemplo, en Occidente, la ahora famosa frase pronunciada por Vladímir Putin en abril de 2005, «la caída de la Unión Soviética fue la ***mayor catástrofe geopolítica*** del siglo XX», suscitaba sonrisas. Mientras que en EE. UU. y Europa occidental el fin de la Unión Soviética se percibía como el triunfo de la libertad y la democracia, para la mayoría de los rusos supuso una catástrofe humana y social de dimensiones incalculables. Al decir esto, Putin se estaba haciendo eco de lo que sentían la mayoría de los rusos.

Probablemente, el mayor malentendido entre Occidente y Rusia surge del hecho de que los conceptos democráticos en Rusia son palabras vacías y carentes de sentido que no generan ningún tipo de efecto. En Occidente, los Gobiernos son examinados de acuerdo a estas ideas; sin embargo, en Rusia son fachadas y todo el mundo sabe que detrás de ellas no hay más que un gran vacío. El Estado ruso puede hacer proclamas sobre «leyes», «la constitución», «los derechos humanos» y cualquier otro tipo de «libertades», pero Rusia vivió y vive solamente de acuerdo con una ley: lo que dictamine el todopoderoso Kremlin. Por eso, aquellos que gobiernan mi país no entienden por qué, por ejemplo, Inglaterra no puede extraditar a separatistas chechenos. En su visión del mundo, el asunto quedaría zanjado con una llamada del primer ministro británico al juez instructor.

En el universo ruso las palabras grandilocuentes tienen otra función: sirven para camuflarse. Lo que podría parecer una mentira para alguien de fuera facilita el entendimiento común entre rusoparlantes. Esto no es una paradoja, sino la realidad rusa de las palabras.

«En Crimea no hay soldados rusos», declaró Putin al mundo entero en la primavera de 2014 con una sonrisa ladina. En Occidente no se entendía cómo podía Putin mentir a su pueblo de forma tan obscena. La población, sin embargo, no lo percibió como una mentira: entre nosotros lo entendemos, se trata de engañar al enemigo. Y engañar al enemigo no es un pecado, sino una virtud militar. ¡Con qué orgullo admitiría Putin más tarde que sí había soldados desplazados a Crimea!

A Occidente se le miente descaradamente a la cara: «No hemos abatido el Boeing 777 que sobrevolaba Donetsk». Todos saben que es mentira, pero la vida continúa y todo sigue como de costumbre.

Cada vez que Putin obsequia a los políticos occidentales con mentiras de una insolencia manifiesta, se dedica a observar sus reacciones con evidente interés y no sin cierto placer: se recrea en la perplejidad y el desamparo de los que estos políticos adolecen. La insolencia es una demostración de fuerza que obliga al enemigo a reaccionar poniéndolo en apuros. Los políticos occidentales no están acostumbrados a mentir abiertamente y, cuando lo hacen, es de la forma más disimulada posible. En la Europa democrática, la mentira opera con un algoritmo diferente.

En sus memorias, Chris Patten, el último gobernador de Hong-Kong y antiguo comisario europeo, rememora un episodio ocurrido en una cumbre en la que estuvo sentado junto a Putin. El tema tratado era Chechenia y las violaciones de derechos humanos que allí se cometían. «La situación era extraña... Sabíamos que Putin mentía. Putin sabía que sabíamos que él mentía. Pero no le importaba lo más mínimo y todos dejamos que se saliera con la suya.»[7]

Oficialmente se afirma que Rusia no participa de la guerra en Ucrania oriental, aunque todos sabemos que es mentira, y la diplomacia occidental lo acepta.[8] Los amos del Kremlin envían soldados a Ucrania oriental, los dejan morir allí en esta infame intervención encubierta y, posteriormente, engañan a las familias acerca de la causa y el lugar de la muerte. Las familias fingen creer al Gobierno y callan. Cuando Putin dice una mentira en su propio país, todos saben que miente, y él mismo sabe que todos lo saben. Sin embargo, su electorado no tiene problemas con sus historias falsas. La «verdad» rusa es una mentira interminable.

Nada de esto es nuevo. Hubo un día en que la radio soviética transmitió la siguiente mentira: «¡El TASS[9] declara que no hay tropas soviéticas estacionadas en el territorio de Corea!». No había tropas en Egipto, Argelia, Yemen, Siria, Angola, Mozambique, Etiopía, Camboya, Bangladesh o Laos. Si los soldados estacionados en estos territorios tenían la suerte de haber sobrevivido y regresaban a su tierra recibían la siguiente orden: ¡ni una sola palabra! Su propio país los repudiaba. No fue hasta los años noventa cuando les reconocieron *a posteriori* sus servicios y fueron incluidos en el párrafo de la ley «sobre los veteranos» debido a su participación en actos bélicos. En esta ley se enumeran las guerras en las que han luchado nuestros soldados y oficiales, guerras en las que nuestros Gobiernos negaban de manera categórica y furibunda haber participado en modo alguno.

Los legisladores del futuro deberán incluir Ucrania en dicha lista.

Rusia ha regresado a los tiempos soviéticos de la mentira total. En esa época, el poder firmó un contrato social con sus súbditos que ha regido nuestras vidas a lo largo de décadas. Sabemos que nosotros mentimos y sabemos que vosotros mentís, pero continuamos mintiendo para poder sobrevivir. Varias generaciones de rusos han crecido bajo este «contrato social».

Una vez pedí prestado en la biblioteca escolar ***Gelsomino en el país de los mentirosos,*** escrito por Gianni Rodari. Este libro cuenta la historia de un chico que llega a un país que ha sido secuestrado por piratas que obligan a todo el mundo a mentir. Ordenan a los gatos ladrar y a los perros maullar. El pan se ha de llamar ***tinta.*** Solamente circula dinero falso y los habitantes se informan sobre la actualidad a través del periódico ***El mentiroso ejemplar.*** Naturalmente me gustó el carácter absurdo de esta situación. Para los adultos, el secreto del increíble éxito del libro se debía a que ellos, a diferencia de los niños, entendían qué país describía en realidad el libro. Orwell para principiantes. Aún recuerdo cómo se asombraban mis padres de que el libro no estuviera prohibido. Ellos sabían que vivían justamente en ese país secuestrado por la mentira.

La mentira era omnipresente. Mentían los periódicos, la televisión, los maestros. El Estado engañaba a los ciudadanos. Los ciudadanos engañaban al Estado. Estas eran las reglas del juego que todos conocían. En este paraje de la mentira crecieron todos los actores que hoy en día representan la Rusia actual.

Durante varias décadas se mentía a propios y ajenos y a nadie parecía molestarle que nadie creyera a nadie. Había carteles que anunciaban a la población que la «URSS era el baluarte de la paz» mientras se enviaban tanques al mundo entero. La «llamada de un grupo de camaradas» —que en realidad era un grupo ridículamente pequeño que constaba de cinco funcionarios del ala estalinista del KSČ checoslovaco— sirvió de pretexto para invadir Checoslovaquia. Mentían cuando afirmaban que Afganistán nos reclamaba. Mentían sobre accidentes aéreos, siempre que en ellos no murieran equipos de fútbol o hockey, pues este tipo de catástrofes solo ocurrían allí, en Occidente. Mintieron al mundo entero con la llegada del nuevo secretario general del Partido, Brézhnev: Jrushchov fue recortado de la foto de la recepción que se brindó a Gagarín en la Plaza Roja después de su regreso del espacio. Mentían sobre el pasado, el presente y el futuro, sobre cualquier acontecimiento, tanto si era importante como si no.

La televisión informaba alegremente sobre el cumplimiento de los planes quinquenales a la vez que las estanterías de las tiendas se vaciaban sin cesar y las

filas para acceder a ellas eran cada vez más largas. Vivíamos en un país donde «el socialismo había triunfado»; donde, de acuerdo con la ley, todo pertenecía al pueblo, aunque en realidad el pueblo no poseyera nada. De hecho, nadie poseía nada. Vivíamos en ese extraordinario país lleno de esclavos donde todos obedecían al sistema, también aquellos que nos gobernaban.

El poder pedía a la población informes entusiastas sobre el éxito en todas las áreas de la economía y lo que obtenía eran informes falsos repletos de euforia. El poder encargaba mentiras, las obtenía y después fingía creérselas. Si alguien no quería ser partícipe de este juego de palabras, era aislado, reprendido, despedido, arrestado o asesinado. La dureza del castigo dependía de la temperatura de la época. En tiempos de Stalin te fusilaban. Entonces era mejor mentir como el resto, especialmente si tenías familia e hijos a tu cargo.

Mi madre era maestra en la escuela, pero en aquel entonces yo no era consciente de la dificultad que conllevaba para ella y el resto de maestros la preparación de las clases. La tarea a la que se enfrentaban era imposible de resolver: tenían que enseñar a los niños a decir la verdad y, a su vez, debían prepararlos para vivir en el país de las mentiras. De acuerdo con la ley escrita siempre se debe decir la verdad, pero la ley no escrita dice otra cosa: si dices la verdad, serás el culpable de las consecuencias que esta acarree.

Nuestras maestras (la mayoría de los maestros en Rusia son mujeres porque con el salario de un maestro de escuela apenas se puede mantener a una familia) nos enseñaban mentiras, en las que ellas mismas no creían, porque nos apreciaban y querían protegernos. Tenían miedo de decir algo incorrecto, pero tenían más miedo por nosotros que por sí mismas. En nuestro país se llevaba a cabo un juego mortal con las palabras. Teníamos que pronunciar las palabras correctas y evitar las peligrosas. Esta diferenciación no existía de forma oficial, pero todos la percibíamos en nuestros adentros. Los disidentes contravenían estas reglas del juego debido a su concepto suicida del honor personal (el famoso llamamiento que hacía Solzhenitsyn era «No vivir de acuerdo a la mentira»). Hubo también algunos jóvenes intrépidos que contravinieron estas reglas por falta de experiencia. Los maestros intentaban proteger a estos jóvenes amantes de la verdad inculcándoles una dosis revitalizante de miedo que, pese a ser dolorosa por momentos, inmunizaba para toda la vida. Puede que la enseñanza de Inglés o de Química no fuera la mejor, pero recibimos una educación ejemplar en el difícil arte de la supervivencia: decir una cosa, pensar otra y hacer otra diferente.

Una fractura en la personalidad y una conciencia dividida, esto es, decir una cosa mientras se piensa y se hace algo diferente, son los dos aspectos que

conformaron la realidad de toda una nación. Cuando una mentira se desliga de sí misma es capaz de construir una nueva realidad. Esa realidad somos nosotros. Nosotros, los rusos que vivimos hoy en día, procedemos íntegramente de esa realidad falsa. Esto incumbe tanto a los partidarios del Gobierno como a los opositores.

Pero ni siquiera deberíamos censurar esta mentira, ya que en ella se concentran todo el ímpetu vital y la fuerza del instinto de supervivencia. Para poder sobrevivir en esa cárcel cercada de alambre que es Rusia se requieren ciertas habilidades que hacen que la estructura de la mente se transforme. Eso tiene consecuencias, especialmente cuando las habilidades para la supervivencia son transmitidas de generación en generación. Para varias generaciones la mentira ha sido nuestra pócima vital. En 1939 el filósofo emigrado Nikolái Berdiáyev escribía en su artículo «La paradoja de la mentira» sobre las dictaduras de Hitler y Stalin: «Las personas viven con miedo y la mentira es su arma para la defensa». ¡Todos teníamos miedo y necesitábamos una forma de defendernos! El poder tenía miedo de su propio pueblo y por eso mentía. La población participaba de esta mentira porque ella, a su vez, tenía miedo del poder. La mentira se convirtió en una válvula de seguridad existencial en una sociedad basada en la violencia y el miedo.

Tenías que mentir, pero no creer. Si creías, estabas perdido al poco tiempo. Aún recuerdo cómo nos enteramos de la tragedia de Chernóbil. Por aquel entonces yo trabajaba en una escuela. Un profesor de Física, visiblemente alterado, vino corriendo en el descanso al aula de profesores. Era, aparte de mí, el único hombre en el cuerpo de docentes. Un conocido suyo le había informado extraoficialmente de la catástrofe. Le creímos de inmediato. Fue él y no el Gobierno quien nos mandó enviar a los niños a sus casas lo antes posible para que no sufrieran radiación al aire libre. Los canales oficiales guardaron silencio bastante más tiempo. Cuando, llegado el momento, informaron de los hechos, aseguraron de forma tranquilizadora que no existía ningún peligro. La población ya sabía qué significaba aquello: si dicen que no existe ningún peligro es que las cosas no van nada bien.

Los políticos occidentales no han tenido experiencias comparables con las mentiras. Los electores occidentales también ven a algunos de sus políticos como mentirosos y embusteros, con toda la razón. Sus mentiras pueden tener consecuencias graves como, por ejemplo, la mentira difundida acerca de la posesión de armas de destrucción masiva por parte de Sadam Hussein. Sin embargo, comparados con los autócratas rusos, los políticos occidentales —que,

además, perderán el poder en las siguientes elecciones— no son más que bribones de pacotilla. ¿Alguien se puede imaginar que el presidente de Estados Unidos o la canciller alemana envíen tropas a una misión militar para posteriormente renegar de sus propios soldados? Su electorado nunca lo entendería y tampoco lo perdonaría.

A un político occidental, cuya suerte depende de los votos que recibe, le conviene decir lo que de verdad piensa para ganarse la confianza de los electores. La revelación de una mentira puede costarle su carrera política en una sociedad democrática.

La actitud responsable hacia la palabra propia tiene sus orígenes en la transformación fundamental que sufrió el pensamiento europeo en el trascurso de la Reforma protestante. La palabra dicha se debe tomar en serio, es vinculante. El fundamento de una sociedad civilizada es la confianza, la confianza en las instituciones públicas y en la palabra dicha.

Los dos políticos que convirtieron el siglo XX en el más sanguinolento de la historia de la humanidad, Hitler y Stalin, sirven como ejemplo de las diferentes formas de operar que tiene la palabra. Un lector ruso, al leer el nauseabundo libro de Hitler, se sorprenderá de un grado de franqueza y sinceridad que en el caso de Stalin serían inimaginables. El odio a los judíos que Hitler expresa abiertamente nada tiene que ver con la retórica soviética de la «amistad de los pueblos». Aquí chocan dos tradiciones diferentes: la responsabilidad hacia la propia palabra por un lado y, por el otro, el mal uso de las palabras con el fin de camuflar las intenciones verdaderas. Las sinceras palabras del Führer manifiestan una convicción real gracias a la cual se granjeó la confianza de las multitudes alemanas. No mintió a los alemanes y cuando llegó al poder hizo todo lo que había prometido. Decretó las leyes de Núremberg creando así la base jurídica para la persecución de los judíos. El antisemitismo adquiría entonces forma legal y legítima: dicho y hecho. Así, el discurso de odio manifiesto de Hitler allanaría el camino al Holocausto.

Stalin, por su parte, nunca dijo una sola palabra en público contra los judíos; sin embargo, tras la guerra, mandó ejecutar al Comité antifascista judío-soviético e instigó, bajo el pretexto de la lucha contra el sionismo internacional, una persecución de judíos por todo el país. El mancillado juicio celebrado contra el «complot de los médicos»[10] fue la justificación de la que se sirvió la variante soviética de la «solución final». De hecho, ya se habían empezado a preparar las deportaciones de judíos a Siberia siguiendo el mismo modelo empleado anteriormente para la deportación de otros pueblos (finalmente, estas no tuvieron

lugar debido a la muerte de Stalin).

Tanto los miembros de la Gestapo como los de la NKVD eran ejecutores. Pero, mientras que la Gestapo torturaba a las personas con el fin de que confesaran la verdad, tanto si eran comunistas como judíos, el NKVD empleaba la tortura para arrancar una mentira del prisionero, para que confesara en falso que era un espía anglojaponés o un agente del sionismo internacional.

Desde las tribunas y periódicos se proclamaba la igualdad de todos los pueblos de la Unión Soviética y se ensalzaba la fraternidad entre todas las nacionalidades que la integraban. Sin embargo, en el país imperaba un antisemitismo latente propulsado por el Estado que seguiría existiendo incluso décadas después de la muerte de Stalin. No se aprobó ninguna ley que prohibiera admitir a judíos en determinadas facultades o universidades, pero había una ley no escrita que era la que todos seguían. En mi país no había necesidad de tener unas leyes de Núremberg con carácter oficial, ya que la relación entre la palabra y la realidad era otra.

Este es el origen de la imagen equivocada de Rusia que se tiene en los principales círculos políticos occidentales. Los medios y los políticos intentan juzgar a Moscú por sus declaraciones. Intentan sacar conclusiones políticas relevantes basadas en lo que dicen los «inquilinos del Kremlin». Pero estas declaraciones deben traducirse como: «Mentimos y lo sabéis, y, aun así, tenéis que tragaros nuestras mentiras». Se juzga a los dirigentes rusos por sus palabras, pero solo se les debería juzgar por sus actos.

¿Encontrará Europa algo con lo que enfrentar esta avalancha de mentiras o aceptará sin más el contrato social que ofrece Putin?

Quien quiera aprender a desenvolverse en Rusia tiene que revelar la «conspiración» que ocultan las palabras. Hay que elaborar un glosario de aquellos conceptos que llevan a equívoco y encontrar el verdadero sentido oculto de los términos que han sido malgastados y falseados. Hay que sacar a la luz todos los conceptos falseados. Todo traductor conoce sobradamente los «falsos amigos». Son palabras que suenan parecido en dos idiomas diferentes y que, por lo tanto, resultan familiares y pueden parecer inteligibles, pero que, no obstante, tienen significados muy distintos. En el mundo de Rusia, es como si casi todas las palabras fueran «falsos amigos».

Si no conseguimos aclarar esta maraña conceptual, se continuará hablando de Rusia como ese país misterioso en los extremos de la cristiandad. Se ha escrito mucho sobre la «misteriosa alma rusa» y Churchill lo sintetizó perfectamente de esta forma: «Rusia es un enigma envuelto en un misterio dentro de un secreto».

Pero los rusos no son ni enigmáticos ni misteriosos. No existen en el mundo pueblos enigmáticos y misteriosos. Solo existe la falta de conocimiento.

El famoso escritor Iván Goncharov redactó el diario de viaje ***La Fragata Pallas*** durante su vuelta al mundo en barco. En él, el autor de ***Oblomov,*** la obra magna en la «investigación del alma rusa», señala a propósito de los «misteriosos japoneses»: «Nuestra cortesía les parece descortés y viceversa». Goncharov añade que no es correcto juzgar a los japoneses según los criterios europeos. Sin conocer la historia del país no es posible comprender la mentalidad, la forma de vida y la política japonesas: «No importa el conocimiento que tengamos del alma humana y la experiencia vital que alberguemos, pues, si no disponemos de las claves que conforman la cosmovisión, la moral y los hábitos de un pueblo, resulta difícil comportarse de acuerdo a las costumbres locales. Es igual de difícil que aprender un idioma sin gramática ni diccionario».

Todos somos enigmáticos: japoneses, alemanes, papueses y rusos. Pero los enigmas pueden ser resueltos, ya que el pasado nos proporciona las piezas necesarias para reconstruir el presente.

Nuestra generación actual es el guante para una mano que es la historia.

---

[6] El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética, en ruso: Народный комиссариат внутренних дел СССР. ***(En lo sucesivo, todas las notas son del traductor del alemán.)***

[7] Chris Patten, ***Not Quite the Diplomat: Home Truths About World Affairs.*** Penguin, 2005, p. 202.

[8] En varias partes del libro se habla en presente o futuro de acontecimientos que el lector sabrá ubicar en el pasado más reciente.

[9] Agencia de noticias rusas.

[10] Supuesta conspiración llevada a cabo por médicos judíos en 1953 cuyo objetivo sería asesinar a Stalin.

EL ZAR DE LA MONTAÑA

Cuando éramos pequeños jugábamos a «zar de la montaña». En invierno hacíamos en el patio una montaña de nieve con un tobogán de hielo. El objetivo del juego era subir hasta lo alto de la montaña y empujar al resto de jugadores hacia abajo. Para ello estaban permitidos todos los medios. A esto mismo juega la historia rusa desde hace décadas, con la diferencia de que aquí corre sangre que de vez en cuando anega el país.

Aleksandr Herzen dijo: «Los escritores no son médicos. Son el dolor». Y, con ello, realizó un desmoralizador diagnóstico sobre la vida rusa: «El Estado se ha erguido en Rusia cual ejército de ocupación».

El hecho de que el Estado se comporte con su propia población como una fuerza invasora es algo que se remonta a sus propios orígenes, cuando los vikingos invadieron el territorio que ocupaban en aquel momento las tribus eslavas y así dieron comienzo a la historia rusa. Las crónicas blanquean estos hechos dando a entender que los vikingos fueron invitados, pero en realidad se trató de una conquista. Los vikingos instauraron en el territorio de las tribus eslavas un Estado, del mismo modo que fundaron otros Estados en Normandía y Sicilia. Se establecieron en Novgorod y Kiev, que fue declarada capital en el 882 por el príncipe Oleg. Por esta razón, los historiadores llaman al primer imperio fundado en territorio eslavo la Rus de Kiev. Los eslavos que se rebelaron contra los invasores extranjeros fueron salvajemente masacrados. Cuando los drevlianos, en uno de sus asaltos, mataron al avaricioso príncipe Ingvar (Igor), su viuda Helga

(Olga) vengó su muerte ordenando matar a cinco mil drevlianos en el túmulo de Oleg y quemando vivos en un baño a los miembros de una de sus delegaciones. Kórosten, la capital de los drevlianos, fue destruida por las llamas y sus habitantes fueron ejecutados sin piedad. El profundo abismo creado entre el poder y la población se convirtió en el evento traumático que alumbró la nación.

Aunque los príncipes escandinavos se casaran con mujeres eslavas y sus hijos comenzaran a hablar la lengua materna, esto no afectó a su relación con los súbditos. Las generaciones siguientes continuaron llevando a cabo saqueos tanto en los países extranjeros como en su propio «coto de caza». El país se dividió en diferentes principados enfrentados los unos a los otros. «Los de abajo» no eran tratados como «miembros de la tribu», sino como presas.

La religión podría haber jugado un papel unificador. Sin embargo, la adopción de la religión cristiana desembocó en otro acto de violencia por parte del poder contra la población aterrorizada. De acuerdo con la fuente más antigua que se conserva, la *Crónica de Néstor,* la elección que realizó el príncipe Vladímir entre el islam, el judaísmo, el cristianismo católico y el cristianismo ortodoxo bizantino siguió un criterio estético. Cuando sus emisarios regresaron de Zargrado,[11] donde habían presenciado un servicio religioso en la Hagia Sofía, se mostraron fascinados con la belleza de la misa ortodoxa, una belleza que les había hecho dudar si estaban «en la tierra o en el cielo». Pero, en realidad, todo fue un juego de poder. Bizancio era el imperio más poderoso en la región. Vladímir buscaba el acercamiento a la familia del emperador bizantino y, por ello, decidió escoger el cristianismo ortodoxo como religión. De este modo, la cuestión religiosa en Rusia estuvo determinada por la geopolítica.

En el 988, el recién convertido soberano mandó lanzar todos los ídolos paganos al río Dniéper de Kiev y ordenó a los habitantes bautizarse en el río. Quien se negaba era condenado a muerte. Así llegó la doctrina de Jesús a Rusia. La *druzhina,* el séquito militar del príncipe, llevó a cabo bautizos forzosos con una violencia brutal por todos los rincones del imperio.

La cristianización a través de Constantinopla tuvo consecuencias fatales para toda la historia rusa. A diferencia de la Iglesia católica romana, que mantuvo en su ámbito de influencia el uso del latín como lengua litúrgica, la Iglesia ortodoxa dio a los rusos el antiguo eslavo eclesiástico, una lengua que había sido desarrollada especialmente para los eslavos meridionales por los hermanos Cirilo y Metodio, dos eruditos bizantinos. Esto imposibilitó que los eslavos orientales establecieran un vínculo cultural con la Antigüedad grecorromana y pudieran, de este modo, participar del desarrollo que experimentarían los pueblos europeos. El

latín representaba la arteria de la civilización y se convertiría en la lengua de la ciencia, la medicina y el derecho, así como la lengua franca de la cristiandad. Una lengua «muerta» se convirtió en la fuente revitalizadora de la historia de Europa occidental, mientras que para los rusos se había creado una lengua eclesiástica muerta que se mantuvo momificada a lo largo de los siglos y no ejerció ninguna influencia en el progreso científico y social. Por una mera cuestión lingüística, los rusos no pudieron participar del Renacimiento, la Reforma protestante y la Ilustración.

Una amenaza letal venida del exterior como fue la invasión de los mongoles en el siglo XIII podría haber contribuido a la unión del pueblo. Esta inminente catástrofe podría haber sido una oportunidad histórica para superar el abismo que existía entre la autoridad y las masas populares. Pero no fue lo que ocurrió. Muy al contrario, el asalto de los mongoles y la incorporación posterior de la Rus a la Horda de Oro consolidó el antagonismo entre las autoridades y el pueblo, que se convirtió en una constante en la política rusa.

Bajo el mandato de Batú Kan, los mongoles fundaron el kanato de la Horda de Oro y erigieron su capital, Sarai, en el curso inferior del río Volga. Desde ese momento, la Rus pertenecería a la Horda de Oro. El país se convertía en un *ulus,* una provincia, del Imperio mongol. El kan concedía al príncipe ruso el control sobre sus tierras a través de un decreto de gracia llamado *jarlig.* Para rendir pleitesía al kan, los príncipes debían viajar a Sarai y, acompañados de su séquito, arrodillarse ante él y besarle los pies. A cambio, los mongoles renunciaban a ocupar militarmente las tierras invadidas y el príncipe ruso, en calidad de representante del kan, era el responsable de recaudar los tributos. Los recaudadores de impuestos defendían, por lo tanto, los intereses de la Horda de Oro comportándose como fuerzas de ocupación en su propio país, ya que su propia vida dependía de los pagos de tributos. Su estrategia de supervivencia consistía en saquear brutalmente a los habitantes de sus pueblos y villas. Quien cumplía la voluntad del kan tenía la oportunidad de sobrevivir. No era necesario que los mongoles intervinieran, ya que los príncipes desconfiaban los unos de los otros y se acusaban mutuamente ante el kan de Sarai. Para los súbditos, sus propios príncipes eran representantes de la Horda de Oro. Aunque los gobernantes compartían lengua y religión con su pueblo, actuaban como fuerzas enemigas. De este modo, la ocupación mongola fue llevada a cabo desde el principio por los propios soberanos. El yugo tártaro era en realidad el yugo ruso.

En el *ulus* ruso regían las mismas reglas que en el resto del Imperio mongol. El kan consideraba que los países y los pueblos esclavizados eran su propiedad. La

ley fundamental del país era la ley del más fuerte. Los príncipes rusos imitaban en sus cortes la vida de la capital de la Horda de Oro. La vertical del poder se basaba enteramente en el principio del sometimiento a los de arriba y el apisonamiento de los de abajo. La única diferencia fundamental en las relaciones mutuas entre la población y la autoridad que existió entre el antes y el después de la invasión mongola fue que los príncipes también se convirtieron en esclavos. La élite política rusa adoptó la mentalidad del esclavo por puro instinto de supervivencia.

Uno de los padres fundadores del sistema estatal ruso es Aleksandr Nevski. En la película de culto estalinista dirigida por Serguéi Eisenstein es representado como un férvido patriota y apreciado héroe popular. Esto se debe sobre todo a que Nevski despuntó durante su juventud debido a su excepcional valentía como líder militar. Pero la realidad era algo distinta. Batú Kan concedió al hermano de Aleksandr, Andréi, el rango de gran duque de Vladímir, la capital de la Rus septentrional. Entonces Andréi preparó una sublevación contra los mongoles y, para ello, intentó forjar una alianza de príncipes contra los gobernantes de Sarai. Aleksandr había pasado mucho tiempo en Sarai urdiendo un complot en la corte del gran kan contra su hermano. Finalmente, Batú destituyó a Andréi y le concedió el ducado a Aleksandr. Acto seguido, Aleksandr encabezó una expedición punitiva junto con soldados mongoles contra la Rus. El ejército de Andréi fue destrozado y él tuvo que huir a Suecia. Cuando los habitantes de Nóvgorod se sublevaron en 1257 contra el censo llevado a cabo por los mongoles con fines tributarios, Aleksandr volvió a situarse a la cabeza del ejército mongol y consiguió quebrar la resistencia de los rebeldes en una cruel intervención militar donde se amputó la nariz y arrancaron los ojos a miles de hombres. El auténtico yugo tártaro en Rusia no comenzó con el ataque mongol, sino con el ascenso al poder de Aleksandr Nevski, es decir, con un príncipe ruso que resultó ser un contundente y cruel ejecutor del ocupante extranjero. Esto no impidió que la Iglesia ortodoxa lo canonizara. Hoy en día, Aleksandr Nevski es considerado un héroe nacional ruso.

Otro momento en el devenir de Rusia donde el Estado «actuó como un ejército de ocupación» fue la transmisión del gran ducado a los soberanos de Moscú. Quien portaba el título de gran duque se convertía en vicerregente del kan y era, por lo tanto, responsable de la recaudación de tributos en todo el *ulus*. Tras una lucha encarnizada contra sus rivales, el príncipe moscovita Iván Kalitá se hizo en el siglo XIV con este título. Recibió la confianza del gran kan gracias a que había aplastado, junto con un ejército mongol, una sublevación que había tenido lugar en Tver, devastando todo el principado con un baño de sangre. La lealtad al

kan y la predisposición a emplear la más brutal violencia contra el propio pueblo le valió a Iván y su Gran Principado de Moscú una posición de mayor poder. La Rus se convirtió en el Ulus de Moscú dentro de la Horda de Oro. En el plano formal, la nueva hegemonía sería reafirmada con el traslado de la sede del metropolitano de Vladímir a Moscú. No en vano el sobrenombre Kalitá significa «monedero». Este gran duque amasó una enorme riqueza a base de embolsarse gran parte de los tributos recaudados en todo el país. Así nació el modelo que seguirían los futuros gobernantes moscovitas: el miedo mutuo y la violencia unirían inexorablemente al pueblo y sus soberanos.

Con el paso del tiempo, la Horda de Oro se dividió en varias partes. En medio de las continuas luchas de poder en un reino en plena desintegración, Moscú emergió como el *ulus* más poderoso. El vicerregente del gran kan se convirtió en soberano con carácter hereditario. Lo único que cambió en las relaciones sociales del Ulus de Moscú fue el hecho de que las tierras y el pueblo que hasta entonces habían sido propiedad del gran kan pasaron a pertenecer al gran duque, quien se llamaría a sí mismo zar. Moscú no se pudo liberar de la Horda de Oro, pues no es posible liberarse de uno mismo. Moscú se convirtió en la nueva Sarai y con ello acabó el yugo tártaro, que en realidad nunca había sido tártaro: los mongoles no reprimían al pueblo por sí mismos, sino que encomendaban esta tarea a los dóciles príncipes rusos. El *ulus* permaneció, pues se mantenían el sistema de gobierno y la mentalidad propia del *ulus*.

En el siglo XV, Moscú apareció en el escenario internacional como un actor independiente que tenía que hacerse valer frente a sus vecinos católicos de Occidente. El cristianismo ortodoxo servía como bandera de lucha. La Iglesia prestaba apoyo intelectual al Zarato ruso en su guerra contra todos los vecinos poniendo a su servicio una ideología de lucha mesiánica. La creciente confianza de los nuevos soberanos en sí mismos adquiriría tintes misionarios, y Moscú se convertía de este modo en la Tercera Roma. Después de la caída de Bizancio, Rusia era el único Estado independiente donde aún imperaba la religión ortodoxa. El Imperio de Moscú era visto como un fiel reflejo del reino del cielo en la tierra, como un Estado que reposaba sobre la verdad. El monje Filoféi de Pskov escribió las famosas palabras:

> Sabe, amante de Cristo y de Dios,
> que todos los imperios cristianos se han unido al
> final en el único imperio de nuestro soberano, según
> los libros de los profetas, es decir, el Imperio romano.

> Porque dos Romas han caído, pero la tercera está firme y no habrá una cuarta.[12]

El mundo ruso había alcanzado la perfección. Mientras, en Europa, el Renacimiento y la Reforma protestante estimulaban el espíritu de los hombres, se erguía en Oriente un imperio militar que utilizaba a su pueblo como ejército. La autocracia y la conformidad son las coordenadas de la vida rusa desde entonces. El único objetivo es la victoria sobre los enemigos. En la guerra que se libra contra el mundo entero, la expansión es la mejor defensa. De acuerdo con esta razón de Estado, el sentido de la vida de cada individuo se reduce a servir al Imperio ruso y su mayor dicha es morir por la patria. No se elige a los comandantes y no se cuestionan las órdenes. Cualquier atisbo de iniciativa personal, cualquier destello de pensamiento autónomo, supone una provocación. Cualquier manifestación de desacuerdo, por justificada que sea, equivale a una traición. Se divide a los hombres entre propios *(nashi)* y extraños. Los extraños nos odian a los rusos y tienen como objetivo vital destruir Rusia. Solo existe un Dios, el Dios ruso.

El concepto de propiedad privada, fundamental para las sociedades europeas, carece de sentido, pues la vida de los súbditos y, por supuesto, sus posesiones son parte de unas reservas militares estratégicas del país que pueden ser sacrificadas en cualquier momento en aras de un bien mayor. La lealtad a los superiores es la fuente y la garantía de toda propiedad. Solo existe una forma de propiedad: la posesión del poder. La pérdida de lealtad conlleva la pérdida de patrimonio. No hay un sistema jurídico estable, como tampoco existe la idea de tribunales independientes. Todo pertenece al más fuerte. La herencia de la Horda de Oro sigue viva en la «legitimidad del *jarlig*», que no es otra cosa que la legitimidad de la fuerza.

Lo único que protege al pueblo de la arbitrariedad del gobernante es un poder supremo severo que es el que garantiza el orden en el país. Si el poder gobernante muestra debilidad, toda la vertical del poder se descompone y se extiende el caos. Por ello, el pueblo desea mano dura. Entre caos y orden siempre escoge lo último. En Rusia nadie quiere un zar débil, sino un tirano.

En los siglos XV y XVI eran muy populares las leyendas sobre Drácula (el príncipe voivodo Vlad III de Valaquia). En los textos de Europa occidental se destacaba únicamente su crueldad. El equivalente ruso, *Skazanie o Drakule voevode (Historias sobre el voivodo Drácula),* fue presumiblemente escrito por un diplomático ruso llamado Fiodor Kurizyn y su mayor diferencia respecto a

las historias de Drácula estriba en la interpretación que hace del personaje principal. En las versiones de Europa occidental, Drácula es representado como un sanguinario déspota, un sádico maníaco, un profanador, un verdugo, un espíritu maligno y un villano. En cambio, en la versión rusa, es ante todo un gobernante ortodoxo que defiende la fe verdadera frente al enemigo musulmán y garantiza el orden absoluto en su país. Puesto que los enemigos temen atacar a este poderoso guerrero, impera una paz duradera. Nadie se atreve a robar, pues todo el mundo tiene miedo al castigo. Los servidores públicos no aceptan sobornos porque temen ser empalados. Un carnicero es el gobernante ideal. Las *Historias sobre el voivodo Drácula* fueron el primer libro secular original que surgió en Rusia. Es significativo que de entre todos los temas habituales en Europa la sociedad moscovita buscara precisamente este y lo reinterpretara de una forma tan radical. El texto gozó de una gran popularidad en Rusia.

El sistema social establecido en el Ulus de Moscú resultó sumamente estable y viable porque daba respuesta a la principal pregunta vital del hombre. La prolongada sumisión al zar arrebató a numerosas generaciones el espíritu, el cuerpo y la fuerza de voluntad, pero, a cambio, les confirió satisfacción espiritual y dio sentido a sus vidas. Aquello que los emisarios que habían llegado a Rusia desde las orillas del Rin describían como despotismo y esclavitud era visto a la orilla del río Moscova como una participación desinteresada en una lucha común. El zar era a su vez padre y general, y todos eran sus hijos y soldados. Se compensaba la inexistencia de una vida personal con la perspectiva de una dulce muerte por la patria. La expansión de la patria a través del tiempo y el espacio era la garantía de la salvación del alma. La redención no sale barata.

No fueron los enemigos en el campo de batalla, sino los propios zares quienes, sin quererlo, atestaron un golpe fatal al Ulus de Moscú. Europa era el enemigo número uno de Rusia. Pedro el Grande jamás tuvo la intención de «europeizar» este imperio situado en los confines del continente: tan solo pretendía modernizar su ejército para luchar en las guerras contra Occidente y aprovecharse de las más avanzadas tecnologías militares occidentales. Mandó buscar trabajadores, pero lo que llegaron fueron personas. Personas que traían palabras. Y gracias a estas palabras se difundieron en Rusia ideas que hasta entonces eran desconocidas, como «libertad», «república», «parlamento», «derechos humanos» y «dignidad».

Desde Occidente se tuvo desde el comienzo una imagen errónea de la «europeización» de Rusia por parte de Pedro el Grande. El reformador no buscaba en absoluto adaptar el país a la cultura occidental. Aunque ciertamente

se ordenara vestir con atuendos occidentales, esto no cambiaba el hecho de que el miedo y la violencia continuaban siendo las fuerzas motrices de la vida rusa. Y tampoco se pretendía en absoluto que la «ventana abierta a Europa» acabara siendo un agujero en la línea de flotación. El sistema, simplemente, ya no era hermético a las ideas y, con ello, los conceptos y valores liberales europeos comenzaron a penetrar en Rusia.

El resultado no se hizo esperar. Carlos Pedro Ulrico de Schleswig-Holstein-Gottorf, que gobernó Rusia como Pedro III durante algunos meses antes de ser asesinado por su esposa Catalina II, alcanzó en 1762 a redactar un manifiesto por el que se eximía del servicio civil y militar a los nobles y se les permitía viajar al extranjero. Fue un golpe fatal del destino. De acuerdo con el sistema tradicional ruso, todos los habitantes del país eran siervos del zar, esto es, del Estado. Con la liberación de la nobleza, los campesinos siervos se convertían en esclavos de los terratenientes. Es una ironía de la historia que los primeros hombres libres de Rusia se convirtieran en propietarios de esclavos. Esta liberación parcial fragmentó una nación que estaba «unida» a través de la esclavitud universal ante el zar.

Desde entonces hay una pregunta que tortura a las mentes rusas: ¿cómo puede existir un espíritu libre en un país de esclavos? La respuesta parecía obvia. Los rusos comenzaron a soñar con cambios profundos de estructuras y con un sistema social democrático. En 1825, tuvo lugar el primer intento de revolución en Rusia, la denominada insurrección decabrista o decembrista, ya que tuvo lugar en diciembre (***dekabr*** en ruso). Fue llevada a cabo por oficiales educados según los patrones europeos, que se aprovecharon del breve estado de confusión que surgió cuando el gran duque Constantino renunció al trono cediendo el paso a Nicolás, el hermano del zar recientemente fallecido. Los líderes de la revuelta condujeron entonces a sus soldados a la Plaza del Senado de San Petersburgo y les ordenaron que exigieran una constitución (***konstituzija*** en ruso). Cuando un general, asombrado por las demandas de unos soldados que no sabían ni leer ni escribir, preguntó «Hermanos, ¿qué tipo de ***konstituzija*** queréis?», estos respondieron: «¿Cómo que qué tipo? ¡Queremos a la mujer de nuestro legítimo zar Constantino!». La insurrección acabó en un baño de sangre.

Gracias a sucesivas conquistas militares, Nicolás I y sus antecesores expandieron el Ulus de Moscú hasta convertirlo en un vasto imperio. A partir de ese momento, ya no pertenecía al zar únicamente el propio pueblo sino también muchos otros pueblos y tribus con diferentes lenguas y religiones. Nuevamente, esta amalgama se mantenía unida a través del miedo y la violencia. Rusia se había

convertido en la «cárcel de los pueblos».

Sin embargo, el Imperio estaba gravemente enfermo, pues sufría un trastorno disociativo de la identidad. Cientos de años de una educación e ilustración no deseadas —a las que Catalina la Grande también contribuyó, antes de dar la espalda a estas sublimes ideas y comenzar a perseguir a los críticos y endurecer la censura— jugaron una mala pasada a un sistema que ya no estaba a salvo de las ideas occidentales. La educación va aparejada al concepto de libertad personal. De este modo, surgieron en Rusia «europeos rusos», es decir, hombres con conceptos y valores occidentales. Se estaba colocando una bomba de relojería, la primacía de los valores relativos a la vida personal, bajo el pesado bloque que representaba la conciencia totalitaria rusa. La literatura jugaba un papel esencial. El primer siglo de literatura rusa autóctona consistió eminentemente en traducciones e imitaciones. Para la idea de la dignidad humana no había palabras. No había instrumentos verbales para expresar la conciencia individual, era necesario crearlos. Pero también se introdujeron conceptos que no existían, como «esfera pública», «enamoramiento», «humanidad» o «literatura».

Al cabo de pocas generaciones, estas palabras provocaron la transformación sociopolítica más importante hasta el momento, convirtiendo la nación en un siamés con un cuerpo en común pero dos cabezas que no se entendían mutuamente. Desde entonces, en Rusia se produce una situación única donde dos naciones totalmente distintas en términos intelectuales y culturales comparten un mismo territorio. Tanto los unos como los otros son rusos que hablan la misma lengua, pero están mentalmente en las antípodas. Una de las cabezas está salpicada por una educación europea, el amor a la libertad y la idea de que Rusia pertenece a la civilización humana universal. Ve toda la historia rusa como una ciénaga sanguinaria de la que hay que sacar al país y conducirlo a un orden social liberal europeo. Esta cabeza se niega a vivir bajo una dictadura patriarcal y exige libertad, derechos y una constitución. La otra cabeza tiene una visión tradicional del mundo. Piensa que la sagrada Rus es una isla rodeada de un océano hostil y que el padre del Kremlin es el único capaz de salvar a este país y su pueblo y conservar el orden con mano de hierro.

Piótr Chaadáyev, el primer filósofo ruso, tuvo un papel clave en el proceso de formación de la conciencia nacional. En las cartas que redactó entre 1828 y 1830, desconcertó a una sociedad rusa que estaba en plena emergencia con una simple idea: los rusos no son un pueblo elegido por Dios. Rusia está fuera de la historia, Moscú no es la Tercera Roma y, a diferencia del Mesías, los rusos no han sido elegidos para salvar el mundo. Todas estas ideas responden a una

equivocación: «La desgracia de nuestra patria se debe al hecho de que, en su momento, adoptamos la religión ortodoxa bizantina y no la católica romana y con ello nos aislamos de Europa y su evolución histórica». Esta idea evidente cayó como una bomba entre los rusos, pues equivalía a una rebelión. El autor de las *Cartas filosóficas* fue declarado demente por orden del monarca, pero sus textos heréticos fueron publicados en el *Samizdat* de aquel tiempo (*Samizdat,* que significa «autopublicación», era el nombre que recibían los canales no oficiales usados para la difusión de literatura prohibida en la URSS y los estados del bloque del Este) y se convirtieron en la base de una de las corrientes principales de pensamiento ruso: el occidentalismo. Se habían erigido las barricadas ideológicas para la guerra contra el *ulus.* En el otro lado, los eslavófilos intentaban desesperadamente encontrar un sentido en la prolongada existencia de esta cárcel de los pueblos que pudiera inspirar esperanza.

La convivencia en un mismo sistema entre, por un lado, una clase educada libremente y, por otro, millones de siervos resultaba insoportable para ambas partes. En los círculos liberales, la esclavitud causaba indignación. Ciertamente, las revueltas campesinas habían sido siempre un motivo de preocupación para el poder. El jefe de la policía secreta, el conde Alejandro von Benckendorff, escribió en 1839 al zar Nicolás I: «La servidumbre es un polvorín sobre el que yace el Gobierno y tanto más peligrosa es por el hecho de que el Ejército está compuesto precisamente por estos campesinos… Es mejor comenzar con la liberación de forma gradual y con prudencia que esperar hasta que empiece desde abajo y sea el pueblo quien la inicie». Nicolás intentó «congelar» el país, pero el tiempo trabajaba en su contra. Su hijo, Alejandro II, introdujo reformas que debían convertir a Rusia en un país «europeo».

El 19 de febrero de 1861, justamente cien años después de la liberación de la nobleza, un decreto suprimía los últimos restos de esclavitud que quedaban: la servidumbre de los campesinos. Aunque, como muestra la historia, esto duró poco tiempo: en concreto, dos generaciones, pues con la Revolución de 1917 todo el pueblo se convirtió nuevamente en esclavo del Estado. Pero los siervos campesinos fueron liberados sin tierras ni propiedades, ya que la tierra quedaba en manos de los terratenientes. Los campesinos se sintieron defraudados y engañados por el Gobierno, lo que condujo a levantamientos. Para una población analfabeta, una libertad sin tierra no tenía mucho valor.

El resto de reformas iniciadas por el zar Alejandro parecen sacadas de un muestrario de sistema social democrático: igualdad de todos ante la ley, separación entre el poder judicial y el ejecutivo, independencia e irrevocabilidad

judicial, formación de jurados, juicios públicos, derecho de apelación, derecho del acusado a asistencia jurídica independiente. La administración provincial quedaba en manos de un Gobierno local llamado *zemstvo* que se componía de representantes de las diferentes clases sociales. Las ciudades tenían órganos autónomos de gestión como la duma municipal, elegida por votación. En el plano educativo, se concedía autonomía a las universidades. En el plano militar, se introducía el servicio militar universal obligatorio y se abolía el castigo corporal. El país se dirigía a pasos agigantados hacia una constitución. El *ulus* sufría una derrota tras otra, a cuál más severa.

Al poco tiempo de la abolición de la servidumbre, algunos periodistas y escritores comenzaron a barruntar el advenimiento de nuevos tiempos revueltos. La democratización de la vida social se percibía como un debilitamiento de la mano de hierro que siempre había mantenido al país a salvo del caos.

Los revolucionarios ansiaban la destrucción del odiado régimen del zar. Alejandro II, el «Zar Libertador», como símbolo del sistema vigente, se convirtió en el objeto central de su odio. Las clases cultivadas, la *intelligenzija,* declararon la guerra al Gobierno. *Abolición de la autocracia* y *revolución* se convirtieron en palabras mágicas que colmaban las almas y los corazones de los cultos hombres y mujeres jóvenes, que sitiaron la fortaleza del régimen autocrático sirviéndose de la literatura rusa como ariete. La revolución se convirtió en la moda de la época. Resultaba placentero sufrir en una prisión y morir en la horca para poder proclamar por última vez «¡Viva la Revolución!». Hasta ahora, la lucha por el zar y su *ulus* garantizaba la salvación del alma de los rusos. Pero entonces, la sagrada lucha mesiánica que libraba la Rusia ortodoxa contra sus enemigos fue reemplazada por otra lucha aún más sagrada y mesiánica: la lucha por la liberación del propio pueblo y de toda la humanidad. El alma rusa, ávida de ideales, volvía a tener una meta, una meta tan importante que merecía sacrificar la propia vida: la Revolución.

Las clases educadas estaban completamente a favor de los revolucionarios y los apoyaban con todos los medios en su guerra contra el régimen de los zares. También los terroristas gozaban de las simpatías de la *intelligenzija,* como pone de manifiesto el famoso caso de la terrorista Vera Zasúlich, que cometió un atentado contra un servidor del zar y fue absuelta en 1878 entre muestras de júbilo.

Después de varios intentos de atentado, Alejandro II fue asesinado con una bomba el 1 de marzo de 1881, justo el día en que había firmado un plan que haría realidad el proyecto de constitución. Las «grandes reformas» quedaron

paralizadas hasta el siguiente periodo gubernamental. Así, fueron las propias fuerzas progresistas quienes pusieron freno a las reformas porque les parecía que los cambios dentro del sistema zarista eran insuficientes.

Lo que se estaba escenificando en Rusia era un drama para tres actores. Según la brillante fórmula empleada por Aleksandr Pushkin en el final de la tragedia *Borís Godunov,* el pueblo callaba, las clases cultivadas exigían una democracia directa «a la suiza» declarando la guerra al Gobierno, y el tercer actor en discordia, el poder estatal, tenía que elegir entre continuar retirándose hasta sufrir una amarga derrota o apretar más firmemente las tuercas. El nuevo zar, Alejandro III, llevó a Rusia a una breve edad de hielo. En cambio, su hijo, Nicolás II, optó por la retirada.

El destino no fue especialmente benevolente con el último zar presoviético. Perdió la guerra contra Japón y tuvo que enfrentarse inmediatamente a la revolución en el país. En Rusia, las victorias siempre prolongaban la esperanza de vida de los regímenes, mientras que las derrotas la acortaban. Cada vez que el poder reculaba, la sociedad exigía más concesiones. En 1905, se introdujeron en Rusia libertades políticas, se aprobó una constitución que anclaba el principio de la separación de poderes en el país y se estableció un parlamento, la Duma. El siguiente paso en este proceso solo podía ser la disolución de la monarquía y la proclamación de una república, lo que sucedería más tarde, en febrero de 1917.

Quien murió por el triunfo de la Revolución en las décadas anteriores tuvo más suerte que aquellos que sobrevivieron hasta su victoria. Haciendo una retrospectiva del siglo XX, el «sanguinario tirano» Nicolás II resultó no ser más que un pacífico e inofensivo mártir de la Revolución.

La Revolución de febrero de 1917 declaraba a Rusia el país más democrático del mundo: se abolían todos los privilegios de clase, se garantizaba la libertad de religión y expresión y se introducía el sufragio femenino antes que en muchos otros países occidentales. La cárcel de los pueblos se desmoronaba y los pueblos se desperdigaban tan pronto advertían que el candado estaba abierto y la guardia había abandonado su puesto para acudir a una marcha revolucionaria. Los Estados recién fundados corrían a declarar su independencia de Rusia.

La sociedad había vencido finalmente al gobierno imperial. La mano de hierro se había corroído y pulverizado hacía tiempo. El pueblo habría mantenido su silencio, pero entonces se desató el caos. Ocurrió lo peor que le podía pasar a un *ulus:* la vertical del poder se derrumbó, y esto ocurrió, además, mientras el país se encontraba en guerra. De repente, los millones de hombres armados que habían sido sacados a la fuerza de sus hogares apenas tenían una autoridad a la

que obedecer, y morían de hambre en un estado de amargura y rabia provocado por las derrotas, mientras se soliviantaban contra sus conciudadanos más acaudalados. La Guerra Mundial dio la puntilla a la recién estrenada democracia rusa.

Algunos lemas de los partidos revolucionarios como «¡Roba lo que te han robado!» tenían una repercusión mucho mayor entre los campesinos rusos que las advertencias lanzadas por el moderado Gobierno provisional contra los modos y las demandas radicales. A lo largo y ancho del país, se prendía fuego a las haciendas. Entre las primeras víctimas se contaban bienes culturales como bibliotecas. La criminalidad callejera se extendía rápidamente. Toda la infraestructura se derrumbaba. El país se hundía en una anarquía tan sanguinolenta que una dictadura aún más sanguinolenta sería necesaria para restaurar el orden. El Gobierno democrático provisional no disponía de tiempo para implementar y poner en marcha nuevas instituciones políticas; ni siquiera pudo tener lugar una asamblea popular constituyente.

Hacía falta un equivalente histórico de la mano de hierro. La encarnación del Ulus de Moscú en la monarquía zarista había sido superada y era prácticamente imposible reanimarla. La historia, sin embargo, siempre ofrece una gran variedad de avatares donde elegir, por lo que no fue difícil encontrar un recambio rápidamente.

Lenin, Trotski y los demás líderes comunistas eran fanáticos de una errónea doctrina occidental y la historia los escogió azarosamente para la resurrección del Ulus de Moscú. Sentían que habían sido elegidos para cambiar el curso de la historia universal. Esta era su motivación romántica en la encarnizada lucha por el poder. Los métodos para llegar al poder y su idea de la dictadura se correspondían a la perfección con las ideas y métodos de los grandes kanes. La retórica marxista aportaba el camuflaje ideal. Los bolcheviques creían salvar al mundo del capitalismo, pero en realidad fueron utilizados para salvar el Imperio ruso.

El más liberal de los sistemas sociales arruinó el país en tan solo unos meses antes de que el menos liberal de todos cuantos existían le tomara el relevo. La reconstrucción del Ulus avanzó rápidamente. No había que inventar nada nuevo, ya que el pasado ofrecía todas las acciones e instrumentos necesarios. Tan solo tres semanas después de asumir el poder, se creaba la policía secreta, esa máquina de asesinatos llamada Checa (y posteriormente GPU, NKVD, KGB y FSB). El Partido se convertía en un sucedáneo de la Iglesia. La tarea mesiánica de reconstrucción del Imperio ya no era religiosa, sino «socialista». La Tercera

Internacional rimaba a la perfección con la Tercera Roma.

La época de los grandes imperios multinacionales parecía haber llegado a su fin. Ya habían sucumbido el Imperio austro-húngaro y el Imperio otomano. También el Imperio ruso debería haber desaparecido del mapa. Sin embargo, el Ulus de Moscú era un imperio distinto. La historia se sacaba un as de la manga: los bolcheviques se presentaban como los «salvadores» no solo de los rusos sino de todas las naciones. Los pueblos y territorios que se habían separado de Moscú y habían declarado su independencia (Ucrania, las repúblicas caucásicas, Asia central y el Lejano Oriente) fueron reconquistados en la «guerra civil». Una guerra civil es en realidad un conflicto armado que tiene lugar en el territorio de un Estado entre diferentes grupos. Llamar «guerra civil» a la conquista de países independientes fue una artimaña de la propaganda soviética.

Cuando se reinstauró el orden en el país, la manera de proceder evocaba claramente la brutalidad ejercida por los mongoles bajo las órdenes de Aleksandr Nevski. Aunque no se arrancaran las lenguas y ojos de miles de personas, la relación entre la autoridad y el pueblo quedaba nuevamente establecida sobre la sólida base del terror puro. Los bolcheviques reforzaban su dictadura fusilando a rehenes que eran arrestados arbitrariamente entre las clases pudientes y cultas. La clase de los explotadores tenía que ser erradicada; dicho de otra forma, las clases educadas, la *intelligenzija,* tenían que ser eliminadas. Este genocidio basado en el «principio de clase» obedecía a una lógica histórica: la división del Ulus de Moscú en dos naciones y el surgimiento de una Rusia de mentalidad «europea» hicieron colapsar el sistema. La cabeza de los hermanos siameses que miraba hacia Occidente tenía que ser cortada, y esto fue precisamente lo que ocurrió.

La eliminación de los «explotadores» fue solo el comienzo. El terror anegaba todos los rincones del país y penetraba en todas las capas de la población. Los más perjudicados fueron finalmente los «explotados». Millones de campesinos fueron ejecutados o murieron de hambre. La «lucha de clases» resultó ser la envoltura moral necesaria para el ejercicio de una violencia brutal. Los bolcheviques lograron convertir a su pueblo en verdugo de sí mismo.

El Ulus contraatacó. Hacía tiempo que Pedro el Grande había abierto «la ventana a Europa». Stalin la cerró a cal y canto aislando nuevamente al país del exterior. Los románticos del comunismo tuvieron que apartarse —a menudo con un tiro en la nuca— para allanar el camino a la creación de un despotismo asiático cuya relación con la utopía marxista resultó ser pura palabrería ideológica, como por ejemplo «el derecho de las naciones a la autodeterminación». El socialismo real solo se tomaba en serio una de las frases

de Marx: «La violencia es la partera de la historia».[13]

El Ulus de Moscú resurgió en todo su esplendor. El principio de la «única fe verdadera» de la religión ortodoxa era reformulado en clave comunista, pero la conciencia mitológica de sus millones de habitantes permanecía inalterada. Nuevamente, un imperio militar utilizaba a su pueblo como ejército. El autócrata era idolatrado por sus súbditos. El pueblo vitoreaba al unísono las ejecuciones de traidores. «Los de abajo» y «los de arriba» estaban unidos en el esclavismo. El único objetivo era el triunfo sobre los enemigos. «¡Llevaremos la batalla al territorio del enemigo!» El sentido de la vida era servir a la Unión Soviética y la mayor dicha, morir por la patria. Cualquier atisbo de iniciativa personal, cualquier destello de pensamiento autónomo, constituía una «conspiración trotskista». Cualquier manifestación de desacuerdo, por justificada que fuera, equivalía a una «infamia» y un sabotaje. No existía la propiedad privada, todo pertenecía al Estado, y todos pertenecían al Estado. Solo existía un Dios, un Dios viviente que residía en el Kremlin.

El Gran Kan presumía de su poder ilimitado y ordenaba ser enaltecido al más puro estilo oriental. Stalin creó una dictadura personalista perfecta: jamás se produjo un atentado contra la vida del «padre de todos los trabajadores». Al igual que Drácula en su tiempo, Stalin era temido y querido por su pueblo.

La guerra puso a prueba la estabilidad de este *ulus* modernizado. «¡Hermanos y hermanas!», clamaba el dictador ante las masas cuando temía por el poder y la vida. Entonces los esclavos sacrificaban su vida «¡por la patria!, ¡por Stalin!». Patria y dictador, dos por el precio de uno.

La difícil prueba había sido superada, y había causado incontables víctimas. El sistema se había perfeccionado. Oficialmente se renunciaba a la base ideológica de la superstición marxista, el internacionalismo. Stalin resucitó de las cenizas de la Revolución la Iglesia ortodoxa, el patriotismo y a héroes nacionales como el príncipe Aleksandr Nevski o el mariscal de campo Aleksandr Suvórov, uno de los más grandes estrategas militares del siglo XVIII. El himno de los trabajadores, «La Internacional», fue reemplazado por el himno estatal «Stalin nos educó».

En la guerra contra este sistema ningún enemigo tiene la más mínima posibilidad. Cuando la estrategia militar se basa en quemar de forma indiscriminada a miles y miles de soldados, siempre ganará el general que no protege a sus hombres y dispone de reservas ilimitadas. El «mariscal de la victoria» Georgui Zhúkov, general del Ejército Rojo y ministro soviético de Defensa en los años cincuenta, lo formuló de manera clarísima: «No pasa nada. Las mujeres rusas darán a luz a más soldados».

El número de víctimas de la guerra y de víctimas de la represión, así como el número de presos, fusilados y muertos de hambre, es hasta el día de hoy objeto de discusión entre los historiadores y lo seguirá siendo durante bastante tiempo. Quizá no sea posible tener una cifra exacta.

El famoso químico e inventor del sistema periódico Dimitri Mendeléyev se interesó también por cuestiones sociológicas y demográficas. Partiendo del crecimiento económico y la tasa de nacimiento, a finales del siglo XIX pronosticó que la población del Imperio ruso se situaría en 1950 entre los 450 y los 500 millones de personas. Pero este erudito no contaba con el genocidio que se perpetraría contra el propio pueblo. De acuerdo a cifras oficiales, en 1950 vivían en el Imperio neorruso 179 millones de personas. «No pasa nada. Las mujeres rusas darán a luz a más soldados.»

Después de la victoria sobre Alemania, la cárcel de los pueblos fue ampliada para los nuevos reos de Europa del Este. Todos los «hermanos socialistas» debían entonces aprender ruso, la lengua de las fuerzas ocupantes. La lengua de Pushkin y Tolstói. Había que saber diferenciar la cultura rusa de la tiranía rusa, lo que no era necesariamente una tarea fácil.

En el Imperio británico, los británicos gozaban de privilegios especiales. El Imperio ruso, sin embargo, no era un imperio de los rusos. Los rusos eran el pueblo más reprimido y explotado de todo el «bloque socialista». El nivel de vida de los habitantes de la nación titular de la Unión Soviética era el más bajo, suyas eran la mayor parte de las víctimas del sistema y también fueron los que más privaciones sufrieron. ¿De quién era el Imperio?

El *ulus* ruso no existía para los rusos, sino para el poder. La única ideología del *ulus* sigue siendo aferrarse al poder.

---

[11] Nombre eslavo de Constantinopla.

[12] «La Tercera Roma», en *Antología del pensamiento ruso de los siglos XI a XVIII.* Estudio preliminar, traducción y notas de Olga Novikova. Anaya, 2000, pág. 115.

[13] La cita original de Marx es «la violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva», en *El Capital.* Akal, 2000, Libro I, Tomo III, pág. 244. Trad. Vicente Romano García.

СКОРО! / ¡PRONTO!

Nací el año en que la humanidad realizó el primer viaje espacial. Hoy en día los rusos se siguen sintiendo orgullosos de Gagarín. Ese mismo año, sacaron a Stalin del mausoleo de la Plaza Roja en una operación encubierta. El Congreso del Partido adoptó el nuevo programa por el cual el pueblo soviético viviría en el comunismo dentro de veinte años, es decir, en los años ochenta, un tiempo que aún quedaba muy lejos.

Esta era aún la época del «deshielo». Después de la muerte de Stalin, el gulag menguaba y los fusilados eran rehabilitados y declarados inocentes póstumamente; la mano de hierro parecía aflojar la soga. Pero esa no era la verdadera intención de los que movían la mano. En 1956, el levantamiento popular que tuvo lugar en Hungría fue brutalmente aplastado. En 1963, las tropas armadas abrieron fuego contra un grupo de trabajadores que se manifestaron en Novocherkask. Un tribunal condenó a muerte a siete de los líderes de la huelga.

Mi año de nacimiento fue el año de la construcción del Muro de Berlín. El Ulus de Moscú marcaba su territorio.

Mi primer recuerdo «político» es de cuando tenía alrededor de tres años. Afuera estaba oscuro y llovía, yo quería quedarme en casa jugando. Sin embargo, me arrastraron a ese frío húmedo para ir a una tienda de alimentos frente a la cual se había formado una larga fila de personas porque ese día se podía comprar harina. La ración que se entregaba por persona era de un kilo, por lo que cada

niño contaba. Al cabo de varios años pude relacionar este recuerdo de la infancia con un acontecimiento político. En otoño de 1964 se había urdido un complot contra Jrushchov. Se crearon cuellos de botella ficticios para alimentos básicos, que volverían a aparecer en las tiendas repentinamente justo después de su destitución.

Los niños soviéticos eran supuestamente los niños más felices del planeta. Desde luego yo lo era. Los niños son inmunes a los disparates de los adultos. En la guardería y la escuela Lenin estaba por todos lados, pero la ideología comunista había perdido su halo de santidad hacía ya bastante tiempo. Lo que se nos presentaba como sagrado servía únicamente como material para hacer bromas. Lo único que de verdad seguía siendo sagrado era el recuerdo de la guerra que guardaba el pueblo. El 9 de mayo era para todos el día de la verdad.

Era la época de la Guerra Fría, pero esta era una guerra que ocurría en algún lugar lejano. Teníamos constancia de ella a través de noticias que no mirábamos y de retransmisiones deportivas. Hasta la batalla por el disco en el hockey tenía para nosotros categoría de batalla entre los dos sistemas. ¡Cuánto deseábamos vencer en las Olimpiadas a estadounidenses y canadienses! Especialmente duros eran los combates de hockey sobre hielo contra los checoslovacos. Era su venganza por 1968. El lema del contrincante era «vosotros nos golpeasteis con tanques, nosotros lo haremos con goles». Naturalmente, animábamos con fervor a nuestro equipo en las arduas batallas contra la «república hermana». Habíamos liberado a estos desagradecidos checoslovacos del fascismo alemán y ¡aun así nos odiaban!

Los niños no perciben la hipocresía absoluta del mundo que los rodea, pero cuando se hacen mayores les resulta molesta y humillante. En los últimos cursos de la escuela mi autoconciencia comenzó a despertar y esta fue una experiencia dolorosa.

Propagandistas anquilosados encandilaban a la población con un discurso en piloto automático que hablaba sobre los logros de la Unión Soviética. Como prueba de ello exhibían tanques y cohetes en la Plaza Roja, mientras que el pueblo soviético, «orgulloso constructor del comunismo», buscaba a diario los artículos que escaseaban y se limpiaba el trasero con trozos de papel del *Pravda,* ese mismo periódico que aseguraba que vivíamos en el mejor de los mundos.

Esta doctrina falsa apestaba a putrefacción. Pero el poder aún no se atrevía a tirarla a la basura de la historia. Los dogmas marxistas se enseñaban en la escuela, pero los mismos maestros los ridiculizaban a escondidas. Por pura inercia se rendía homenaje a la Revolución de 1917, pero todos sabían que las víctimas que

los bolcheviques habían causado en aras de sus ideales habían sido inútiles. Se había matado a millones de personas en vano.

La frontera era hermética, pero las nuevas tecnologías eran capaces de perforar el telón de acero, ya que era posible escuchar las emisoras occidentales pese a las interferencias. Sin embargo, mucho más eficiente era el trabajo que los hombres soviéticos llevaban a cabo para la propaganda «enemiga»: diplomáticos, periodistas y deportistas traían de Occidente ropa, electrodomésticos o vinilos. Los vaqueros eran el arma de propaganda definitiva. Los conocidos intentos de fuga de músicos, artistas, bailarines o diplomáticos incitaban a las mentes soviéticas a la reflexión.

La cabeza cortada del hermano siamés comenzaba a crecer nuevamente, de forma lenta pero constante. La censura intentó eliminar cualquier atisbo de vida, pero libraba una batalla perdida. La proliferación de máquinas de escribir hizo inevitable el surgimiento del *Samizdat*. Con la llegada del magnetófono, las canciones de Okudzhava, Galich y Visotski se hicieron famosas en todo el país.

En este ambiente de ahogo y humillación, la literatura adquirió para muchos rusos, entre los que me contaba, una importancia vital. Mi hermano Sasha me dio a conocer este mundo que sería mi salvación. Él tenía seis años más que yo y formaba parte de una red de intercambio de libros. Sus amigos hablaban sobre poetas prohibidos mientras yo me sentaba en una esquina a escuchar. La posibilidad de hablar libremente ya era mucho. La lucha comenzaba leyendo y hablando. Una pequeña guerra individual para conservar la dignidad en este mundo hipócrita.

Cuando tenía dieciséis años soñaba con dos cosas: ser escritor y viajar por el mundo. Cuando reparé en que mis padres habían sido esclavos toda su vida y me habían engendrado como un esclavo más en esta cárcel, fue un verdadero trauma de juventud. Me sentía traicionado. Entonces tomé consciencia de que una alambrada separaba mi país del resto del mundo. Los libros que quería escribir no cumplían con las normas del régimen y, por lo tanto, no podían ser publicados. Viajar al extranjero tampoco estaba permitido.

Solo se podía viajar hasta la frontera de nuestro universo, lo cual, por cierto, ya era bastante. De hecho, nos gustaba hacerlo. Estas experiencias enriquecían la imagen que teníamos de nuestro país. Siempre era posible aprender algo. Nunca olvidaré el viaje que hice con mi primer amor a nuestra «Europa occidental», es decir, las repúblicas bálticas, cuando ambos aún teníamos dieciocho años. Recuerdo experiencias muy agradables, pero otras nos dejaron cicatrices. En Tallin, la primera ciudad que visitamos, preguntábamos, obviamente en ruso,

cómo llegar a una dirección y nadie nos daba una respuesta. En realidad, esa era ya una respuesta clara: somos los invasores y con los invasores no se habla. Pero ¿cómo explicar a aquella gente que yo no era un invasor, que nosotros estábamos a favor de «nuestra libertad y la suya» y que teníamos un enemigo común, esa fuerza invasora que también había ocupado mi ciudad?

Esta fue una importante lección para el resto de mi vida: eres responsable de todo, de tu idioma, tu país, tu historia, tus padres, tus abuelos, tus antepasados que nunca conocerás, eres responsable de todo lo que hace o lo que deja de hacer tu pueblo. Eres responsable de todo.

Dolió saberlo, pero ahora estoy agradecido a aquellos hombres que en su momento pasaban de largo en Tallin sin dirigirnos la palabra.

Sí, era invasor y era esclavo de las fuerzas invasoras. Ni mi cuerpo me pertenecía. Ya en la escuela nos enseñaban a marchar y también a montar y desmontar un *kaláshnikov* con los ojos vendados. Nos preparaban para la siguiente guerra, que sería la de Afganistán, pero aún no lo sabíamos. Lo único que me pertenecía eran mis pensamientos y todo lo que había leído. Eso no me lo podían quitar, o al menos no sin quitarme la cabeza. Leer se convirtió en la única defensa posible. Solo por leer al censurado Nabokov ya te sentías como si estuvieras en las barricadas. Hoy en día puede sonar paradójico, pero Nabokov se convirtió en un símbolo de nuestra lucha. Ciertamente, en Occidente se le veía como un autor con gran éxito de ventas que jugaba con los instintos sexuales de sus lectores. En cambio, en Rusia, sus libros se interpretaban como una asombrosa protesta contra el régimen. Leíamos sobre todo sus novelas rusas, que no trataban ningún tema político. Pero precisamente lo apolítico era para Nabokov una forma de luchar contra el sistema totalitario. Fue prohibido a pesar de que no escribía abiertamente contra la Rusia soviética. Un Estado como el soviético, que poseía misiles atómicos, temía a escritores como el autor de *Lolita,* por no hablar de otros como Schalámov o Solzhenitsyn.

Libros como *Para construir un castillo,* de Vladímir Bukovski, o *Mantenlo para siempre* y *La formación de un ídolo,* de Lev Kópelev, dieron un vuelco a mi conciencia adolescente. Leer estos libros insuflaba esperanza y fuerzas; proporcionaba aire para respirar y valentía para vivir.

El muro de Berlín representaba el símbolo visible de la frontera, pero solo para Occidente. En mi juventud, esta frontera era invisible y no atravesaba el país sino a cada uno de nosotros. Cada cual podía decidir por sí mismo dónde situar la frontera de su libertad. La alambrada era invisible, pero todos sabíamos dónde estaba. El instinto de supervivencia encendía las sirenas de alarma cuando nos

acercábamos demasiado. Los disidentes eran quienes cruzaban esta alambrada deliberadamente.

Estas personas luchaban prácticamente en solitario contra el sistema, sin perspectivas de éxito. En un país de semejante tamaño nadie había oído hablar de estos actos de protesta. La vida de estos hombres quedaba destrozada, ya que debían pasar muchos años en una cárcel o un hospital psiquiátrico, y a pesar de ello no se rendían. Aún recuerdo las fuertes discusiones que tenían mi madre y mi hermano. Ella tenía miedo de que acabara en prisión, lo que finalmente terminaría ocurriendo (para mi padre, los disidentes no eran héroes, sino traidores, por lo que no había discusión posible). Mi madre pensaba que todas esas víctimas no tenían sentido, y que era inmoral seducir a la juventud con palabras bonitas sobre la libertad que arruinarían su vida. No le podemos reprochar que tuviera miedo, pues esta era la sabiduría del superviviente.

Mi madre no podía entender que estos hombres no eran víctimas, sino que escogían siempre y de forma consciente la libertad. Cada vez que tenían la oportunidad de traicionarse tomaban la misma decisión, aunque con ello eligieran la cárcel o la muerte. Ellos era los únicos hombres libres en este Estado carcelario. Y la libertad costaba mucho.

1980, ese año que en su momento parecía tan lejano, cada vez se acercaba más. Nadie mencionaba la promesa del Partido respecto al comunismo, pero ya a nadie le importaba, ni a «los de arriba» ni a «los de abajo». Todos lo sabían: el sistema entero se estaba descomponiendo. La Unión Soviética era un Estado en ruinas que blandía armas atómicas pero era incapaz de proveer a su paupérrima población de los alimentos y materias necesarios. Esta situación no era nueva: lo mismo había ocurrido en la época de Stalin. La diferencia era que nuestro gran kan era ahora frágil y anciano y ya no lograba infundir miedo alguno. Con Brézhnev se aflojaron todas las tuercas, de forma que la vertical del poder percibió la impunidad absoluta y hundió el país en la corrupción, la malversación y el saqueo total.

Una de las razones cruciales por las que el Imperio soviético perdió la Guerra Fría fue una nueva y astuta arma secreta que Occidente comenzó a usar: el reproductor de vídeo. Teníamos tanques a raudales, pero no había una sola arma para defendernos de los videocasetes infectados con el virus de Hollywood. Puede que el argumento de las películas no fuera del todo interesante, pero la ropa, los muebles, la comida y los coches tenían un efecto deslumbrante en un pueblo misérrimo y hambriento como el soviético. Estábamos hartos de las mentiras, los lemas y las promesas sobre un futuro esperanzador, queríamos vivir el presente.

Este sistema anquilosado que vivía de las guerras se pudría por dentro mientras se arrastraba hacia su final.

En 1979 comenzó la guerra de Afganistán. Nadie la deseaba, ni siquiera los ancianos del Politburó, pero el Ulus los obligaba a gobernar de acuerdo con sus leyes. Un imperio vive de las guerras. Las victorias alargan su existencia y las derrotas acercan su caída. La victoria de Stalin en la Segunda Guerra Mundial fortaleció irremediablemente el Estado del gulag, mientras que la catástrofe de Afganistán aceleró el fin de la URSS.

De Afganistán volvían féretros. Los familiares de los muertos tenían prohibido indicar en la lápida el lugar de la muerte. Me acuerdo de que nuestra tía Lida, la prima de mi madre de Zaporiyia, sacó de su bolso un pañuelo doblado y lo colocó sobre la mesa, abriéndolo con cuidado. Dentro había tierra del lugar en Afganistán donde habían matado a su hijo. Se la había traído el amigo que había servido junto a él en Afganistán. Un poco de barro seco, nada especial. Lo envolvió de nuevo, se lo llevó al pecho y empezó a llorar.

En aquel momento era estudiante en la Facultad de Pedagogía, donde había una cátedra militar. Eso significaba que yo no tenía que ir a Afganistán. Nos formaban como intérpretes militares para aprender a traducir los interrogatorios a soldados de las fuerzas armadas alemanas en caso de que hubiera una nueva guerra contra Alemania.

Lo que aconteció al año siguiente no fue el anunciado comunismo, sino las Olimpiadas de Moscú. Las fuerzas invasoras que mantenían a su población como rehén esperaban que, mediante su participación en las Olimpiadas, los Gobiernos occidentales simbolizasen su aprobación de la agresión contra Afganistán. Pero no ocurrió. Los países democráticos quisieron demostrar su solidaridad con los rehenes, no con los secuestradores, y boicotearon los Juegos Olímpicos. Solamente acudieron países satélites y Suiza, que envió un equipo formado por algo más de setenta deportistas que participaron bajo la neutralidad de la bandera olímpica. ¿Mereció la pena ganar dos medallas, en ausencia de los mejores deportistas mundiales, a cambio de esta muestra de solidaridad con el Gobierno ruso?

En la facultad nos formaron como guías de la ciudad para recibir a los turistas olímpicos que vendrían de Alemania occidental. Aún recuerdo como un «instructor vestido de paisano» nos enseñó cómo debíamos responder correctamente las provocadoras preguntas de los occidentales. Nos preguntaba: «¿Por qué no se puede comprar nada en las tiendas para los locales y, sin embargo, hay tiendas especiales para los extranjeros donde es posible comprar de todo a

precio de oro?». Entonces se hacía un largo silencio, un silencio sepulcral. Por hacer semejantes preguntas en público cualquiera habría tenido más de un disgusto. Luego, nos decía la respuesta correcta: «Sí, admitimos sinceramente que tenemos escasez. Pero cuando tenemos invitados, les ofrecemos lo mejor, aunque nosotros no nos lo podamos permitir». La formación fue inútil. Los invitados occidentales no aparecieron y terminamos trabajando con grupos de turistas de la RDA que no hacían ese tipo de preguntas.

A Brézhnev le siguió Andrópov, que era el jefe de la KGB. Durante un tiempo, imperó la sensación de que volverían a apretar las tuercas. El miedo volvió a crecer.

En la escuela donde mi madre era directora se llevó a cabo una velada dedicada a Vissotski que trajo graves consecuencias. Una clase había organizado en la escuela dicha actividad en memoria del cantante ruso que había perdido las simpatías del Estado y había fallecido dos años atrás. Mi madre había dado permiso para el evento. Nada más acabar la velada, varios padres la denunciaron al Consejo municipal de Educación. La despidieron y tuvo que abandonar la escuela en la que, primero como maestra y más adelante como directora, había trabajado durante treinta años. Para mi madre, la escuela era su vida, y cuando no pudo seguir trabajando enfermó de cáncer. Estuvo ingresada en diferentes hospitales, la operaron varias veces. La enfermedad la martirizó varios años.

Además, justo en aquella época mi hermano ingresó en prisión. Lo que antes se toleraba —libros, vídeos, conversaciones— se convirtió en motivo de arresto bajo el Gobierno de Andrópov. Visité a mi hermano en el campo de prisioneros, primero en Lgov, cerca de Kursk y más adelante en Ivdel, en la región de los Urales septentrionales. Estos viajes contribuyeron a ampliar la imagen que tenía de Rusia.

Parecía que el sistema tardaría décadas y siglos en vegetar lentamente. Pero entonces llegó 1984. Nadie es profeta en su tierra. Andréi Amalrik, un conocido disidente, había escrito al final de los años sesenta su famoso libro *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?* Según él, la Unión Soviética colapsaría antes de 1984. ¿Quién habría pensado que Amalrik finalmente tendría razón, aunque se equivocara por unos pocos años?

Ocurrió un milagro. Los ancianos que ocupaban el Kremlin murieron uno tras otro y un joven y ambicioso secretario del Partido procedente de Krasnodar asumió el mando. De repente, la palabra mágica, *Perestroika,* nos cambió la vida. La esperanza volvió al país. En realidad, Gorbachov quería salvar el régimen y por ello necesitaba una modernización. Bajo ningún concepto deseaba una

democracia o elecciones libres sin el Partido. Pero sus lemas cobraron vida propia.

Existía la sensación de que los disidentes por fin habían ganado la batalla, que habían vencido al régimen. Se empezaron a imprimir libros prohibidos. De repente, podíamos decir lo que pensábamos. La libertad llegó también en sentido literal: mi hermano fue liberado y regresó de Ivdel a tiempo de ver a mi madre aún con vida.

Mi madre había agonizado de una forma espantosa. Quería morir, pero no era capaz hasta que no volviera Sasha. Pocos meses antes de su muerte empezó a perder la voz paulatinamente. Padecía fuertes dolores y decía susurrando que no le quedaban más fuerzas, solo quería esperar a Sasha. Escuchaba la radio todo el día. Cuando la visité en el hospital, le hablé de las manifestaciones donde protestábamos contra el Partido. Estaba emocionado y esperanzado. Ella, por el contrario, temía que todo acabase mal.

Para algunos, la Perestroika representaba ante todo la democratización del sistema; para otros, significaba la ausencia de una mano firme que garantizase el orden y, por tanto, la inminencia del caos y la anarquía. Los pueblos conquistados veían nuevamente la posibilidad de abandonar la prisión. En los márgenes del Imperio ya corría la sangre.

Un día, después de que la operasen, estaba sentado junto a ella en su cama en el hospital de Sokolniki. Ella estaba descansando con los ojos cerrados cuando de pronto los abrió y dijo: «¡Quién lo habría dicho!». Entonces pregunté «¿Cómo?» y ella respondió: «Hay que ver como todo se repite. También trajimos a mi madre —es decir, a mi abuela por parte materna— a este hospital de Sokolniki, pero estaba ingresada en otra planta. Aquí murió a los cincuenta y tres años. En aquel entonces se hablaba todo el tiempo de los asesinatos de los médicos del Kremlin. Y ahora esta Perestroika».

En la radio se retransmitían noticias de Tiblisi. Allí habían desmantelado por la noche una concentración de cien mil personas, agrupadas frente a los edificios gubernamentales situados en la plaza Rustaveli, que se manifestaban a favor de la salida de Georgia de la Unión Soviética. Se decía que los carros de combate habían atropellado a varias personas y los soldados habían matado a los manifestantes con feldespato.

Unos días después de que mi hermano volviera de prisión, mi madre falleció. Si hubieran tardado algunos meses más en liberar a Sasha, mi madre habría aguantado igualmente hasta su regreso. De ello estoy seguro.

Con el inicio de la Perestroika comencé a enseñar en la escuela. Creía que una nueva vida podría y debería empezar con los más pequeños desde la escuela.

Cuando el poder soviético empezó a tambalearse, me invadió la maravillosa sensación, hasta entonces desconocida, de ser un ciudadano de mi país que asume la responsabilidad de su propio futuro. Entonces, sentí por primera vez que era posible tener un impacto. Quería mejorar mi país. De pronto, me encontraba en el momento adecuado en el lugar adecuado. Pensaba que los tiempos en que regían las leyes de la prisión donde «el más fuerte consigue el mejor catre» eran cosa del pasado. Una nueva vida daba comienzo. Una vida basada en la más importante de las leyes: la conservación de la dignidad humana.

La escuela es siempre el reflejo del orden social. En Rusia funciona del mismo modo: ahí donde rige la mano de hierro, impera el orden. En la escuela, tenía la sensación de nadar a contracorriente: contra los maestros, contra los padres, contra los demás niños. Estaba muy seguro de mí mismo, convencido de mis opiniones. Sentía tanta fuerza que no dudaba que podría atraerlos a todos hacia mí. Los acontecimientos que estaban ocurriendo dentro de nuestras fronteras me daban aún más fuerza y seguridad. Creía estar cambiando el país. Ante mis ojos, la Rusia totalitaria se estaba convirtiendo en un Estado democrático. Y esa era una sensación colosal.

Conforme avanzaba la democratización del país, empeoraba el desabastecimiento. Faltaba de todo. A mi padre le asignaban alimentos por ser veterano de guerra. Estas donaciones venían de Alemania. Para él, el colapso de la Unión Soviética era una derrota en la misma guerra que él había librado en su juventud junto con el resto del país. Mi padre odiaba a Gorbachov. A mí tampoco me gustaba, pero no por la misma razón que a él, sino porque quiso evitar por todos los medios el colapso de la Unión Soviética y de todo el sistema soviético. Mi padre y yo mirábamos los eventos históricos que estaban teniendo lugar desde diferentes orillas.

Al igual que cien años atrás, en Rusia se escenificó el mismo drama para tres actores. El poder intentó con todos los medios, también mediante intervenciones militares como las de Lituania y Georgia, encerrar nuevamente al espíritu de la libertad. El pueblo, en estado de confusión, se esforzaba por sobrevivir al caos que se avecinaba. El lema era «sálvese quien pueda». En las concentraciones en el centro de Moscú, la renacida sociedad civil exigía libertades «europeas» y el desmantelamiento completo del abominado sistema unipartidista. Desde el comienzo participé en todas las manifestaciones junto con mis amigos. Creíamos firmemente que venceríamos. Todo parecía simple y claro. Una banda de comunistas había usurpado el poder en nuestro país, y si mandábamos al infierno al Partido, se abrirían las fronteras y regresaríamos a la familia universal de los

pueblos que viven en consonancia con las leyes de la democracia, la libertad y el respeto de los derechos del individuo.

El símbolo de la nueva libertad era el visado: este era el impacto directo de la caída del telón de acero. Ni mi padre ni mi madre habían cruzado nunca la frontera. Mi padre bromeaba al respecto: «Soy como Pushkin». Lo decía como consuelo. A Pushkin tampoco le habían dejado salir del país y había pasado toda su vida en Rusia. Esto, sin embargo, no impidió que se convirtiera en un orgullo para toda la nación.

Cuando el telón de acero se oxidó por completo y pude viajar por primera vez al extranjero, este no fue un viaje turístico sin más. La increíble sensación de libertad que sentí era quizá similar a la que siente un prisionero liberado que, de pronto, se encuentra en algún lugar de una ciudad y respira. Y la calle donde se encuentra es en ese momento más que una mera calle, mucho más.

La primera vez que visité Occidente fue en 1989, todavía antes de la caída del Muro. Me acuerdo muy bien de la maravillosa sensación que tuve al cruzar la frontera. No pude expresar con palabras dicha sensación hasta que un día leyendo las *Cartas de un viajero ruso,* de Nikolái Karamzín, me topé con el siguiente pasaje: «Parece como si el aire de aquí tuviera algo estimulante. Puedo respirar más ligera y libremente. Mis pasos son más firmes. Mi cabeza se levanta cada vez más. Con orgullo pienso que soy un hombre». Estas palabras habían sido escritas hacía exactamente 200 años, en 1789.

En esa época, en septiembre de 1989, estaba pasando una semana en casa de unos amigos en Berlín oriental y cruzaba cada día a través del muro a la parte occidental. Yo procedía de un país donde la Perestroika estaba a la orden del día y tenía un visado para la República Federal Alemana en mi pasaporte. Mis amigos de Berlín Este se asombraban, me envidiaban y se enfadaban porque a ellos no les estaba permitido. Intentaba convencerles de que pronto ellos también serían libres, pero no lo creían. Aún recuerdo el aspecto del Muro desde la parte occidental: no se veía un puesto de vigilancia en varias millas a la redonda. Si a alguien le venía en gana, hacía un grafiti. Unos jóvenes me prestaron un bote de espray con el que escribí en ruso *скоро!,* que significa «pronto». Aún hoy conservo una foto de mí pintando las letras con un espray verde sobre un muro. Aunque quizá pasó desapercibido, para mí era importante escribir esa palabra. Era mi diálogo personal con la historia universal. En ese momento no tenía una sola cana. Era joven y feliz, aunque no fuese especialmente consciente de ello.

Las fuerzas invasoras se replegaron hasta llegar a un punto donde a sus espaldas solo se abría el precipicio. La nomenclatura del Partido contraatacó y en

agosto de 1991 la élite superior del Partido intentó salvar su poder.

En las primeras horas del 19 de agosto, un Comité Estatal para el Estado de Emergencia (GKChP por sus siglas en ruso) anunció en la televisión de Moscú que el presidente Gorbachov había enfermado y, por ello, el comité se veía obligado a hacerse cargo de la situación del país. La junta declaró el estado de emergencia y desplegó los tanques por las calles de Moscú. La televisión emitió ***El lago de los cisnes*** de Chaikovski de forma ininterrumpida. Sonaba como una marcha fúnebre. Era un golpe de Estado.

Me acuerdo muy bien de ese día gris con llovizna. Estábamos de vacaciones. Mi mujer estaba con nuestro hijo de tres años en la *dacha*[14] cerca de Moscú. Yo caminaba por las calles del centro de Moscú, que habían sido cortadas por carros de combate. Nunca en la vida me había sentido peor. Tenía un sentimiento similar al que puede tener un recluso que ansía la libertad y justo después de salir de prisión es apresado nuevamente. No quería seguir viviendo. Y así se sentían entonces muchísimos de mis compatriotas.

Por la tarde cogí un tren regional para ir a Zagoryanskiy. Normalmente los trenes son lugares ruidosos porque la gente habla, conversa, ríe y discute. Esta vez estaban todos callados. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Una dictadura? ¿Volverán a reinar el miedo y la mentira? Todo era desesperante. De repente, un pasajero de otro vagón entró y gritó: «¡Gente! ¡Conciudadanos! ¡La banda comunista quiere recuperar el poder, pero no lo toleraremos y no nos doblegaremos! ¡Venid a la Casa Blanca! ¡Ya han montado barricadas!». Durante un momento se hizo el silencio. Entonces alguien comenzó a aplaudir y al poco se le unió todo el vagón. Algunos tenían lágrimas en los ojos.

Al día siguiente me acerqué a la Casa Blanca en el río Moscova. Era la sede del Gobierno democrático al que los golpistas del comité habían acusado de ser conspiradores. Recuerdo las caras de las personas en las barricadas. Las personas dispuestas a luchar por su libertad tienen rostros preciosos. Y ahí vi de repente a los alumnos de mi tutoría. También estaban allí. La felicidad que sentí es indescriptible. Quizá no era un mal profesor.

En ese momento, conseguimos vencer. Esos días estuvieron repletos de felicidad. ¿Qué sentir al ver como derribaban la estatua del mayor verdugo soviético, Dzerzhinski, que se alzaba frente al mancillado edificio de la KGB en la plaza Lubianka? Al día siguiente estaba entre la exultante multitud que se agolpaba frente al edificio del Comité Central. La bandera roja había sido arrancada de la parte delantera de la sede central del Partido. El Partido ya no existía. En semejantes momentos es cuando se escribe Historia en mayúsculas.

Había muchos equipos internacionales de televisión desplazados. Justo detrás de mí, Gerd Ruge, de la televisión de Alemania occidental, intentaba entrevistar a algunas personas que se encontraban entre aquella multitud. Estaba muy excitado, pero aun así pude decir algunas palabras en alemán. Dije lo que sentía en aquel momento y rematé mi intervención de la siguiente manera: «Estoy feliz de que mi hijo, que ahora tiene tres años, vaya a crecer en una Rusia libre y democrática».

---

[14] Casa de campo que se utiliza estacionalmente.

NUEVOS TIEMPOS REVUELTOS

En agosto de 1991 murieron tres jóvenes mientras defendían la Casa Blanca. Acudimos al funeral. Fue muchísima gente.

El hecho de que un golpe militar que podría haber costado la vida a miles de personas hubiera acabado casi sin derramamiento de sangre parecía tener cierto simbolismo. Queríamos creer que Rusia ya había tenido suficiente violencia a lo largo del siglo XX y que, por lo tanto, era hora de que diera comienzo una vida humana conforme a nuevas leyes, a leyes que garantizasen la dignidad humana. Lo más importante era evitar que corriera más sangre. También parecía una señal el hecho de que los muertos fueran un ortodoxo, un musulmán y un judío. Habían sacrificado su vida por una patria común, por la nueva Rusia libre. Y creíamos que sería la última sangre derramada en nuestro país.

Por desgracia, fue la primera sangre derramada en la nueva Rusia. La época de las esperanzas se acercaba a su fin. La época de las decepciones daba comienzo.

Nuestras esperanzas se centraban en una democratización rápida, una economía de mercado y una sociedad civil guiada por valores occidentales. Todos éramos conscientes de que no sería un paseo, pero la forma en que se había establecido el orden democrático daba que pensar.

En la Unión Soviética toda la propiedad del país pertenecía al pueblo soviético. Al menos esto es lo que se proclamaba solemnemente. En realidad, todo pertenecía al Estado, es decir, a nadie. Ahora tocaba privatizar la propiedad estatal de forma justa y transparente para que pasara de verdad a manos del

pueblo. No se puede construir una sociedad democrática sobre una base de «indigentes». El sistema social «europeo» requiere que haya una amplia clase de propietarios. Por ello, los nuevos dirigentes decidieron que cada ciudadano y ciudadana, jóvenes y mayores, recibiera un «cupón» (cheque de privatización) con un valor nominal de 10 000 rublos. El valor podía ser canjeado por acciones de empresas rusas.

En una cuña publicitaria oficial se aseguraba que un cupón equivalía a dos coches de la marca Volga. Recuerdo cómo en el verano de 1992, después de haber recibido aquellos papeles cargados de esperanza, planeábamos en nuestra familia cuáles serían las empresas de las que compraríamos acciones.

En nuestra estación de metro empezaron a aparecer individuos turbios que compraban estos cupones. Sorprendía mucho que unos papeles que supuestamente equivalían a dos Volgas empezasen a caer por debajo de su valor nominal. Cada día que pasaba, el precio disminuía. Cada vez más rápido. Finalmente, solo aquellos que habían vendido su cupón nada más recibirlo obtuvieron ganancias. Un cupón terminó valiendo lo mismo que dos botellas de vodka. Pronto nos dimos cuenta de que nuestra familia, al igual que otros millones de familias, había sido estafada miserablemente por el nuevo Gobierno democrático. Mientras tanto, los «directores rojos» (es decir, los gerentes soviéticos de empresas), así como los anteriores funcionarios del Partido y el Komsomol, se habían dedicado a privatizar precipitadamente todo lo habido y por haber en el país. Como resultado último, la gran mayoría de la población salió con las manos vacías de ese proceso de privatización basado en cupones. Todas las propiedades de este gigantesco país, incluidos sus recursos naturales, pasaron a manos de un pequeño grupo compuesto por la antigua élite comunista que, reconvertida en capitalista, había renacido de las cenizas de su pasado político. La mayoría de la gente solo pudo acudir como espectador a un proceso de privatización basado en el lema: «Que cada cual tome lo que pueda».

El padre espiritual de la privatización, Anatoli Chubais, justificaba sus acciones de la siguiente forma: «No podíamos elegir entre una privatización "justa" y otra "injusta", ya que una privatización justa prevé reglas claras determinadas por un Estado fuerte que pueda garantizar el cumplimiento de las leyes. Al principio de los noventa no teníamos ni Estado ni ordenamiento jurídico. Tuvimos que escoger entre un comunismo de bandoleros y un capitalismo de bandoleros».

La revolución democrática no tardó en ser traicionada. Aparentemente, existe una regla inamovible según la cual las revoluciones son llevadas a cabo por

personas dispuestas a sacrificar su vida por la libertad de su país y la dignidad humana. Los mejores mueren en combate y, finalmente, solo alcanzan el poder los cínicos y los oportunistas, de modo que la vida vuelve a girar en la misma órbita de siempre.

La mayoría de los habitantes del país no pudo disfrutar en absoluto de la libertad de prensa, la apertura de fronteras y otros logros de la democracia, ya que lo que necesitaban urgentemente era un empleo e ingresos. La economía del país estaba en ruinas, la hiperinflación se comía los sueldos y las pensiones se esfumaban. El patrimonio que muchos se habían labrado durante toda una vida gracias al desarrollo del socialismo se había ido a pique. Ya nada era seguro, ni el pasado ni el futuro. Todo se hundía en el caos. Para millones y millones, la vida empezó a consistir en la mera supervivencia. La sangre corría por las calles de las ciudades rusas debido a los enfrentamientos entre bandas criminales. El Gobierno no podía más que prometer «una terapia de choque» a una población estremecida.

En 1991 se profería el grito de «¡Yeltsin! ¡Yeltsin!». Dos años más tarde el grito que resonaba en las manifestaciones masivas era «¡Enjuiciad a Yeltsin y su banda!».

Entonces comenzaron las hostilidades entre el nuevo presidente democrático y el Sóviet Supremo, que había sido elegido aún durante la época soviética. Yeltsin era favorable a la «terapia de choque» aplicada por los economistas reformadores bajo Yegor Gaidar, pero los diputados bloqueaban las reformas y se oponían a esta privatización expoliadora. Se desencadenó una encarnizada lucha por el poder que acabó por agravar la situación en otoño de 1993.

El 21 de septiembre de 1993 Yeltsin firmaba un *ucase*[15] para proceder a la inmediata disolución del Parlamento aunque formalmente no le estuviera permitido. El Tribunal Constitucional declaró inconstitucional dicho decreto. El Parlamento votó a favor de destituir a Yeltsin y nombró nuevo presidente a su antiguo camarada y vicepresidente, el general Aleksandr Rutskói.

Los diputados del Sóviet Supremo condenaron el *ucase* de Yeltsin calificándolo de autogolpe. Mientras continuaban reunidos en la Casa Blanca llamaron a la población a sublevarse contra el golpista Yeltsin. Cuando les cortaron la electricidad en la Casa Blanca, se atrincheraron dentro con sus armas y continuaron las sesiones a la luz de las velas.

Las barricadas reaparecieron alrededor de la Casa Blanca. Pero esta vez participaban personas muy diferentes. El grupo de militantes era variado, pero la mayoría eran comunistas y nacionalistas encabezados por el general antisemita

Albert Makashov. Nosotros habíamos gritado «¡Somos el pueblo!» cuando nos manifestábamos contra el Partido Comunista. Pero aquellos también eran el pueblo. El otro pueblo ruso. Era un levantamiento popular contra la salvaje e injusta privatización, contra la «terapia de choque», contra la pobreza y la anarquía. Ahora era el otro pueblo ruso el que tomaba las calles y los tanques nos protegían de él. Reinaban la confusión y el resentimiento.

El asedio duró varios días. Yo también fui a la plaza frente a la Casa Blanca. Había muchas banderas rojas, pero también banderas de la monarquía zarista, blancas, rojas y amarillas (los nacionalistas no estaban satisfechos con la caída de la Unión Soviética y querían recuperar las repúblicas separatistas). La gente se sentaba alrededor de hogueras y cantaba antiguas canciones soviéticas, con caras lúgubres y decididas a la par, y su piel y su ropa estaban ennegrecidas por el humo. Había muchas mujeres, entre ellas también ancianas que habían vivido la guerra. En una de las hogueras se cantaba «¡Álzate, gran país!». Esta es la canción soviética de guerra más conocida, cuyo título es en realidad «La guerra sagrada». Para estos hombres y mujeres de las clases más humildes, los demócratas eran fascistas y agentes norteamericanos que habían ocupado su país y su objetivo era liberarlo de ellos. Más adelante, la policía cercó todo el perímetro de la Casa Blanca y ya no era posible entrar ni salir.

La tensión crecía cada día. El país estaba paralizado por la confrontación entre dos núcleos de poder. Algo tenía que suceder. De pronto, la tensión desembocó en una explosión de violencia, una lucha enfurecida por la vida y la muerte. Corrió mucha sangre. Me había imaginado el futuro democrático de Rusia de otra manera.

Recuerdo muy bien aquel domingo, 3 de octubre de 1993. Salí a dar un paseo con mi hijo a lo largo del río Yauza, más allá del estadio. Hacía un día fabuloso, casi veraniego. Al volver a casa, mi hijo se sentó frente al televisor porque quería ver las Tortugas Ninja. Nosotros nos quedamos en la cocina. De repente vino llorando. Habían interrumpido el programa por un boletín especial informativo: los comunistas habían asaltado el centro de televisión de Ostankino.

Tranquilicé como pude a mi hijo, le di unos lápices de colores y lo puse a pintar en la mesa. Nosotros escuchamos las noticias en la radio. La multitud había conseguido romper el cordón policial alrededor de la Casa Blanca. Miles de personas acudían en masa a Ostankino para apoyar al Sóviet Supremo. Ya habían asaltado el edificio del Gobierno municipal y el combate se situaba ahora frente al centro de televisión. Después de un rato me volví para comprobar lo que estaba haciendo mi hijo: dibujaba, muy concentrado, con la punta de la lengua entre los

labios. Y entonces masculló ensimismado, y arrastró el lápiz tan firmemente sobre el papel que la mina se partió. Le pregunté qué pintaba. Su respuesta fue: «Son las tortugas Ninja machacando a los comunistas». Defendía su mundo con lápices de colores.

El asalto al centro de televisión fracasó. Los soldados dispararon a la multitud. Los numerosos heridos y muertos fueron transportados en autobuses a los hospitales. De acuerdo con las cifras oficiales, solamente en los enfrentamientos de Ostankino murieron cuarenta y seis personas, y ahora sé que entre ellas se contaban un trabajador de los estudios de la ARD y un cámara irlandés.

Yeltsin impuso el estado de emergencia en Moscú y ordenó el asalto a la Casa Blanca. Los tanques abrieron fuego contra el Parlamento. Rusia tenía de nuevo un presidente. Esta fue la victoria pírrica de la democracia rusa.

Los tiempos revueltos parecían no tener fin, más bien al contrario: este era solo el comienzo.

Los reformadores de Yeltsin observaban Rusia bajo el prisma de las teorías y conceptos macroeconómicos que procedían del ecosistema occidental; pensaban que estas teorías eran universales y que, por lo tanto, podían ser aplicadas en cualquier lugar. En su momento, los marxistas rusos se habían tropezado con la misma piedra, y ahora les tocaba a los liberales defensores de la economía de mercado. Creían poder enderezar a Rusia siguiendo un tratamiento prescrito por economistas en un periodo de 500 días (así se llamaba el programa económico del Gobierno de Yegor Gaidar). Este tratamiento había sido desarrollado por economistas y politólogos occidentales para enfermedades que padecían sociedades con una historia muy diferente. La firme confianza en la capacidad de autosanación del mercado y en la privatización forzada cual *big bang* resultó ser una idea equivocada. Estaban tratando un resfriado, pero lo que torturaba al enfermo era un tumor. Ignoraron la ley básica de toda práctica médica curativa: *¡Primum non nocere!* La terapia de choque, que quizá en otro lugar podía ser beneficiosa para la economía de mercado, aquí acabó convirtiéndose en una expropiación accidentada de las masas populares.

En Occidente se seguían con esperanza y entusiasmo las «reformas» que estaban teniendo lugar en Rusia. Solo se veía lo que se quería ver. Esta percepción equivocada que había comenzado con Gorbachov siguió creciendo cual bola de nieve.

El culto a Gorbachov, en su sentido más auténtico, claramente no tenía nada que ver con la persona real. Más bien habría que ver en él la personificación de la

euforia por un milagro histórico. El «alma rusa» había sido liberada del conjuro de la brujería comunista, ya no había que tener miedo a los que se encontraban al otro lado. El príncipe que había despertado con su beso a la princesa durmiente, la democracia rusa, y había salvado al mundo de la amenaza de una guerra nuclear, permitiendo la reunificación de Alemania, se convertía en la figura carismática de la que todos esperaban que continuase realizando milagros y guiara a la Unión Soviética hacia Europa. Pero su intención no tenía nada que ver con el establecimiento de una democracia. Este coloso en ruinas se aproximaba a trompicones hacia su colapso y Gorbachov simplemente quería evitar que esto sucediera. Mientras Occidente lo elogiaba por su espíritu reformador, él se dedicaba a obstaculizar con todas sus fuerzas las reformas democráticas, pues lo que pretendía era salvar la Unión Soviética comunista.

Las percepciones equivocadas continuaban sucediéndose. Cuando se arrió la bandera roja del Kremlin y se izó la bandera tricolor rusa, en Occidente se pensó que con el fin de la Unión Soviética desaparecería el enemigo. Esta era una prueba evidente de la tesis según la cual la gran historia se acercaba a su fin. Ahora era inevitable y seguro que Rusia se dejaría abrazar por el mundo civilizado. La democracia y la economía libre de mercado se adentrarían en el país, todo era cuestión de tiempo.

Después de la victoria de los golpistas en 1991, Occidente se entregó a la ilusión de que en Rusia se estaban llevando a cabo reformas económicas auténticas que llevarían al establecimiento de un mercado libre. Los jóvenes reformadores como Yegor Gaidar o Anatoli Chubais se encargaban de alimentar esta ilusión. Sus reformas «neoliberales» sonaban bien, pero lo que en realidad estaba ocurriendo nada tenía que ver con sus palabras. Por eso, estas «reformas» eran alabadas en Occidente mientras que en Rusia se las detestaba.

Las reformas iban encaminadas a convertir la antigua nomenclatura del Partido en una nueva nomenclatura capitalista. En su esencia, las élites no fueron reemplazadas. La élite de la sociedad comunista se mantuvo en su posición de mando en el nuevo orden «capitalista». Este era el sentido profundo de toda la Perestroika. El principal problema de la nomenclatura del Partido era: ¿cómo podían materializar sus privilegios y transferirlos a sus hijos? En un sistema sin propiedad privada asegurada y con un control estricto de la distribución esto no era posible. La clase superior de la sociedad soviética soñaba con transformar la propiedad estatal que hasta entonces gestionaba en su propiedad privada de carácter hereditario. Y esto fue lo que ocurrió en el transcurso de la privatización. En perspectiva histórica, la Perestroika y toda la transformación de la Unión

Soviética resultaron ser en realidad una exitosa operación especial realizada por la nomenclatura comunista con el fin de convertir el poder político absoluto en un inmenso capital privado y un poder financiero ilimitado.

La manifestación soviética del Ulus de Moscú se había basado, al igual que la forma clásica, en una servidumbre total. Todos, desde los de abajo hasta los de arriba, pertenecían al Estado y al Gran Kan, en cuerpo y alma. El surgimiento de un pequeño y poderoso grupo social que, pese a ser independiente del Estado, le podía imponer sus intereses, asestaba un duro golpe al Ulus de Moscú. Este cambio histórico fundamental es comparable a la liberación de los nobles bajo el reinado de Pedro III en 1762. La nomenclatura se convirtió entonces en la nobleza, la cual estaba compuesta por «nuevos ricos» que disponían de terrenos (los antiguos *koljoses*), explotaciones y yacimientos de recursos minerales, además de grupos de campesinos y trabajadores. Los más ricos entre ellos formaron la casta especial de los oligarcas.

La liberación del «pueblo llano», que esta vez no tuvo que esperar otros cien años, ocurrió, como sucediera en 1861, sin «tierra ni propiedades». La historia se repetía. La libertad individual tenía poco valor para los obreros soviéticos. Se sentían decepcionados con esta «liberación» y estafados por el Gobierno. Esto fue lo que condujo a la sublevación de 1993 en Moscú.

Con la sangrienta represión de esta rebelión tocaba a su fin el diálogo que acababa de comenzar entre el poder y el pueblo en la nueva Rusia. La disposición a la violencia de la oposición «rojiparda» y el ametrallamiento del Parlamento no podían conformar la base sobre la que establecer una cultura del compromiso que resulta indispensable para una democracia.

Al falso socialismo siguió la falsa democracia. De la noche a la mañana los fieles y abnegados comunistas se convertían en imponentes banqueros, los ateos convencidos se transformaban en devotos feligreses, pues la Iglesia asumió nuevamente su antiguo rol de consoladora del pueblo y legitimadora del poder. La mentira comunista se convertía en la mentira democrática. Ahora atracaban al pueblo bajo la divisa de la democracia.

Los antiguos funcionarios, ahora «nuevos ricos», se repartieron entre sí todos los recursos naturales y se apresuraron a venderlos en el exterior lo antes posible. Preferiblemente, los beneficios debían quedarse en Occidente. ¿Para qué compartirlos con los conciudadanos? El país entero se convirtió en un gigantesco campo de batalla donde bandas empresariales rivales libraban intensas luchas por la distribución de los recursos.

Se decía que el país se encaminaba hacia un sistema social democrático, pero

este objetivo se alejaba con cada nuevo paso. Muchos de los primeros reformadores perdieron rápidamente la esperanza de conseguir establecer principios democráticos y constitucionales y saltaron a la oposición o se unieron a la corrupta mafia política.

La sociedad civil aún estaba emergiendo, pero la clase media potencial ya había comenzado a languidecer. Por un lado, multitudes de científicos, profesionales cualificados y especialistas informáticos emigraban a Occidente. Por otro, el vertiginoso empobrecimiento de la población redujo de forma repentina la base social necesaria para las reformas políticas. Los hambrientos se dejan manipular más fácilmente por consignas radicales y populistas.

Habían llegado los nuevos tiempos revueltos. Ante el caos y la ausencia de derechos generalizada, la población cada vez estaba más harta de las aventuras reformistas. En el país imperaba el terror causado por bandas criminales y la corrupción proliferaba por doquier. Ya no había desabastecimiento, las estanterías estaban llenas, pero el pueblo no tenía acceso a este festival del consumo. Mientras unos alardeaban de su riqueza criminal, otros carecían de lo más básico.

El Imperio soviético fue saqueado por completo. Su población vivía entre las ruinas de un imperio que había perdido toda su grandiosidad. Solo quedaba su miseria. La vida entre las ruinas del Imperio era para la mayoría algo incómodo y sin sentido. A una gran parte de los rusos les iba mal en el salvaje «libre mercado». La depresión y la melancolía se apoderaron del país. Durante varias generaciones, las personas habían sido desposeídas de todo lo que tenían, pero, a cambio, se les transmitía un espíritu de orgullo que consistía en ser ciudadano de un gigantesco y glorioso país. El Estado pensaba por ellos, decidía por ellos y los dirigía. Ahora imperaba un vacío tal vez similar al que siente un soldado profesional que ha sido despedido del servicio militar. De repente uno tenía que hacerse responsable de su propia vida, encontrar un camino propio, pensar por sí mismo. La gente extrañaba la claridad, el orden, las directrices de la autoridad. En esto consiste la nostalgia rusa, en el anhelo de una visión del mundo definida, de líneas de frente claras, de una división entre lo propio y lo extraño, de un líder sabio y paternal, de una gran victoria, de una patria grandiosa y sublime.

La gran decepción que causaron las reformas y la democracia en general tuvo como consecuencia la propagación del cinismo en la sociedad. La gente empezó a pensar que las palabras bonitas y grandilocuentes escondían intereses egoístas y objetivos infames: no importa lo que se diga, todos los actos obedecen al interés personal, la codicia, la vanidad y el egoísmo. La ingeniosa y conocida observación de Bernard Shaw se citaba comúnmente: «La democracia es un globo que pende

sobre vuestras cabezas y os hace mirar hacia arriba mientras otros os registran los bolsillos». El cinismo se apoderó de toda la sociedad.

Las ilusiones perdidas fermentaron hasta convertirse en el vinagre amargo que causa la descomposición de los valores. Las multitudes se convencieron de que todos los funcionarios eran corruptos, de que todos los diputados, ministros, policías, generales, jueces, rectores, *etc.* se prestaban al soborno y confundían el tesoro público con su propio monedero; en definitiva, de que no se podía creer ni confiar en nadie. Para defender los propios intereses era necesario o bien tener mucho dinero o bien tener buenas relaciones con criminales. No había otra forma.

El anhelo de un mundo ordenado tomó la forma de nostalgia soviética. Lo mismo que ocurrió en la época soviética, cuando se idealizaba la monarquía de los zares, ocurría ahora con la Atlántida soviética después de su hundimiento. La población estaba cansada del caos y la anarquía que traían consigo los «cambios democráticos», la gente anhelaba el orden. La culpa de la miseria la tenía la democracia. La palabra se convirtió en un insulto. En lugar de *demokratija* se acuñó el término *dermokratija.* Una sola *r* transformaba el precioso concepto en «mierdocracia».

También mi padre hablaba en estos términos. Murió en 1995, amargado y deprimido. Esta experiencia era especialmente dolorosa para los veteranos de guerra: haber ganado la guerra y haber perdido la paz. Se sentía personalmente ofendido cuando en televisión se mostraba una imagen muy diferente del pasado. Ahora resultaba que él había luchado contra Hitler en favor de un régimen fascista que era incluso peor. De pronto se decía que, en lugar de haber traído la liberación al resto de pueblos, se les había impuesto una nueva esclavitud. Sobre todo al final de sus días empezó a beber tan desmesuradamente que era asombroso que su cuerpo aguantara. Estaba impaciente por reencontrarse con sus amigos ya fallecidos. En este reencuentro, el orden mundial volvería a su forma íntegra, donde él y sus camaradas no eran invasores sino héroes que habían salvado su patria y media Europa del fascismo.

Mi padre y millones de rusos, comunes y corrientes, buscaban estabilidad y bienestar. La *mierdocracia* no se los podía dar. Una política autoritaria, un Estado fuerte, un orden estricto, las ideas fundamentales del histórico Ulus de Moscú, sí reflejaban las necesidades del país. El poder del Kremlin buscaba satisfacer estas expectativas. Y así fue como se desencadenó la primera guerra de Chechenia.

Las respectivas declaraciones de independencia de las catorce antiguas

repúblicas soviéticas (Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán, Moldavia y las repúblicas bálticas, caucásicas y de Asia central) que se sucedieron tras la disolución de la URSS habían reducido el territorio ruso a las fronteras existentes durante el Imperio moscovita a mediados del siglo XVII. ¿Era eso Rusia, ese país que siempre había albergado entre sus fronteras a tantos pueblos diferentes? El nombre oficial pasó a ser Federación Rusa. Pero en realidad era de todo menos una federación. Una federación es una unión voluntaria de pueblos y regiones. El tipo de unión que representaba la Federación Rusa se pudo ver claramente en el caso de Chechenia.

En 1991 los chechenos proclamaron su salida de la «voluntaria» y «democrática» Federación Rusa. El resto de repúblicas populares no se atrevieron. Tenían miedo, y no sin razón.

Muchas de las bandas urbanas rusas pertenecían a asociaciones criminales procedentes del Cáucaso septentrional, sobre todo de Chechenia. Un golpe contra esta región sediciosa podría resolver de una tacada varios problemas. Debía servir como declaración inequívoca de guerra contra la criminalidad en Rusia y como lección para el resto de pueblos que quisieran abandonar la Federación Rusa. Además, una guerra corta y exitosa podría mejorar, a ojos de la población, la imagen de un poder debilitado.

La guerra provocó diferentes reacciones entre los rusos. Uno de los «pueblos rusos» quería evitar el hundimiento del país y destrozar definitivamente aquel «nido de criminales». En consecuencia, apoyaba una intervención militar dura, especialmente después de que la televisión mostrara las imágenes de los cuerpos mutilados y quemados de soldados rusos. El otro «pueblo ruso» salió a manifestarse contra la guerra.

El ministro de Defensa de entonces, Pável Grachov, prometió a Yeltsin en público que controlaría Grozni en menos de dos horas con un solo regimiento de paracaidistas. La guerra duró dos años, se cobró cientos de miles de vidas, especialmente civiles, y acabó con una derrota de Rusia.

La derrota del Ejército ruso frente a los guerrilleros de la pequeña república montañosa (con una superficie de 17 300 km2, menos que Sajonia), pese a todos sus tanques y cazas, agudizó el sentimiento de humillación nacional. Perder una guerra ha sido siempre en Rusia un síntoma agudo de la enfermedad que padecía el sistema. La función del zar era mostrar fuerza. Un zar débil era un mal augurio.

Yeltsin, antiguo miembro del Comité central y del Politburó del Partido Comunista, se había presentado como un firme demócrata cuando asumió el poder. Él contribuyó de manera decisiva al descrédito que sufrieron las ideas

democráticas en Rusia. La actividad del presidente «demócrata» estaba encaminada a que su corrupta mafia, la llamada «familia», donde su hija era una pieza fundamental, mantuviera el poder.

Los tiempos revueltos no se acababan nunca. «El triunfo de la democracia» en octubre de 1993 fue en realidad el nacimiento de la nueva monarquía. El monarca estaba ahí desde hace tiempo, pero era el monarca equivocado. Un viejo alcohólico enfermo del corazón que había perdido la guerra contra las «bandas chechenas» y había entregado el país a los oligarcas boyardos[16] para que lo saquearan no satisfacía las expectativas sociales. Lo que imperaba era una *monoanarquía* y lo que demandaba la población era orden, de una vez por todas, orden y ver a la patria humillada «alzarse desde su postración». Se sentía claramente que la sociedad esperaba un nuevo dirigente de mano férrea.

El tiempo apremiaba. La mafia política quería que la sucesión al trono se resolviera a su favor. El mayor grupo criminal del país, «la familia», necesitaba garantías de que el nuevo dueño del Kremlin aseguraría sus privilegios. La Operación Herencia iba a toda marcha. Para el rol del nuevo zar —que debía ser firme y justo para el pueblo de a pie y dócil y fiable para los boyardos— se barajaron diferentes actores. Querían un ratón gris, manso y fácil de manipular. Pero, finalmente, el que se proclamó vencedor del *casting* procedía de un nido de ratas.

---

[15] Decreto promulgado por el zar que tiene validez de ley.

[16] En la Rusia zarista los boyardos eran nobles que se encontraban justo debajo del zar o los príncipes en la jerarquía.

ALZARSE DESDE LA POSTRACIÓN

Después del traspaso del *jarlig* en 1999 en el Kremlin, la vida rusa se desarrolló en línea con las guías que habían sido escritas por los profesores de la KGB para los agentes de los servicios secretos, es decir, lo que siguieron fueron provocaciones, fraudes electorales, sobornos, escarmientos, campañas difamatorias, estrategias políticas sucias, envenenamientos secretos, ejecuciones públicas, guerras híbridas, *etc.*

El país se abrió a las operaciones especiales. Una guerra pequeña y exitosa era una herramienta de eficacia probada, siempre que no la perdieras. Los compañeros del FSB (la organización sucesora de la KGB) se encargarían de que el debut fuera un éxito. En septiembre de 1999, una oleada de ataques con explosivos en viviendas de Moscú y otras ciudades rusas sacudió el país y desató la indignación general. Murieron 293 personas en los bloques de vivienda que se derrumbaron y más de mil resultaron heridas. El antiguo jefe del FSB, el primer ministro Putin, responsabilizó a los terroristas chechenos de los ataques. Este fue el pretexto para comenzar la Segunda Guerra de Chechenia. La atemorizada población recibió la guerra contra el terrorismo con entusiasmo. Un año antes, Putin, que ahora se presentaba como el salvador de Rusia, era un auténtico desconocido.

Por más que los habitantes de uno de los bloques de vivienda de Riazán pillaran in fraganti a los hombres de Putin con los explosivos cuando se encontraban en el sótano, la explicación oficial fue que se trataba de «ejercicios».

Los diputados de la Duma Serguéi Yushenkov y el conocido periodista Yuri Shchekochikhin fueron asesinados poco después de exigir una investigación oficial. Al primero le pegaron un tiro delante de su casa, al segundo lo envenenaron.

La muerte arrasó Chechenia como una apisonadora. El país fue prácticamente destruido. Se calcula que el número de muertos podría haber alcanzado los 200 000. Después de este genocidio, se llevó a cabo en la república una consulta popular. De acuerdo con el resultado oficial, el 95,5% de la población votó a favor de mantenerse dentro de la Federación Rusa.

Así comenzó «el alzamiento desde la postración». En el pasado, Alemania había querido olvidar lo más rápido posible la «humillación de Versalles». En Rusia, se quería olvidar el colapso del Imperio soviético, la «mayor catástrofe geopolítica del siglo XX», lo antes posible.

El primer acto oficial de Putin consistió en el restablecimiento del himno nacional soviético que había sido introducido por Stalin en 1943 y eliminado en 1991. El mismo autor, Serguéi Mijalkov, que ya había compuesto el primer texto del himno —«Stalin nos educó»—, así como la versión adaptada bajo Brézhnev (en lugar de decir Stalin, se decía «el Partido infalible»), escribía ahora la tercera variante: «Rusia, poder sagrado». El Ejercitó recuperó la bandera roja soviética con la estrella soviética.

El nuevo zar prometió al pueblo lo que este deseaba: estabilidad, orden y un gran imperio. Delante de nosotros, la Rusia de los «salvajes noventa» fermentaba hasta convertirse de nuevo en imperio, como la leche se convierte en queso.

El siglo XX había sido el siglo en que cayeron los últimos imperios. El más grande que conoció la humanidad, el Imperio británico, se acabó oficialmente en 1997 con la entrega de Hong Kong a China. La humanidad se adentraba en el siglo XXI sin esta pesada losa histórica. Solo un país en el mundo aguó la fiesta. Ciertamente, el Imperio ruso había estado a punto de colapsar en dos ocasiones durante el siglo XX, en 1917 y en 1991, pero cada una de estas veces el proceso de colapso acabó siendo un colapso parcial. El Ulus de Moscú siempre sacaba fuerzas de flaqueza para renacer en una envoltura nueva. Andréi Almarik, que había pronosticado la disolución de la Unión Soviética al final de los años sesenta, escribió: «Al igual que la adopción del cristianismo prolongó la vida del Imperio romano, la adopción del comunismo prolongó la vida del Imperio ruso unas cuantas décadas». En el nuevo milenio, el Ulus utilizaría un nuevo avatar.

Se sustituyeron los emblemas ideológicos más visibles de las formas pasadas del Ulus de Moscú —como «ortodoxia, autocracia y tradición nacional» o

«¡Proletarios del mundo, uníos!»— por otros eslóganes más propios de la época como «dictadura de la ley», «vertical institucional del poder» o «democracia dirigida». El resultado era el mismo. La visión mesiánica se reducía a la afirmación de que Rusia era el último bastión de los principios morales, de los valores tradicionales, nacionales, culturales, religiosos e incluso sexuales que se habían perdido en Occidente. Para el propio pueblo era más que suficiente. «Gayropa», así se decía, nunca llegaría a alcanzar nuestra «espiritualidad».

Todo lo que les había faltado a los hombres en los tiempos revueltos de los años noventa se les devolvía a través de la propaganda televisiva. El mundo se volvió bicolor. Los tiempos revueltos, se proclamaba, cuando Rusia había sido humillada por Occidente, eran cosa del pasado. El presidente había resucitado el país cual ave fénix. Rusia se había «alzado desde su postración» y podía mirar nuevamente a Occidente con la cabeza bien alta. El conflicto con Occidente era un conflicto de valores y casi todo el mundo estaba sometido al gran villano; solo Rusia, bajo la dirección de un hombre fuerte con un musculoso torso desnudo, podía hacer frente a Estados Unidos.

En el antiguo Egipto, el Faraón era considerado hijo del Dios Sol y la viva encarnación de Horus. Para los antiguos egipcios, el mundo se dividía en dos mitades. Sobre la tierra negra, Egipto, reinaba el faraón, alias Horus, el dios del cielo y el sol. La otra mitad, el desierto rojo, pertenecía a Seth, el dios del caos, la guerra y la muerte. Esta cosmovisión fue la que obstinadamente se implantó cada noche durante muchos años en los cerebros de los habitantes de Rusia. La tierra negra era entonces la Rus sagrada; su presidente, el faraón; el desierto rojo era Occidente, que sembraba la guerra y la muerte.

Una dictadura no puede sobrevivir sin el culto al dictador. El portavoz de la Duma rusa repetiría las famosas palabras de Rudolf Hess, «¡Hitler es Alemania al igual que Alemania es Hitler!», casi de forma textual: «Putin es Rusia. No existe Rusia sin Putin. ¡Cualquier ataque a Putin es un ataque a Rusia!».

Putin es sagrado porque el poder es sagrado. En la Iglesia rusa, todos los actos sagrados se realizan tras las puertas cerradas del altar. El pueblo profano no tiene acceso al Santísimo. Con igual secretismo, a puerta cerrada, se dispensan los sacramentos del poder. El poder está separado del pueblo por un iconostasio rodeado de secretos. Por ello, la vida privada del dictador está envuelta en secretismo. Stalin o Putin no están casados con ningún mortal, sino con Rusia.

El poder ruso no puede ser transparente por definición. Al igual que ocurría antes, a lo sumo podremos adivinar o presuponer tanto lo que ocurre en esa caja negra que se halla detrás del muro del Kremlin como la forma en que ahí se

toman las decisiones. La comunicación entre el Kremlin y el mundo profano se basa en las señales. Esperamos señales secretas. En los pronunciamientos públicos buscamos revelaciones en código.

En las victorias o derrotas del Imperio es cuando se muestra si el que ocupa el trono es un zar auténtico o un zar falso. Yeltsin no era querido por el Dios ruso. Ni siquiera pudo dominar a los chechenos. Putin, al contrario, es auténtico, y hasta la subida de los precios del petróleo fue una señal de que su poder era divino. Los billones que cayeron del cielo a principio de los 2000 trajeron un relativo bienestar a Rusia y sirvieron como claro indicador de que la mano dura que había sustituido la «mierdocracia» por la «vertical del poder» era un acto de la gracia de Dios.

En el panteón del Tercer Imperio ruso se hallan los santos de los dos imperios anteriores, el Imperio zarista y el Imperio soviético. Ahí son venerados tanto Nicolás II como Félix Dzerzhinski, el fundador del servicio secreto. Esto no supone una disonancia cognitiva, aunque Dzerzhinski se convirtiera en el símbolo de aquella tiranía a la que sucumbió el último zar con su familia. Lo normal sería que sí resultara confusa semejante fragmentación de la conciencia: la Revolución, la caída de la monarquía, el fusilamiento de los niños, todo esto es condenado como un mal, mientras que el líder de la organización responsable de esas muertes es ensalzado como un «excepcional hombre de Estado». Pero solo a los extranjeros les llama la atención esta veneración simultánea y alógica de la víctima y el verdugo. La adoración de ambas personas no supone una contradicción en Rusia, ya que aquí se celebra el culto al poder como tal. Nicolás era el zar, el símbolo del poder, y por ello había que venerarlo, no derrocarlo o matarlo. Dzerzhinski servía al poder, lo protegía de sus enemigos, y por ello no es un asesino ni un verdugo, sino un súbdito ejemplar. Para mantener el poder se puede y se debe hacer cualquier cosa. En la escuela, los maestros nos explicaban que los hijos de los zares podrían haberse convertido en el emblema viviente del Ejército Blanco, de ahí que representaran una amenaza para el nuevo poder y hubiera que matarlos.

El servicio secreto no solo suministraba el personal para el más alto cargo de Rusia. En la nueva jerarquía, los antiguos oficiales de la KGB ocuparon casi todos los cargos directivos. La KGB había sido el núcleo del aparato represivo que aterrorizaba a la población, perseguía a los disidentes, acosaba cualquier atisbo de librepensamiento y hasta había hostigado a la Iglesia ruso-ortodoxa. En su carrera anterior, los actuales soberanos de Rusia habían tenido como principal cometido combatir aquellos valores nacionales rusos de los que ahora eran fanáticos

defensores.

En la nueva Rusia, el servicio secreto FSB-KGB-NKVD-Checa se convirtió en el nuevo orgullo de la nación. El centenario de esta sanguinaria organización fue celebrado majestuosamente. El presidente, en su discurso solemne, expresó a sus compañeros: «No importa cómo cambien los tiempos, pues la gran mayoría de las personas que eligieron esta dura profesión fueron siempre patriotas y adeptos del Estado que cumplían honesta y dignamente sus obligaciones anteponiendo ante todo el servicio a la patria y al pueblo». Dicho de otra forma, la Lubianka (el nombre no oficial del servicio secreto) siempre ha estado al servicio del pueblo. Las ejecuciones y los genocidios son demostraciones de amor a la patria, de dignidad humana y orgullo profesional. No tenemos que fustigarnos, sino estar orgullosos de nuestro pasado.

¿Alguien se puede imaginar a algún canciller alemán de posguerra declarando que los hombres de la Gestapo eran «patriotas que cumplían honesta y dignamente sus obligaciones anteponiendo ante todo el servicio a la patria y al pueblo» y que por ello hay que enorgullecerse de ellos? Los alemanes tuvieron que aprender, en un proceso que duró décadas, a superar el fascismo hitleriano. En la nueva Rusia, por el contrario, se rinde culto al fascismo estalinista con todos los medios. Así funciona el «enfrentamiento crítico con el pasado»[17] en Rusia.

La primera y más importante reforma de la «nueva dictadura de la ley» fue el debilitamiento y la expropiación de los oligarcas. Los recién estrenados propietarios de un sinfín de riquezas fueron degradados a serviles gestores de su capital. Nominalmente, seguían siendo los propietarios de acciones y demás títulos, pero solo mientras mostrasen lealtad al Gran Kan. Los desafectos recibieron una lección inmediata. Algunos, como Vladímir Gusinski o Borís Beresovski, huyeron al extranjero por miedo a ser encarcelados. El primero se recluyó en la intimidad en España. El segundo intentó involucrarse políticamente y terminaría siendo hallado ahorcado en su villa de Inglaterra. El caso de Jodorkovski debía servir como ejemplo gráfico para el resto: por haberse opuesto a los designios del poder, el oligarca tuvo que pasar diez años en un campo de prisioneros. La destrucción de su empresa Yukos mostró al mundo entero que en Rusia no existían ni la propiedad privada ni los tribunales independientes. Sin estos dos pilares no puede haber una economía de mercado «al uso» tal y como se da habitualmente en Occidente.

En el Ulus, por principio, no puede existir la propiedad privada, ya que termina colisionando con las esferas del poder: el poder del individuo sobre su propiedad entra inevitablemente en conflicto con el único poder que existe en la

cúspide. La «propiedad privada» no es exactamente una propiedad, sino una recompensa por la lealtad prestada. Quien pierde la confianza del gobernante puede perder también su propiedad, ya que esta se entiende como un usufructo con carácter provisional. Este robusto sistema basado en la adhesión personal al líder conforma la espina dorsal del Estado. Algo idéntico ocurría en la Unión Soviética. La adhesión a los ideales comunistas no podía reemplazar la lealtad al jefe, y de ambos dependían la dicha y la desdicha personal. Si un jefe provincial del *ulus* obtenía un cargo superior en Sarai, le acompañaban sus vasallos junto con todas sus pertenencias. Del mismo modo, cuando Putin se trasladó a Moscú, se llevó a remolque a todo su séquito de Leningrado.

La recién construida «vertical institucional de poder» no es más que una estricta cadena de mando, ese principio vital con el que los rusos están bien familiarizados. Instituciones democráticas como el Parlamento, la Constitución o los tribunales se han visto reducidas a una tapadera. Todo el mundo sabe que el Parlamento, en realidad, es la guardia del gobernante, su lista de deseos es la verdadera Constitución del país, y los jueces bajo ningún concepto están al servicio de la ley. No es casual que haya una expresión popular que diga: «La ley es como una lanza, rueda hacia donde la gires».

El envoltorio democrático del sistema político cumple con los criterios más altos, pero su contenido huele a *ulus.* Las elecciones presidenciales dan a los súbditos la posibilidad de mostrar su adhesión. Tienes la libertad de votar por el Gran Kan, pero sabiendo que, aunque te niegues, la jerarquía de poder no cambiará. En cualquier caso, los resultados son manipulados. Stalin dijo en una ocasión: «No es importante cómo se vota, sino quién cuenta los votos». Esta afirmación es válida para el resto de las votaciones del país. Electores ficticios participan en elecciones ficticias a una Duma ficticia. En el fondo, las elecciones a la Duma y las elecciones locales en Rusia no tienen sentido, simplemente reflejan una política interior que consiste en la lucha de los poderosos por un trozo del pastel. Los electores normales y corrientes pueden acercarse a las urnas, pero no al pastel.

En el Parlamento están representados diferentes partidos, pero no hay partidos como tal. Tampoco esto resulta contradictorio. La experiencia de la RDA demuestra que puede existir un sistema multipartidista donde todos los partidos estén al servicio del mismo amo: las fuerzas de ocupación soviéticas. Lo mismo ocurre en Rusia. La única ventaja es que en este caso las fuerzas invasoras y la población hablan el mismo idioma.

La pirámide del poder en la actual Rusia tiene la siguiente forma: en la

cúspide está todo bien claro; en el nivel inmediatamente inferior se encuentran los denominados *siloviki* (del ruso, сила, *sila,* fuerza o potencia), que son agentes superiores del servicio secreto y de la élite militar, tienen un poder inmenso y se encargan de garantizar el orden en el Imperio; el siguiente escalón lo ocupan los dóciles oligarcas; les siguen los parlamentarios y los funcionarios que conforman una estructura estatal similar al Ejército; finalmente se encuentra el pueblo llano.

El aglutinante que mantiene unida toda la construcción se ha conservado a través del tiempo y funciona de forma impecable: no es otro que el miedo. La dictadura moderna no necesita de la represión de las masas. Al igual que las «armas inteligentes» han sustituido los bombardeos a gran escala en el siglo XXI, el régimen es capaz de prescindir del gulag, ya que se arregla con arrestos y asesinatos puntuales. Basta con detener a un director de teatro famoso o a un ministro, bajo el pretexto de la «lucha contra la corrupción», para enviar un mensaje inequívoco a todos los demás ministros o directores de teatro. Los asesinatos de la periodista Anna Politkóvskaya y del político de la oposición Borís Nemtsov se correspondían con este tipo de aviso dirigido a los desafectos. Ambos se hicieron conocidos en Occidente. Hubo otros tantos cientos de víctimas menos conocidas que fueron lisiadas, torturadas, arrojadas en prisión o asesinadas como forma de intimidar al resto de los súbditos.

Cuando el código penal tiene un artículo para cada acto que un ciudadano pueda o no realizar, las ejecuciones masivas son redundantes. Las leyes y las regulaciones fiscales son tan confusas y contradictorias que hacen que todos los habitantes del país se sientan delincuentes. Una sociedad democrática se rige de acuerdo al principio de que todo lo que no está prohibido por leyes está permitido. En el Ulus nadie sabe qué está prohibido y qué está permitido, ya que esto puede cambiar en cualquier instante. Las leyes existen y a la vez no existen, ya que la única ley es la voluntad del gobernante. Los tribunales están para ejecutar dicha voluntad. La justicia selectiva es una de las nuevas técnicas que aplica la dictadura.

El innovador instrumento táctico de las dictaduras del siglo XXI son las fronteras abiertas. El régimen parece haber examinado las experiencias de sus antecesores e intenta evitar caer en los mismos errores. Yo crecí en una dictadura del siglo XX. Éramos esclavos del Imperio y el Imperio nos necesitaba. Por ello, el país estaba cercado por una alambrada. El sistema actual se basa en la venta de petróleo y gas al extranjero y no necesita en absoluto a la población. ¿Por qué los amos habrían de compartir con la plebe los beneficios generados por el petróleo?

Por eso están abiertas las fronteras. Todos los que no están de acuerdo son exhortados de forma inequívoca a abandonar el país. Las fronteras abiertas son una táctica exitosa del régimen para reducir la base social de la oposición activa en el país. Durante los años de Putin, millones de personas han abandonado el país o están ahora mismo a punto de emigrar. La tendencia es claramente creciente. Principalmente se trata de personas con formación universitaria, ingenieros, científicos, informáticos, es decir, la verdadera élite de la nación. El régimen no solo despoja a Rusia de todos los recursos naturales, sino sobre todo del capital humano, que es la inversión más importante en el futuro. Esta trágica pérdida humana debilita el país, pero fortalece la dictadura.

Nuevamente, asistimos a la representación del antiguo drama para tres actores en el Imperio: el pueblo silencioso, la oposición democrática y los dirigentes. Incluso hoy, treinta años después de la «liberación de los súbditos», la gran mayoría de la población rusa no dispone de un pasaporte y nunca ha estado en el extranjero. Tampoco tienen dinero para hacer un solo viaje a Occidente. Las dos «naciones rusas» viven codo con codo en las mismas calles, pero en realidades paralelas. La mayoría de los rusos vive mentalmente en la Edad Media y hace caso de la caja de zombis (la televisión, que convierte a la gente en zombis) cuando se afirma que la Santa Patria está rodeada de enemigos. Solo una minoría ha podido viajar, leer o navegar por internet lo suficiente. Dicho brevemente, la libre circulación de personas e información con Occidente ha jugado una mala pasada a mi país. El virus de la cosmovisión democrática es contagioso, y las clases educadas son propensas a contagiarse porque la educación trae inexorablemente consigo la idea de la dignidad humana. Estos son los rusos que salen a la calle porque piensan que Putin y sus cómplices deberían ir a prisión. En cambio, para el resto de los rusos, el poder es sagrado e intocable. Para los unos, la historia rusa al completo es una ciénaga sanguinaria de la que hay que sacar al país para conducirlo hacia estructuras de corte liberal y europeo. Para los otros, el único que puede garantizar el orden es un zar con mano de hierro.

En 2011, las calles y plazas de Moscú vieron la implosión de la «Revolución Blanca». La emergente sociedad civil declaró la guerra al régimen. Aquel año lo pasé en Rusia. Después de la indecente jugada que el primer ministro y el presidente llevaron a cabo y tras la manipulación de las elecciones parlamentarias, todo saltó por los aires. Moscú se despertó al cabo de unos pocos días. Lo que siguió fue una revolución civil pacífica, una primavera rusa en medio del invierno. Fue la Revolución Blanca porque las personas llevaban lazos blancos como símbolo de protesta pacífica. En las grandes ciudades había surgido una

clase media. La gente había aprendido a sobrevivir en un sistema capitalista «salvaje». Eran capaces de solucionar sus problemas financieros sin apoyo del Estado, vivían en un ambiente sumamente competitivo en el que lograban garantizar a sus familias una mínima calidad de vida. Estas semillas procedían del interior de la tierra, habían crecido de manera imperceptible y, de pronto, la hierba brotaba por todos lados. De una vez por todas, la sociedad rusa no quería seguir sometiéndose a los métodos humillantes de su Gobierno. Había madurado y el corsé del autoritarismo le empezaba a apretar. La confianza de los ciudadanos en sí mismos había crecido. Ya no se sentían como «una pequeña tuerca en la gigantesca maquinaria estatal» sino como contribuyentes individuales al estilo occidental que querían cooperar con el Estado.

Salir a la calle junto con miles de personas afines evocaba nuevamente la misma sensación maravillosa de veinte años atrás. En aquel instante, en invierno de 2011, parecía que los que estábamos en Moscú éramos la mayoría y podríamos ganar. ¡Cómo me gustaba ese Moscú! Era magnífico ver y sentir a la otra Rusia, la Rusia democrática. Nuestra revolución no era un motín violento e inútil tal y como afirmaban en televisión los partidarios del régimen. Intentaban intimidar a las personas pese a que en ninguna de las multitudinarias manifestaciones ocurriera un solo incidente violento. Por primera vez, una rebelión rusa tenía lugar de forma sosegada y prudente. Lo que estaba ocurriendo en Rusia era una revolución pacífica, y esta era nuestra oportunidad de abandonar la senda de la dictadura y el amotinamiento y tomar el camino del cambio. Y para mí se hizo evidente la razón por la que el hombre necesita revoluciones: para poder sentirse humano. Hay momentos en los que las personas no quieren seguir dejándose humillar y salen a las calles para defender la única dignidad posible. Entonces cantábamos «somos el poder». La opinión del Kremlin era bien distinta.

Tanto en 1917 como durante la Perestroika, los dirigentes cedieron el poder. Esta vez, sin embargo, ganó la mentalidad del *siloviki* detrás del muro rojo: bajo ningún concepto se recularía. La «democracia dirigida» se desplegaba y las tuercas cada vez se apretaban más.

Se comenzó a señalar a la oposición públicamente como quinta columna de Occidente, los trabajadores de todas las instituciones civiles independientes que aún quedaban eran acusados de ser «agentes extranjeros» y se les expulsaba de la escena política. Las concentraciones fueron disueltas violentamente mientras arrestaban arbitrariamente a los manifestantes con el fin de amedrentar a los demás.

El régimen solo conoce un instrumento para tomar el control sobre el país:

la guerra. Esta es el arma mágica de toda dictadura. Entonces los medios de masas lanzaron una campaña de histeria patriótica: «Estamos en guerra». Y tal y como decía la propaganda: «Occidente nos quiere destrozar y estamos dispuestos a sacrificarlo todo al igual que hicieron nuestros padres y abuelos cuando vencieron al fascismo». Aquellos que estén en contra son unos traidores. Para las dictaduras, lo importante no son los actos de guerra en sí, sino el hecho de que haya guerra e impere el estado de guerra, pues este permite marginar y perseguir a los enemigos del régimen por ser «traidores a la patria».

Los líderes jugaron entonces la carta nacional. La palabra clave era *Russki mir,* es decir, «el mundo ruso». Hasta el idioma ruso fue llamado a filas para la construcción del nuevo Imperio ruso.

Tras la desintegración de la Unión Soviética, unos 25 millones de rusos se encontraron, casi de la noche a la mañana, viviendo en un «territorio extranjero cercano». Las personas de la «nación invasora» se convirtieron en minorías en los Estados que sucedieron a las antiguas repúblicas soviéticas. Ahora debían aprender los idiomas de las naciones titulares de cada Estado. En la jerarquía de estos nuevos Estados nación se sintieron marginados. Esta fue una experiencia traumática, pues la mayoría tuvo que reorganizar su vida entera; de pronto, eran ciudadanos de segunda.

Estos hombres serían la «quinta columna» del Kremlin. En una ocasión alguien dijo: «Donde quiera que estemos es Alemania». Ahora, el presidente ruso afirmaba: «Rusia no conoce fronteras. Rusia no acaba nunca». La retórica propagandística nacionalista que se emitía en la televisión parecía sacada de *Mi lucha* de Hitler, como si con un simple clic se hubiera sustituido, gracias a la función «buscar y reemplazar», la palabra *alemán* por *ruso.*

El «territorio extranjero cercano» se percibía como algo incómodo. El mundo postsoviético intentó desligarse del antiguo Estado padre de todas las formas posibles. Kazajistán abandonó la escritura cirílica y adoptó el alfabeto latino. Las repúblicas bálticas consiguieron protegerse gracias al «escudo de la OTAN». Ucrania intentó desprenderse con todas sus fuerzas del puño del Kremlin, pero su punto débil resultó ser Crimea.

Ucrania se convirtió de pronto en el blanco de la propaganda. Cuando se distanció de Rusia en lo relativo a la estrecha cooperación económica que mantenían, esto fue interpretado como el resultado de las maniobras de Estados Unidos, que habría conseguido extender su esfera de influencia hasta la misma frontera rusa. La demanda de este Estado independiente en favor de que sus ciudadanos aprendieran la lengua propia y utilizaran el ucraniano en los asuntos

públicos se percibió como una humillación y una represión para los rusos que vivían en Ucrania. La televisión empezó a inculcar en las mentes de las masas el deseo de un futuro retorno de Crimea, que debía convertirse en un símbolo de la renacida grandeza de la patria.

En la mitología sagrada rusa, Crimea sustituiría a Constantinopla. Dostoievski escribió: «Un pueblo auténticamente grande jamás ha de resignarse a desempeñar un papel secundario en la humanidad (…) Sólo un pueblo puede tener un Dios verdadero (…). El único pueblo "portador de Dios" es el ruso».[18]

En el *Diario de un escritor* dejó constancia de una discusión que tuvo durante la guerra ruso-turca entre 1877 y 1878 con Nicolái Danilevski, el ideólogo del paneslavismo, acerca del destino de Constantinopla. Danilevski pensaba que, después de su liberación, Constantinopla debía ser la capital de todos los eslavos, incluidos los rusos. Esto hizo enfadar a Dostoievski, que contestó: «¿Cuál puede ser la comparación entre los rusos y los eslavos? (…) Constantinopla tiene que ser *nuestra,* conquistada *por nosotros,* los rusos a los turcos, y quedarse con nosotros para siempre».[19]

El Imperio putiniano es mucho más pequeño que el Imperio de los Romanov. En consecuencia, la arrogancia también es menor. En lugar de convertirse en la Tercera Roma conquistando la Segunda, presentaron a las masas populares una idea clara: «El alcoholizado Jrushchov regaló nuestra Crimea a los ucranianos. Ahora toca restablecer la justicia histórica. Crimea es territorio sagrado ruso, pues desde Crimea llegó la fe cristiana a Rusia. Crimea debe pertenecernos a nosotros, los rusos, ¡debemos arrebatarles Crimea a los ucranianos y debe ser nuestra para siempre!».

Gracias a este intenso lavado de cerebro, la población estaba preparada para la guerra contra el país vecino. Ahora se decía que los fascistas ucranianos reprimían a nuestros hermanos y no les podíamos dejar a su suerte. El lema era: «Los rusos no abandonan a su propia gente». El Estado Mayor solamente esperaba que hubieran pasado las Olimpiadas para desplegar a sus «hombrecillos verdes». La ola de entusiasmo patriótico popular se daba por segura.

Cuando el Imperio soviético colapsó, la población de mi país tuvo la oportunidad única de reconstruir su vida, tomar decisiones propias y hacer de la nación un bonito hogar. Pero, una vez más, solamente se construyeron barracas.

Ante nuestra mirada, Rusia migraba del siglo XXI a la Edad Media.

Cuando un hombre nace y crece en un campo de prisioneros, el alambrado nunca abandona su alma. No basta con obtener la libertad desde arriba, hay que arrancar el alambrado del alma.

En marzo de 2013 publiqué en Rusia una carta abierta. Esto ocurrió antes de la anexión de Crimea y la guerra de Ucrania. El motivo fue la invitación de la Agencia Federal de Comunicación y Prensa, es decir, el «ministerio de la verdad» ruso, para participar en la delegación oficial de escritores rusos que acudirían a la Feria del Libro de Nueva York. Era consciente de que la máquina propagandística me declararía traidor a la patria después de publicar esta carta y lanzarían una campaña de difamación en mi contra. Y así fue, una vez salió a la luz la carta. Pero para mí era importante no callar. Callar significa colaborar.

Escribí lo siguiente:

> La evolución política de Rusia y los acontecimientos de los últimos años han conducido a una situación inaceptable y humillante para los ciudadanos rusos y su gran cultura. Como ruso y ciudadano de Rusia me avergüenzo de los acontecimientos en mi país. Si visito una feria del libro como participante en una delegación oficial y aprovecho las oportunidades que esto me brinda como autor, me obligo a la vez a representar a un Estado cuya política considero nociva y a un sistema oficial que me repele.
>
> Un país donde un régimen criminal y corrupto se ha alzado con el poder, donde el Estado está formado por una jerarquía de criminales, donde las elecciones se han convertido en una farsa, donde los tribunales están al servicio de los gobernantes y no de la ley, donde hay presos políticos, donde la televisión estatal se ha prostituido, donde los usurpadores aprueban paquetes enteros de leyes delirantes que hacen retroceder al país a la Edad Media. Un país así no puede ser mi Rusia. No puedo ni quiero participar en una delegación oficial rusa que represente a esta Rusia.
>
> Quiero y debo representar otra Rusia, mi Rusia, un país libre de usurpadores, un país cuyas instituciones no protejan el derecho a la corrupción sino los derechos de los individuos, un país con medios de comunicación libres, elecciones libres y personas libres.

Mi madre es ucraniana, mi padre ruso. En Rusia y en Ucrania hay millones de matrimonios mixtos. A menudo pienso que tuvieron suerte de morir antes de presenciar esta guerra entre Rusia y Ucrania.

Somos pueblos hermanos. ¿Cómo separar nuestras vergüenzas y nuestras penas compartidas, nuestra terrible historia? ¿Cómo separar la aniquilación de los campesinos de Rusia de la gran hambruna ucraniana, el Holodomor? Entre las víctimas se contaban tanto rusos como ucranianos, al igual que entre los asesinos de masas. Teníamos enemigos comunes: nosotros mismos. Nuestro terrible pasado encierra a nuestras dos naciones en su puño mortal y no nos deja transitar hacia el futuro.

Una historia común significa también una cultura común. ¿Cómo se pueden separar ambas cosas, cómo diseccionar un cuerpo viviente? ¿Cómo es posible dividir a Nikolái Gógol? ¿Es un clásico de la literatura rusa o de la literatura ucraniana? Gógol nos pertenece a los dos, es nuestro orgullo común.

Enfrentar a nuestros pueblos es una mezquindad criminal. En los últimos años me atormenta la vergüenza que siento por mi país. Me avergüenzo de esta Rusia nueva del mismo modo que me avergonzaba de la Unión Soviética cuando era joven. El mayor de los patriotas en el Kremlin desconoce por completo estos sentimientos, solo siente desprecio tanto por los ucranianos como por los rusos, y por el resto del mundo. Esto es lo que une a todos los dictadores de la historia: quieren ser inmortales o, en su defecto, que el resto del mundo sucumba junto a ellos.

Lo sorprendente del Euromaidán fue el valor civil y la valentía que mostraron las personas que salieron a la calle «por vuestra y nuestra libertad». Se puso de manifiesto una solidaridad mutua. En Rusia, muchas personas acogieron estos acontecimientos con respeto y cierta envidia, pues los ucranianos eran capaces de sublevarse y resistir y no era tan fácil doblegarlos.

La televisión rusa se dedicó a mancillar esta revolución. Afirmaban que se trataba de una conspiración de los servicios secretos occidentales. La OTAN había querido atacarnos a través de Ucrania y, por lo tanto, debíamos defendernos.

Al comienzo, los presentadores de televisión favorables a Putin hicieron todo lo posible para caricaturizar en las noticias a los defensores del Euromaidán como fantoches provincianos: astutos, avaros, tontos y dispuestos a venderse al demonio o incluso a Occidente con tal de que no faltara el jamón en casa.

Siempre existió en Rusia un cierto desprecio hacia los ucranianos y la lengua ucraniana. Se apreciaba la alegría vital, el humor y la ironía del «hermano menor». Pero siempre fue el menor de la familia que debía obedecer al mayor, aprender de él, imitarlo. El Euromaidán mostró a los rusos un tipo muy diferente de ucraniano. El hermano menor, de pronto, era más adulto que el hermano

mayor. Los ucranianos habían conseguido expulsar a su banda de criminales, nosotros aún no lo habíamos logrado.

El presidente ucraniano temía la sangre, el presidente ruso no. Las unidades especiales rusas OMON procedentes de Crimea (el Escuadrón Móvil para Propósitos Especiales, una unidad policial bajo el mando directo del Ministerio del Interior) disparaban a la multitud. Aparentemente, ya en aquel momento, seguían ordenes de Moscú y no de Kiev. Más tarde fueron integradas dentro de las tropas OMON de Moscú.

El Euromaidán triunfó. La televisión rusa cambió la retórica: ahora los ucranianos eran nazis salvajes y admiradores de las SS. Había que salvar a la población rusófona de Ucrania de un genocidio.

Daba pena ver a los habitantes de Crimea, con lágrimas en los ojos, ondear la bandera tricolor rusa mientras clamaban «¡Rusia, Rusia, Rusia!». Como tantas otras veces a lo largo de la historia, fueron utilizados y engañados. Su camino hacia Rusia los conducía directamente a un Estado policial criminal (lo cual no es una antinomia en Rusia). El entusiasmo que se levantó por la «liberación histórica» de los «fascistas» ucranianos no duró demasiado y, al cabo de pocos años, se impuso la triste realidad. Después de que Rusia «liberara» Abjasia de Georgia, los balnearios del Mar Negro, tan prósperos en el pasado, habían quedado desiertos por completo. El mismo escenario esperaba a la Crimea «liberada». El colorido lugar de vacaciones se convertiría en un agujero negro que ningún ruso o ucraniano querría visitar.

Crimea fue ocupada por tropas anónimas. Más adelante, cuando se hubo consumado la anexión, Putin admitió ante la opinión pública que los «hombrecillos verdes» eran unidades especiales rusas. La anexión de la península provocó una exaltación histérica en Rusia. ¡Crimea es nuestra! Este grito de victoria cavó una línea de fuego entre la población rusa. Una línea que atravesaba familias: amigos de toda la vida que ya no se ponían de acuerdo, personas que ya no eran capaces de explicarse cosas o de convencerse mutuamente. Para unos, el regreso a Crimea, el «puerto patrio», era una gran victoria y un gran orgullo de la nueva Rusia; para otros, una vergüenza nacional.

En ese momento, el presidente se erguía delante de su pueblo como «recolector de las tierras rusas» en la más pura tradición de los zares. El pueblo ya no callaba. El pueblo estaba entusiasmado: el zar era real, la victoria era nuestra. Crimea ya no era la cuestión. Se celebraba la victoria sobre Estados Unidos, sobre Occidente, sobre el mundo entero. El país se deleitaba ante la sensación de que volvía a ser importante.

Cuando el ministro de Exteriores estadounidense de entonces, John Kerry, afirmó que esta no era una actitud propia del siglo XXI, dijo lo que muchos en Occidente pensaban. ¿Pero qué le importa al Kremlin el paso del tiempo? El Ulus de Moscú ha vencido al tiempo.

La gloriosa reconquista de Crimea ya ha sido recogida por los libros de historia. El siguiente capítulo pronto será escrito y trata sobre cómo Kiev, cual hijo pródigo, volvió de rodillas al amparo del mundo ruso.

El siguiente paso en el despedazamiento del país vecino debía ser la operación planeada por el Estado Mayor llamada Novorossiya, es decir, «nueva Rusia». Diez territorios del sur y el oeste serían arrebatados a Ucrania y pasarían a convertirse en el *ulus* de vasallos Novorossiya. La propaganda ya había elaborado una marca atractiva para dicha campaña, la llamada Primavera Rusa. La operación especial llevada a cabo por los servicios secretos sería vendida a la población nuevamente como una guerra patriótica contra el fascismo. La televisión se encargaría de preparar la artillería. Después de que en un anuncio de televisión saliera una refugiada contando entre lágrimas cómo un grupo de soldados ucranianos había fusilado a una madre y crucificado a su hijo de tres años en la plaza central de Slóviansk, miles de hombres se presentaron voluntarios para defender a los rusos de esa región contra los ucranianos. Más adelante, se demostró que este anuncio era una noticia falsa. Pero los tambores de guerra ya retumbaban en el horizonte.

En el siglo XXI, un Estado puede iniciar una guerra sin haberla declarado previamente. Los criminales de guerra de la televisión rusa enviaron a los jóvenes al campo de batalla y a la muerte. Estos jóvenes tomaron voluntariamente las armas. Creían que iban a luchar contra el fascismo, que eran los virtuosos caballeros rusos que libraban un combate contra los malvados occidentales. En medio de sus miserables vidas en un imperio en ruinas, de repente se abría ante ellos la posibilidad de realizar una sublime hazaña, de lograr un gran objetivo. La vida de millones de rusos cobró de pronto un sentido: construimos un mundo ruso, encarnamos el bien en la lucha contra el demonio occidental, que ha adoptado la forma del «ucrofascismo», es decir, «el fascismo ucraniano».

El mito de la recolección de la tierra rusa cobraba nueva vida ante nuestros ojos. La resurrección del vasto Imperio fue declarada objetivo supremo de la existencia del pueblo ruso, que por fin se alzaba desde su postración, después de haber sufrido la derrota de la Guerra Fría, el colapso de la Unión Soviética y la injusta partición del territorio causada por dicho colapso. Los partidarios de la Primavera Rusa no luchaban por la separación del territorio del Donbás de

Ucrania, sino por la reunificación de Ucrania con el Imperio. Desde la perspectiva de los imperialistas, los ucranianos son separatistas. Así se expresa en su programa el principal ideólogo y primer ministro de la Nueva Rusia putiniana, Aleksandr Borodái: «Las fronteras del mundo ruso se extienden mucho más allá de las fronteras de la Federación Rusa. Estoy llevando a cabo una misión histórica en nombre de la nación rusa, una supraetnia que se mantiene unida por el cristianismo ortodoxo. Existe una Rusia, la Rusia sublime, el Imperio ruso. Y por esta razón los separatistas ucranianos, asentados en Kiev, luchan contra el Imperio ruso».

En las mentes y almas de millones de rusos, el Ulus ha vencido nuevamente. Es mucho más bonito creer en una misión histórica propia que vegetar entre las ruinas del Imperio.

A Rusia llegaban féretros precintados —«cargo 200»— desde el Donbás. El modo de enterrar a los héroes muestra el grado de preocupación de un país por sus hijos. Las víctimas de Afganistán también habían sido enterradas de esta manera. A los padres se les prohibió grabar en la tumba el lugar de fallecimiento. De este mismo modo, en secreto, se entierra a los soldados y oficiales rusos caídos en Ucrania. Y todos lo aceptan.

El Kremlin trata de mantener a Kiev lejos de Europa por todos los medios. Mediante una guerra civil y el derramamiento de sangre, el régimen ha atado a Ucrania a sí mismo. Esta es la venganza contra un pueblo que ha intentado realmente alzarse desde su postración. El poder ruso no permitirá bajo ningún concepto la existencia de un Estado democrático de habla rusa.

Una Ucrania independiente y próspera sería un grave peligro para los gobernantes de Moscú, ya que enviaría una clara señal a la población rusa. Para los residentes del Kremlin, la existencia de una Ucrania semejante es, sin exagerar, una cuestión de vida o muerte. Por ello, su objetivo es alimentar permanentemente el caos en Ucrania. Y así envían otra señal clara a la población rusa: ¡mirad la miseria que trae la democracia!

No se oculta la estrategia; el Ulus de Moscú pretende desestabilizar la sociedad ucraniana, profundamente dividida, a través de grupos subversivos prorrusos, presión económica y con ayuda de sus servicios militares, y no cesará hasta que el país se hunda en el caos y el enfrentamiento civil. Este es el escenario que promueve la élite rusa para Ucrania. El único que podría oponerse es el pueblo. Ucrania es un país con un Estado muy débil, pero con una fuerte sociedad civil.

De hecho, la fuerza de la sociedad civil fue la que hizo fracasar la operación

Novorossiya. Solo en dos territorios los servicios secretos rusos pudieron desplegar la denominada Primavera Rusa. Tanto en Lugansk como en Donetsk triunfó el *Russki mir*. Ahora podemos comprobar lo que este «mundo ruso» aportó a los habitantes de estas repúblicas autodeclaradas. Los ingenuos habitantes esperaban un renacer de sus arruinadas regiones gracias al apoyo ruso. Pero lo que hizo el Kremlin fue permitir que el este de Ucrania fuera saqueado por bandas autóctonas. La operación Nueva Rusia fue un sonoro fracaso. Las esperanzas y expectativas de estas personas fueron traicionadas, los habitantes de estas regiones fueron utilizados brutalmente y abandonados a su suerte. Esa siempre ha sido la forma de actuar del Ulus. No conoce otra forma. En estos años podría haber convertido el Donbás en un escaparate para el mundo ruso que fuera acogedor para todos, rusos y ucranianos. En su lugar se construyó lo único que sabe construir el Ulus de Moscú: una guarida de bandidos.

Continuarán avivando el conflicto en el Donbás para un día apagarlo lentamente antes de volverlo a avivar, y así sucesivamente. Se convertirá en un nudo irresoluble como la Franja de Gaza. El Gran Kan nunca transigirá, ya que eso se vería como una señal de debilidad y los rusos no toleran a los débiles. El mundo tendrá que aceptarlo hasta que, en algún momento, vuelva a figurar en el orden del día.

Las democracias occidentales jamás reconocerán *de jure* la anexión de Crimea, aunque *de facto* ya haya ocurrido. Nada nuevo bajo el sol. La Unión Soviética ya ocupó tres repúblicas bálticas que *de jure* nunca fueron reconocidas por los Estados Unidos como parte de la URSS. Esto apenas perturbó las relaciones ruso-americanas a lo largo de cincuenta años. Lo mismo ocurrirá con Crimea.

Occidente no quiere enfadar al imprevisible socio ruso que se dedica a atacar otros países y se jacta de sus nuevas armas de destrucción masiva. Bajo ningún concepto quiere provocar una guerra. Pero esta es una visión equivocada. El Ulus de Moscú ya está en guerra contra Occidente.

Rusia y Occidente nos observamos desde siglos con atención, pero no podemos vernos con suficiente nitidez. Algo pasa a nivel óptico. Solo vemos reflejos.

---

[17] Expresión alemana *vergangenheitsbewältigung*, que hace referencia al proceso de revisión del pasado, especialmente de los crímenes cometidos durante la época del nacionalsocialismo y la responsabilidad del pueblo alemán como tal.

[18] *Los demonios*, F. M. Dostoievski, trad. Luis Abollado y Ricardo San Vicente. Galaxia

Gutenberg, 2017, pág. 354.

[19] *Diario de un escritor,* F. M. Dostoievski, trad. Elisa de Beaumont Alcalde, Eugenia Bulátova y Liudmila Rabadanó. Páginas de Espuma, 2010, págs. 1384-85.

¿«LA VENTANA HACIA EUROPA» O UN ESPEJO?

Una alambrada separaba a mis padres y abuelos de Europa. Para mí, cuando tenía diecisiete años, Londres y Berlín estaban en otro planeta. Tomarse un *croissant* en una cafetería de París era simplemente inimaginable.

Para nosotros no existía Occidente. Las imágenes de la propaganda no se podían tomar en serio: la vida infeliz de allí frente a la vida alegre de aquí. Nuestros oídos ni se inmutaban ante ese blablablá de la televisión. Los de la caja tonta habían inventado un Occidente asqueroso y pretendían que nos lo tragáramos.

De todas las imágenes de Occidente que se inventaron en Rusia, la más fantasiosa era el Occidente de tintes cuasiparadisíacos de Karamzín. Fue elaborada en el siglo XVIII por profesores alemanes y franceses que trabajaban en fincas rusas rodeados de esclavos. El laborioso estudiante Nikolái Karamzín convirtió a Suiza en el símbolo de este Occidente. Es él quien en sus *Cartas de un viajero ruso* se arrodilla a la orilla del Rin cerca de Basilea y exclama: «¡Dichosos suizos! ¿No dais gracias al cielo cada día y cada hora por la dicha de poder vivir abrazados por los encantos de la naturaleza bajo las benévolas leyes de vuestra unión fraternal que únicamente sirve a Dios de las formas más sobrias?».

Esta variedad «ilustrada» de Occidente fue inventada *ex negativo.* Mientras que Rusia vive bajo el principio de «si tú eres el jefe yo soy el idiota y si yo soy el jefe tú eres el idiota», Occidente tiene la república, la igualdad, las elecciones y demás. Un dicho popular ruso dice «Con trabajo honesto no se puede construir

una morada de piedra», mientras que en Occidente justamente el trabajo honesto puede traer una morada propia «con una cigüeña sobre el tejado» (esta cigüeña sobre el tejado atormentaba a Dostoievski, quien la convirtió en el símbolo del aburguesamiento occidental en su novela *El jugador*). Mientras en nuestro país algo te pertenece solamente hasta que al más fuerte se le antoje quitártelo, en Occidente la propiedad privada es sagrada y el campesino puede estar seguro de que su prado pertenecerá a todos sus descendientes, incluso hasta llegar a la décima generación y más allá.

En aquel entonces, durante nuestra juventud, Europa era para nosotros un mito. Europa era el sueño ruso de una vida digna para el hombre. Para nosotros, Europa representaba, sobre todo, los valores europeos: derechos individuales, defensa de la dignidad humana, libertad. Para muchas generaciones de personas educadas, ocultas tras el telón de acero, Europa simbolizaba todo lo que se nos negaba.

Para abrir y conectar nuestro país a Europa fue para lo que salimos a las calles de Moscú en 1991 y veinte años más tarde, en 2011. Por esta Europa, los ucranianos levantaron barricadas en el Maidán. Los 106 hombres y mujeres pertenecientes al grupo de los «cien divinos» que murieron en enero y febrero en el Maidán durante los enfrentamientos violentos dieron su vida por Europa. ¿Estarían dispuestos los habitantes de Bruselas, Estrasburgo o La Haya a morir por la Unión Europea? Lo dudo. La razón es que hablamos de diferentes Europas. Bajo este concepto se solapan diferentes significados.

Para los habitantes de París, Mónaco o Berlín, Europa se ha convertido en un foco de problemas relacionados con la crisis financiera, las deudas soberanas o el poder burocrático. Una Europa de funcionarios que ordena a los agricultores dónde y cómo cultivar sus campos. Una Europa del miedo, cuyos habitantes temen terminar sepultados por las oleadas de migrantes procedentes de Asia y África.

El sentimiento de «casa común europea» que tanta alegría causó a sus creadores, los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial, se ha evaporado con el tiempo. Esto ocurre con cualquier nueva construcción. Después de la fiesta de inauguración, los vecinos se olvidan de cuáles eran sus puntos en común. Los problemas cotidianos y otras dificultades añadidas impiden que se desarrolle una vida comunitaria apacible y distancian a aquellos que viven pared con pared. Pues ¿qué se puede esperar del vecino? Uno ensucia la entrada, otro hace ruido por las noches y el tercero no paga el alquiler. Entonces surge un cuarto que intenta poner orden con tal ahínco que enerva a todos los demás. ¿Por qué estimar a estos

vecinos? ¿Y por qué estimar una Europa así? Su descomposición se produce de acuerdo a las fuerzas centrífugas, es una reacción completamente natural. «A Europa ya no le gusta Europa.»

Nosotros, en Rusia, anhelamos otra Europa. Y también los ucranianos salieron al Euromaidán por otra Europa. Los ucranianos se alzaron no por la Unión Europea, encarnada por los altos funcionarios de Bruselas, sino por tener una vida digna en su propio hogar y contra las bandas criminales que se enriquecían en Kiev y aún hoy en día gobiernan en Moscú. ¡Por vuestra y nuestra libertad! El Gran Kan del Kremlin no puede perdonárselo a Ucrania, y no se lo perdonará jamás.

Justo por esta razón en la televisión rusa se equipara a Occidente con el fascismo. Decenas de millones de rusos creen que la OTAN instrumentaliza a Ucrania en su guerra contra Rusia. La caja de zombis machaca constantemente las cabezas de las personas con una imagen muy clara: el enemigo es Occidente. Europa equivale al fascismo contra el que en su momento lucharon nuestros abuelos y del que hemos de proteger a nuestra patria.

No bastó con abrir «una ventana hacia Europa» en las paredes, expresión que debemos al italiano Francesco Algarotti, quien describió su viaje a Rusia en *Viaggi di Russia,* publicado en 1760. Miramos a través de esta ventana, pero solo vemos nuestro reflejo. Los dos pueblos rusos tienen dos imágenes de Europa muy distintas. Para unos, Europa es su patria mental, una utopía, un lugar que no existe en ningún lado pero seduce y fascina porque promete la libertad y la dignidad humana. Para los otros, Europa es el viejo y eterno adversario, el enemigo acérrimo que, capitaneado por Estados Unidos, pretende esclavizar e incluso erradicar a Rusia.

Si miramos desde el otro lado a través de esta ventana, la imagen de Rusia refleja también a su observador. Así fue como surgió el curioso mito del alma rusa. En su búsqueda de la esencia de la vida, la misteriosa alma rusa vaga por infinitas llanuras en plena naturaleza. Es un noble salvaje, un *bon sauvage,* que aún no ha sido pervertido por la civilización y la globalización. Se busca en la literatura, música y arte rusos lo que Occidente perdió hace tiempo, la espiritualidad auténtica, la profundidad del alma.

El concepto «alma rusa» lo inventaron, por cierto, los alemanes. Cuando los rusos empezaron a reflexionar sobre quiénes eran en realidad, el concepto de «alma rusa» llevaba ya asentado como palabra doscientos años entre los estudiosos de Rusia. La primera vez que aparece esta denominación es en un libro de Adam Olearius, cuando describe una iglesia ortodoxa durante su viaje al Imperio

moscovita: «Sobre la puerta se veía el Juicio Final *nos mostraba* el monje a una persona entre varias con atuendos alemanes *que decía: que los alemanes y otras naciones serían bienaventuradas* cuando tuvieran un alma rusa».

En Occidente se buscaba una explicación a la otredad rusa, a su perseverancia frente a los horrores de la historia, a su inmensa capacidad para sufrir y a la incomparable fuerza de su sufrimiento. Se hablaba incluso de la necesidad de sufrimiento y el «deseo de sufrimiento» de los rusos. Puesto que no había una explicación plausible para la visión europea, todo lo que resultaba inconcebible para la razón occidental se atribuía consecuentemente a la misteriosa alma rusa que obtenía su pujanza de las fuerzas sagradas y ocultas que la razón y el sentido común negaban al Occidente racional.

El anhelo de una espiritualidad perdida está especialmente extendido en los países de cultura alemana. Ha emergido un verdadero culto por el alma rusa que se manifiesta, por ejemplo, cada año justo antes de Navidad, cuando numerosos coros de monjes y cosacos llenan las iglesias, normalmente vacías.

Los alemanes «de alma rusa» a veces atribuyen a ambos pueblos una suerte de parentesco espiritual. Entonces se dice que los alemanes deben tener una comprensión especial por los rusos y, por ello, Alemania debe ser el socio occidental de referencia para Rusia y ha de transformarse en el guía e intérprete del viaje histórico de Rusia hacia Europa. No se puede obviar que la idea alemana sobre el alma rusa está formada por una mezcolanza de temor y fascinación.

A los rusos, obviamente, les gusta escuchar estas cavilaciones aduladoras sobre la misteriosa alma rusa. Estos clichés encajan perfectamente en la imagen de «Rusia como un cuento de invierno». Cuando un extranjero se pone a hablar sobre la conocida alma rusa, los rusos asienten con la cabeza, pero, en realidad, se encogen de hombros entre ellos, pues para nosotros esto no fue nunca un misterio.

Vasili Grossman lo formuló de forma precisa en su novela publicada en 1961 y posteriormente prohibida, ***Todo fluye:***

> ¿Se trata de la siempre enigmática alma rusa? No, no hay ningún enigma.
>
> Pero ¿lo hubo alguna vez? ¿Qué clase de enigma puede haber en la esclavitud?
>
> Y, además, ¿es ésta una ley de desarrollo exclusivamente rusa? ¿Fue sólo el alma rusa la que estuvo condenada a desarrollarse a la par que la esclavitud y no la libertad?
>
> (…)

> Ha llegado el momento de que los adivinos que predijeron el futuro de Rusia comprendan que sólo la esclavitud milenaria ha creado la mística del alma rusa.[20]

Lo que separa al Occidente moderno y al Ulus de Moscú de la Horda de Oro es una revolución, una revolución especial, quizá la más importante revolución que ha tenido la humanidad: la transición de la hegemonía de la conciencia colectiva y comunitaria a la primacía de la conciencia individual y privada. La historia humana se divide en dos partes desiguales. Las sociedades patriarcales existen desde hace cientos de generaciones. En ellas, el hombre se identifica con el colectivo y, como en una manada, depende por completo del líder, el jefe de la tribu, el kan o el zar. Hace algunos siglos comenzó a emerger un tipo de sociedad humana totalmente diferente donde el individuo es libre. Esto ocurrió en Europa. En los países protestantes esta revolución de la civilización permeó más fácilmente que en los países católicos. La Reforma condujo a una nueva época en el desarrollo de la humanidad, ya que mostró que existía una moral con otro fundamento que el miedo a la Inquisición y que existen otros caminos más allá de la violencia y la hipocresía. El siguiente paso de Occidente, que igualmente desaprovechó Rusia, fue la Ilustración, cuyo objetivo residía en orientar al hombre hacia una vida determinada por sí mismo y guiada por la razón. El poder supremo, Dios, fue reemplazado por la ***ratio,*** la razón. Antes de que pudiera ser escrito el famoso texto que comienza con las palabras ***We the People,*** antes de que la vida pudiera ser modelada de acuerdo a esta Constitución, tenía que surgir una humanidad que fuera consciente de su propia dignidad humana.

Esta gran brecha civilizatoria no puede ser superada mediante una «ventana hacia Europa». Este es el drama de mi país: una pequeña parte de mis compatriotas está preparada para vivir en un sistema social democrático, pero la gran mayoría se arrodilla aún ante el poder y acepta esta forma de vida patriarcal.

Esta brecha civilizatoria es el origen de los malentendidos entre los rusos y los observadores occidentales. A mayor y menor escala, a los rusos les llaman la atención algunos detalles extraños e incomprensibles que leen en los libros de historia occidentales.

Un ruso no puede entender que el dictador británico Oliver Cromwell ordenara al artista que pintó su retrato, quien aparentemente había omitido la fea verruga de su rostro: «¡Tienes que pintarme con todas mis verrugas!». Es cierto que el rey inglés mandó decapitar a sus duques, pero un duque nunca se dirigiría

a su rey humillándose a sí mismo, tal y como los príncipes rusos hacían ante el zar con las palabras «tu esclavo Vanka [una forma peyorativa de Iván] golpea la cabeza contra el suelo». Mientras que al otro lado existía el honor caballeresco, aquí imperaba la servidumbre principesca. Para un ruso, es imposible imaginarse que Stalin, después de su victoria en la guerra, hubiera abandonado su puesto y se hubiera retirado. Winston Churchill sufrió una derrota con su partido en las elecciones parlamentarias de julio de 1945. El gran hombre, el héroe nacional que había salvado a Gran Bretaña de Hitler, no resultaba apto para la población en los tiempos pacíficos de la posguerra.

Un ruso normal y corriente no puede comprender el fenómeno de la legalidad occidental, al igual que nadie en Occidente puede comprender la ausencia de leyes en Rusia. La Magna Carta aprobada en 1215 proclamaba: «Ningún hombre libre será arrestado, detenido en prisión o desposeído de sus bienes, proscrito o desterrado, o molestado de forma alguna; y no dispondremos sobre él, ni lo enviaremos a prisión, sino por el juicio legal de sus pares o por la ley del país. A nadie venderemos, a nadie negaremos ni retardaremos el derecho o la justicia».[21] Este artículo ha subsistido hasta el día de hoy en el derecho inglés. Una relación semejante entre el poder y sus súbditos no es concebible ni para el derecho prevaleciente en la Rusia del siglo XIII ni para el de la Rusia actual.

En la Edad Media, la fuente del derecho en Europa aún era el rey; lo que hacía la Magna Carta era proteger los derechos de los súbditos ante su arbitrariedad. En el siglo XVIII, el pueblo se convirtió en la fuente del derecho. En su conocido ***Federalist Paper Nr. 84,*** Alexander Hamilton, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, se oponía a la ***Bill of Rights*** porque, según él, los derechos pertenecen en su origen enteramente a los ciudadanos y no pueden delegarlos. Por ello, los ciudadanos no precisan garantías constitucionales especiales de sus derechos: «The people surrender nothing, and as they retain everything, they have no need of particular reservations».[22] Entre esta afirmación y la demanda presentada por el presidente checheno para que Putin fuera presidente vitalicio hay un abismo humano colosal. La única fuente de derecho en el Ulus de Moscú ha sido y continúa siendo el Gran Kan. Y sus súbditos no lo comprenderán y creerán que sus derechos no son concedidos por el poder del Estado, sino que los derechos humanos son indispensables e independientes del poder del Estado. En Rusia, el país entero y toda su población pertenecen desde tiempos inmemoriales al zar, y los derechos de cada individuo están sujetos a la arbitrariedad de su poder.

En el siglo XXI, vemos como esta brecha civilizatoria se sigue ensanchando. Y

el «misterioso» país cada año es «más misterioso».

---

[20] ***Todo Fluye,*** Vassili Grossman, trad. Marta Rebón. Galaxia Gutenberg, 2017, págs. 244-245.

[21] Edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, págs. 39 y 40.

[22] La traducción en castellano es: «El pueblo no cede nada y, dado que retiene todos sus derechos, no necesita garantías especiales».

LA PAZ HÍBRIDA

Hemos vivido un largo periodo de posguerra. Entonces, resultó que estábamos viviendo ya en un periodo preguerra. Ahora vivimos en la guerra.

El único objetivo de una dictadura es mantener el poder. Una dictadura tiene en el siglo XXI solo un enemigo natural: el propio pueblo y su «revolución de color». Las imágenes de televisión que grabaron para siempre en nuestra memoria el lastimoso fin de Mubarak y Gaddafi fueron las postales que el destino envió al Kremlin desde países exóticos. Las protestas de cientos de miles de personas en Moscú que arruinaron la fiesta de inauguración del 2012 al gobernante autoproclamado advertían sobre el peligro que acechaba. El instinto de supervivencia del Kremlin encendió todas las alarmas.

El camino para mantener el poder es la guerra, la guerra es el telón de fondo continuo de cada día. Una guerra interminable es la pastilla con la que el régimen prolonga su esperanza de vida. Una guerra «de verdad» es algo que, con semejante arsenal compuesto por armas oxidadas de la época soviética, esta potencia nuclear no se puede permitir. Por ello hubo que empezar un simulacro de guerra.

Como respuesta al desafío que suponían las «revoluciones de color», el régimen elaboró la doctrina de la guerra «híbrida». En 2013, el jefe del Estado Mayor ruso, Valeri Guerásimov, publicó el famoso artículo «El valor de la ciencia consiste en la previsión». En él, filosofaba sobre la «teoría del caos» y llegaba a la conclusión de que, en el mundo moderno, los auténticos actos de guerra representan únicamente la fase final de la nueva guerra híbrida, cuyo aspecto más

relevante consiste en la desestabilización y la creación del caos en el país enemigo y en su sociedad. Estos objetivos se consiguen mediante «el empleo generalizado de informaciones falsas, así como medidas políticas, económicas, humanitarias y otras medidas no militares que son aplicadas en conjunción con el potencial de protesta de la población».

El nuevo Ulus de Moscú declaró a sus enemigos la guerra híbrida y moderna. La Guerra Fría era el pasado. Estábamos a medio camino entre el kárate sin contacto y el kárate con contacto.

El soborno a políticos y periodistas, la propaganda en los medios tradicionales y las redes sociales, los ciberataques, la desinformación, el troleo a través de cuentas falsas en internet: todo esto es la guerra híbrida del Estado Mayor ruso. Y Europa está metida de lleno.

Occidente no estaba en absoluto preparado para esta guerra. Dolía ver el desconcierto de los políticos. La confusión de la opinión pública, su falta de experiencia en el manejo de *fake news,* la manipulación de las reacciones, todo ello provocaba tanto lástima como indignación.

Las democracias infravaloraron por completo los desafíos que planteaba Moscú. En Occidente, la población aún se encontraba mentalmente en el periodo de posguerra. Querían estar tranquilos: empleo, gas, paz y nada de entregas de armas a Ucrania. ¡Que todo siga tal y como era antes! Pero las reglas de la supervivencia habían cambiado. Cuando dos hombres luchan con espada y uno quiere la paz, este tiende la mano al enemigo con la intención de estrechársela. Ahora la mano tendida es cortada.

Occidente no estaba listo para traspasar la línea roja y sigue sin estarlo. Esta línea marca la disposición a librar una guerra. El Kan de Moscú lo sabe muy bien y se aprovecha de ello brutalmente. Para la psique humana es difícil pasar de un periodo de posguerra a otro de preguerra y más aún a un periodo de guerra. El terrorismo de información de masas empleado por Rusia ayudó a los rusos a comprender este paso. Rusia ya se encuentra en estado de guerra, en una guerra parcialmente declarada contra Occidente. Las ciudades rusas recibían los féretros con los soldados rusos caídos en Ucrania. Este era el resultado, decían, de la guerra subsidiaria que Occidente libraba contra Rusia. Los féretros ayudaban a los rusos a realizar el giro psicológico.

Una guerra en las estepas del Donbás parecía estar muy lejos de los problemas propios, lejos de la plaza de la estación de Colonia o de la sala de conciertos Bataclán en París. Aún sobrevivía la ilusión que había surgido en los años noventa. Los europeos occidentales presenciaban los cambios en Rusia

principalmente a través de su televisor. Los reporteros informaban sobre las reformas democráticas que tenían lugar y creían inocentemente que Rusia se iba acercando a Europa. Los auténticos procesos sociales que estaban teniendo lugar eran algo que no podía comprender la mayoría de los occidentales. Se veía a Rusia casi como un aliado. Las audiencias occidentales nunca escucharon lemas tales como «¡La batalla por Rusia continúa y nosotros venceremos!» o «¡Somos un pueblo de vencedores, lo llevamos en los genes!». El público occidental nunca llegó a advertir el grado de presuntuosidad y sadismo descarado con el que la televisión rusa mostraba y comentaba los problemas occidentales.

Para los antiguos alumnos de las academias militares y la KGB rusas, es obvio que Occidente es quien mueve los hilos de las revoluciones naranjas y de colores. Washington y Bruselas son acusados de «crímenes» que difícilmente han podido cometer. Uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo es que, en los países donde existen Facebook y otras redes sociales, tienen lugar protestas multitudinarias que carecen de líderes concretos y no están respaldadas por partidos políticos. Rusia asumió la tarea de luchar contra las revoluciones que tienen lugar en el mundo, y Washington es el principal poder revolucionario desde la perspectiva del Kremlin. Según la propaganda rusa, detrás de cada muestra de descontento en las calles rusas se esconden los servicios secretos occidentales. Moscú cree que uno de sus intereses legítimos consiste en exigir que Occidente, en lugar de atizar las protestas en Rusia y otras dictaduras amigas, desde Siria hasta Corea del Norte, las condene. Desde la perspectiva del Ulus de Moscú, lo que ha hecho Occidente en el Maidán de Kiev es declarar la guerra híbrida al régimen ruso. Por lo tanto, no queda más remedio que defenderse, emprender un contraataque híbrido.

Los expertos y políticos occidentales han errado por completo en sus cálculos sobre el socio oriental y han tenido una percepción equivocada desde el mismo comienzo, cuando Putin fue elegido por Yeltsin. Entonces, a Occidente no le cabía duda de que estaban ante un político con tendencias occidentales. Los occidentales se dejaron embelesar por este exoficial de la KGB que hablaba alemán. Esto llegó al extremo de que los críticos de Putin en Alemania eran tildados de enemigos de Rusia, y, en sentido opuesto, aquellos que defendían a Putin eran llamados amigos de Rusia. Quien no estaba de acuerdo con la política rusa recibía la etiqueta de «rusófobo». ¿Cómo se puede estar de acuerdo con una guerra híbrida que amenaza con extenderse desde mi país al resto del mundo cual tumor maligno?

Una de las estrategias de la nueva élite militar es la intimidación. Intentan

atemorizar a los políticos, periodistas, diplomáticos y militares occidentales con que Rusia está dispuesta a librar un enfrentamiento militar con la OTAN e incluso a una Tercera Guerra Mundial si fuera necesario. Las provocaciones militares a lo largo y ancho de la frontera oriental de la OTAN tienen el objetivo de demostrar la peligrosa predisposición de Rusia al riesgo. Este osado juego de alto riesgo que puede acabar con la aniquilación de toda la humanidad es una prueba de resistencia nerviosa con un resultado muy previsible: Occidente nunca estará preparado para una guerra nuclear. El Kremlin sabe que países como Alemania son bastante reacios a sacrificar vidas humanas en la lucha por regiones como el Donetsk, la región industrial rusófona al este de Ucrania. Este juego de póquer mortal puede perpetuarse eternamente, los países democráticos continuarán escabulléndose y aceptando todos los actos del Ulus de Moscú tal y como ya ocurrió en la guerra de Chechenia, Georgia o Ucrania. Occidente continuará retirándose, ya sea en Ucrania o en Georgia, quizá en el Báltico y quién sabe dónde más. Por Mariúpol o Narva nadie se arriesgará a una última guerra mundial. En esta extorsión, las democracias occidentales no tienen la más mínima opción.

Los estrategas del Kremlin piensan como bandidos comunes. En su momento, libraron una lucha criminal en San Petersburgo hasta que consiguieron hacerse con el poder de la ciudad. Entonces vencieron en las batallas que tuvieron lugar entre las diferentes bandas y que se extendieron a las demás zonas de este inmenso país. Luego usurparon el poder estatal. Ahora atacan a otros estados, cometen crímenes internacionales y no son sancionados. Las familias holandesas que perdieron a sus seres queridos mientras sobrevolaban la frontera ruso-ucraniana quizá fueran los primeros europeos en darse cuenta de que la guerra híbrida también es una guerra.

El miedo es un arma. El miedo paraliza a la víctima. En la academia de la KGB se enseñaba a los estudiantes a aplicar el miedo.

Contra el régimen de Al-Assad —que eliminó a su población a base de gas sarín— está permitido disparar cientos de *tomahawks.* Pero al líder norcoreano Kim el mundo lo trata con guantes de seda, seguramente debido a que posee cabezas termonucleares. Obviamente, los gobernantes del Kremlin se han dado cuenta, y es una buena noticia para ellos: en esta partida de póquer nuclear, siempre pueden doblar la apuesta. No gana el más fuerte, sino el que está dispuesto a llegar hasta el final. Esta es la ley de supervivencia no escrita que rige en la prisión rusa. Y ahora la humanidad entera está obligada a vivir de acuerdo con esta ley.

Como era de esperar, las provocaciones a lo largo de la frontera condujeron al desplazamiento de las tropas de la OTAN hacia el este. Los presupuestos de defensa empezaron a crecer. Se empieza a plantear una nueva ampliación de la OTAN con la integración de Finlandia y Suecia. Estas noticias son interpretadas enseguida por la propaganda como ejemplos de la agresión occidental contra Rusia. Pero Occidente simplemente no está preparado para una nueva guerra y reacciona como en los «buenos» viejos tiempos cuando las reglas del juego todavía estaban claras y la paridad en el número de divisiones acorazadas y cohetes aún tenía relevancia. Juegan contra un tramposo al que quieren hacer entrar en razón, pero él no piensa atenerse a las reglas. Él sabe que los jugadores contrarios no pueden abandonar la mesa e intentarán persuadirlo sin fin. El juego se regirá por sus designios. Entonces se preconizará, con cierto patetismo, que se debe tratar al jugador tramposo de forma «igualitaria». Este «trato igualitario» solo prevé que pueda imponer sus reglas mientras torpedea, gracias a su derecho a veto, todas las iniciativas internacionales en favor de la conservación del orden mundial democrático.

Al capitán de este juego ya no le interesa la opinión de los «socios». Tras la muerte de Aleksandr Litvinenko (el antiguo agente de los servicios secretos que llevó a cabo, entre otras, la investigación sobre los ataques con explosivos en varios edificios en 1999, publicó el libro *Blowing up Russia: Terror from Within* y en 2006 fue envenenado en Londres por el FSB), el Kremlin llegó a la conclusión de que todo crimen quedaba impune. ¿A quién podía importarle lo que pensara la opinión pública occidental teniendo en cuenta la clara respuesta de no intervención tras el ataque a Georgia en 2008, la anexión de Crimea o la invasión de Ucrania?

Resulta paradójico que las nuevas tecnologías occidentales, que los hombres libres han inventado únicamente gracias a los sistemas democráticos, estén siendo empleadas para socavar esas mismas democracias. Pero, de hecho, la tecnología occidental ha sido siempre lo único que el Ulus de Moscú deseaba de Occidente para aplicarlo en su guerra contra el mismo Occidente. Basta con pensar en Pedro el Grande. En la época de las tecnologías de la información, se trata de las armas de información.

El más importante logro de la democracia, la libertad de expresión, es maltratado sin piedad. Los representantes oficiales de los medios de masas rusos son vistos y tratados como periodistas. Esta, de nuevo, es una visión equivocada. Su actividad nada tiene que ver con el periodismo. Estos mercenarios de la información, que hacen todo lo posible por soliviantar a la población rusa contra

Occidente, no pueden ser considerados periodistas. En los países democráticos, nadie quiere darse aún por aludido, y cualquier medida contra las tropas de batalla de la televisión rusa es tildada de restricción de la libertad de opinión. Unos periodistas auténticos no inflamarían los ánimos a base de bulos sobre la supuesta violación de una niña rusa a manos de «refugiados musulmanes» ocurrida en Berlín solo con el fin de sacar a las enfurecidas e indignadas masas a la calle. Así funciona la guerra híbrida, que puede irrumpir en cualquier hogar de cualquier lugar del mundo.

Ya hemos visto la eficiencia con la que los servicios secretos rusos utilizan las redes sociales con el fin de crear una atmósfera de intolerancia y odio en estos espacios. Las fábricas de opinión trabajan día y noche. Un ejército de trols lanza *shitstorms* y campañas de difamación a lo largo y ancho del mundo dejando miles de comentarios de odio en la red, también en España o Alemania. El estado de ánimo de la sociedad es dirigido desde el ciberespacio. Cientos de miles de cuentas falsas influyen en el ambiente social. Cuando se trata de comprar troles, no se repara en gastos.

También en Occidente abundan los periodistas, políticos, hombres y mujeres de negocios y blogueros que buscan ingresos adicionales. Escriben artículos «prorrusos» a cambio de una remuneración, graban reportajes, organizan conferencias y seminarios, publican comentarios en internet. ¿Por qué estas «insignificantes personas» tendrían que renunciar a estas pequeñas sumas de dinero si las «personas relevantes» no tienen reparos en aceptar encargos provenientes del surtidor de gasolina ruso? Si un antiguo canciller de un Estado democrático no siente vergüenza de aceptar este trabajito, ¿por qué tendrían que avergonzarse sus conciudadanos por recibir un ingreso extra del mismo empleador? Todo el mundo tiene una familia, hay cosas que se explican por sí solas.

La corruptibilidad de alguien como Gerhard Schröder ha influido de forma duradera en la imagen de Occidente que tiene el Gran Kan de Moscú. Si los líderes del mundo democrático se comportan así, ¿qué hay detrás de la fachada democrática? Al igual que ocurría antes, los jefes de Gobierno acuden a Sarai a presentar sus respetos y calmar las aguas.

El corrupto sistema político de Moscú genera una metástasis que se esparce por todo el mundo y corrompe descarada y despiadadamente a parte de las élites. El dinero ruso desmonta a Occidente. Durante las dos últimas décadas, millones de rublos procedentes de actividades criminales rusas se han transferido a cuentas de bancos occidentales. La descomposición de los valores occidentales comenzó

con la predisposición de los empleados de banca y los funcionarios a hacer la vista gorda ante el origen criminal de dicho dinero. ¿De qué sirve la democracia si la sociedad no es capaz de distinguir entre el dinero ganado honradamente y el dinero de origen criminal?

Como intérprete, he presenciado en numerosas ocasiones la solemne bienvenida que la república alpina brindaba al capital de origen criminal procedente de Rusia. Cuando vine a Suiza, pensaba que este país era un lugar donde el dinero no olía a nada. Una vez aquí, me di cuenta de que el hedor del dinero viaja de un país a otro.

En Rusia, el olor del dinero es claro y evidente. El pequeño salario huele a sudor, miseria y falta de perspectivas. El gran dinero, en cambio, tiene un fuerte hedor a estafa, delito, desfalco, soborno y desprecio al ser humano. En Rusia, el gran dinero no puede, por principio, ser limpio, y esto es algo que nadie pone en duda.

El mecanismo que eufemísticamente llamamos lavado de dinero funciona a la perfección en Suiza. Los bancos pagan impuestos y el Estado destina este dinero a los funcionarios, las escuelas, los agricultores y ganaderos y los escritores, *etc.* Así se lava el dinero sucio.

Pero ¿dónde está el límite entre el dinero «limpio» y el dinero «no limpio»? El sueldo que recibí como intérprete y que salió directamente del bolsillo de un nuevo rico moscovita era, sin lugar a dudas, «no limpio». Las comisiones de los bancos privados de la Bahnhofstrasse de Zúrich también lo eran, creo yo, aunque probablemente los banqueros no estén de acuerdo conmigo. Y ese dinero que es la fuente de ingresos del Estado suizo, ¿es limpio o acaso no es tan limpio?

¿Cómo podemos distinguir el trabajo honesto del trabajo deshonesto? ¿Puede el sistema bancario suizo funcionar honradamente con tanto dinero sucio, ganado de forma impúdica? Al fin y al cabo, Suiza no vive de sus vacas y su leche; al contrario, las vacas y la leche existen aún en Suiza gracias a que reciben subvenciones del Estado que a su vez recauda este dinero de los bancos.

Con el dinero sucio de Rusia se compran villas, yates, clubes de fútbol, periodistas, funcionarios, políticos, opiniones y decisiones en Occidente. Rusia ha organizado un sistema de exportación de la corrupción. Mediante la integración de empresas, gentes de negocio, políticos y expertos, el Ulus actúa de *lobby* para sus propios intereses. El mundo democrático se entrega con gratitud a este asalto monetario, que es un aspecto importante de la guerra híbrida. Todos tienen familias.

Al régimen moscovita le da exactamente igual si su dinero sirve para apoyar a

partidos de izquierda o de derecha en Europa occidental. Simplemente, apoya a grupos que buscan debilitar el sistema democrático y desestabilizar la situación política. A nadie le puede sorprender que los ultras de ambos flancos ideológicos en Europa se hayan convertido en los principales defensores de la política rusa de «codazos», así como de la anexión de Crimea. La especie de los «tontos útiles», descubierta en su momento por Lenin, no para de multiplicarse y ocupa cada vez más espacio vital. Al parecer, Lenin afirmó una vez: «Los capitalistas serán capaces de vendernos la soga con la que los ahorcaremos». Ahora los capitalistas son comprados junto con su soga. Antiguamente, las simpatías hacia Moscú se debían a convicciones ideológicas. El régimen actual ruso no defiende ninguna ideología que pueda ser apetecible para los radicales de «derecha-izquierda» de Alemania, España o cualquier otro país. La KGB nunca ha construido las relaciones con sus agentes occidentales únicamente sobre una base ideológica. Del mismo modo, en el momento actual, el trabajo de los servicios secretos rusos se basa en un fundamento pragmático.

Uno de los objetivos principales de la guerra híbrida consiste en dividir a Occidente y aprovecharse de la rivalidad entre los países europeos. Los *hackers* del Kremlin se infiltran en los ordenadores de los políticos occidentales e infectan sistemas enteros con virus. Los sistemas informáticos se pueden reparar rápidamente, pero no es tan fácil solucionar otro tipo de infecciones: el mundo ha sido contagiado con el virus de la desconfianza general. Hace apenas dos elecciones, a Marine Le Pen solo la votaban grupos sociales marginados. Hoy en día, es la segunda fuerza política del país. Las transferencias de dinero ruso han sentado indudablemente muy bien al Front National. Quién sabe si este partido no se convertirá en la principal fuerza política en las siguientes elecciones. También los radicales de derecha alemanes son ahora un partido políticamente presentable que representa los intereses del Ulus de Moscú en el Parlamento alemán. En toda Europa, los partidos populistas de derechas atacan los valores democráticos mientras son utilizados por Moscú como instrumento en su guerra híbrida. La admiración por la fuerte personalidad del Kremlin aumenta en una Europa que amenaza con ahogarse en su propia corrección política. La propaganda rusa despierta instintos que son reprimidos por la civilización. Los electores europeos, atemorizados por la inmigración desde países islámicos, ansían mano dura.

El rápido ascenso de la AfD en Alemania solo ha sido posible gracias a los votos de cientos de miles de inmigrantes rusos. El trabajo con los emigrantes siempre fue mucho más fácil para los servicios secretos soviéticos que el

reclutamiento de nativos «auténticos» occidentales que no habían conocido el miedo ruso. Las personas de origen soviético son mucho más propensas al chantaje y a otras formas de influencia psicológica. El proceso de influencia tiene lugar hoy en día en Alemania no solo directamente a través de la televisión rusa y las redes sociales, sino también a través de numerosas organizaciones sociales financiadas por la fundación moscovita Russki Mir («el mundo ruso»). Dichas organizaciones son creadas y utilizadas por los servicios secretos rusos con fines propagandísticos. Como resultado de sus acciones, diez mil rusos ocuparon las calles de ciudades alemanes profiriendo soflamas racistas y la AfD tiene representación en el Parlamento alemán. Los enemigos de una Europa común están en claro avance.

El presidente estadounidense cuya victoria fue celebrada con champaña en la Duma rusa ha roto lazos con Europa y ha cuestionado los fundamentos de la Alianza Atlántica. Todos los desacuerdos entre los miembros de la OTAN son un triunfo en la guerra rusa contra Occidente. Las élites ultraderechistas de Europa del Este que están en el poder en Hungría y Polonia[23] irradian xenofobia. Occidente está dividido, y esto es un triunfo para el Gran Kan de Moscú. Sus aliados son todos aquellos que cuestionan los valores del mundo democrático, los derechos y libertades del individuo, así como el espíritu abierto y solidario. El objetivo que se persigue manifiestamente es el colapso de Europa, y este es invocado e implorado cada noche en la televisión rusa.

El régimen moscovita está impartiendo una clase magistral al mundo civilizado sobre cómo pueden sobrevivir las dictaduras en el siglo XXI. El presidente de la democracia más fuerte del mundo dijo: «Al-Assad tiene que marcharse. No podemos tolerar que un dictador envenene a niños y mujeres con gas mostaza». El Gran Kan respondió: «No, Al-Assad se queda». El resultado es conocido. Obama está jubilado y Al-Assad sigue gobernando.

La guerra híbrida es una producción de residuo cero. Hasta los refugiados que vienen de los territorios donde los cazas rusos bombardearon a la oposición a Al-Assad son utilizados como arma contra la estabilidad de las sociedades democráticas europeas. El sueño europeo de un mundo móvil sin fronteras se ha convertido en un mundo lleno de refugiados. Los habitantes de la Europa del siglo XXI que se preocupan por el medio ambiente y los derechos de los animales han descubierto de repente bajo sus ventanas un campo de refugiados que huyen de la cruenta Edad Media. Tropas de troles y un ejército compuesto por todos los posibles «tontos útiles» se encargan de atizar la crisis de refugiados con todos los medios existentes. El Estado Mayor ruso lleva a cabo con gran éxito la tarea de

generar tensiones en la vida cotidiana de las sociedades europeas para desestabilizar la vida política interna.

El cebo con el que atrapan a los políticos occidentales es el siguiente: en la guerra contra el terrorismo, Rusia puede y debe convertirse en un aliado a cualquier precio. La propaganda rusa se aprovecha brutalmente de la ola de terrorismo islamista en Europa. Tras cada atentado terrorista en Occidente, el Ministerio de Exteriores ruso envía sus condolencias desde Moscú e insinúa de forma clara que se podrían evitar las víctimas si Washington, Bruselas, Londres, Paris o Berlín (dependiendo del lugar de la tragedia) estuvieran dispuestas a cooperar con Rusia. Dicho de forma más sencilla: «Si no os comportáis como es debido, os seguirán partiendo la cara».

La forma en que el Ulus utiliza el terrorismo islamista en su propio beneficio pudo verse poco después del atentado en la maratón de Boston en 2013. En 2012, Tamerlán Tsárnajev pasó ocho meses en Rusia viajando a Dagestán y Chechenia bajo la complaciente supervisión del FSB. Se encontró con guerrilleros clandestinos islamistas, algunos de los cuales fueron asesinados inmediatamente después. Tsárnajev regresó sano y salvo a Moscú y viajó a los EE. UU. para llevar a cabo el atentado. Sus mentores del FSB podían sentirse orgullosos tanto de él como de su hermano Dzhojar.

Occidente está perdiendo la guerra híbrida. Los políticos y los empresarios están dispuestos a traicionar a Ucrania en aras de los «intereses económicos». A mayor grado de sinvergonzonería en las acciones militares híbridas rusas, más crece el volumen de transacciones comerciales entre Rusia y Alemania (en 2017 llegó al 22,8%). En 1980, después de la invasión rusa de Afganistán, sesenta y cinco países boicotearon los Juegos Olímpicos de Moscú. En cambio, ahora que este imperio renacido ha atacado a un Estado soberano en Europa, se ha anexionado gran parte del mismo y lleva a cabo una guerra con 10 000 muertos, ¡ningún país ha boicoteado el mundial de fútbol en Moscú!

El triunfo del Ulus de Moscú consiste en que su propaganda ha sembrado la venenosa semilla de la duda en los valores más importantes de la civilización. Su triunfo es este descontento con la democracia, cada vez más palpable en la sociedad. Numerosas capas de la sociedad están dispuestas a sacrificar su libertad a favor de la guerra contra el terrorismo. Las personas tienen miedo, y con ello se ha conseguido el objetivo de que los ciudadanos de un país, orgullosos de su libertad, estén de acuerdo en que sus teléfonos puedan ser interceptados sin orden judicial o que sus cuentas y saldos bancarios, documentos de identidad o historiales médicos se hagan públicos. La guerra contra el terrorismo conduce al

control total, al Estado policial.

El conflicto entre el Ulus de Moscú y Occidente se está disputando también en el espacio postsoviético, donde aún quedan cuentas pendientes.

La ampliación hacia el este de la OTAN se produjo por deseo de Polonia, la República Checa, Hungría, Lituania, Letonia y Estonia. Si los jefes de Gobierno de la Alianza hubieran negado el acceso a estos Estados, sus propios ciudadanos no lo habrían entendido. La fuerza motriz que condujo a esta decisión histórica no fue la OTAN, sino las duras experiencias por las que pasaron estos países.

Hasta el día de hoy, Moscú no se toma en serio la independencia de las repúblicas exsoviéticas, y esto genera odio y temor hacia el antiguo Gran Hermano en los nuevos Estados nacionales. Todos los países que tienen un porcentaje importante de población rusa temen ser despedazados como Ucrania. Los servicios secretos rusos han podido demostrar con un ejemplo muy gráfico cómo se puede salvar a la población rusa de la «amenaza de un genocidio». En cualquier momento, Rusia podría «verse obligada» a invadir estos países con el fin de «proteger la vida de las minorías rusófonas».

En el caos y el vacío de poder que imperó después de la Perestroika, los pueblos que se encontraban en la periferia del Imperio supieron aprovechar su momento para librarse de la dominación extranjera rusa. Visto con perspectiva histórica, esta ventana de oportunidades se abrió solamente por un corto periodo de tiempo hasta que tuvo lugar el siguiente renacimiento de esta prisión de pueblos. Por ello, los Gobiernos de los nuevos Estados tuvieron que encontrar aceleradamente una solución para conservar su independencia. Tenían que encontrar aliados fuertes y encontraron la OTAN. Las antiguas colonias rusas se apresuraron a entrar lo antes posible en esta alianza defensiva. La estrategia de supervivencia ideada por estos nuevos Estados soberanos fue tenderle la mano a la OTAN, y esta estrategia demostró ser, por ejemplo en el caso de los bálticos, completamente justificada. En el Báltico se observaba con desconfianza la construcción de la democracia en Rusia. Querían evitar que los «hombrecillos verdes» lucharan por los derechos de los rusos en Riga o Narva contra los «fascistas» bálticos. Ucrania no tenía este aliado fuerte y por eso fue atacada y destrozada. ¿Existe un argumento más convincente a favor de la ampliación al este de la OTAN?

Como tantas veces en la historia, los habitantes de los países situados entre Rusia y Occidente tampoco tenían muchas más opciones. En los diarios de Astrid Lindgren leí una frase reseñable. También los países escandinavos se encontraron en su momento ante una elección incluso peor. Astrid Lindgren escribía: «Una

Alemania debilitada solo podía significar una cosa para los que estábamos al norte, que tendríamos a los rusos encima de nosotros. Y entonces creo que preferí decir "Heil Hitler" el resto de mi vida que tener a los rusos en nuestro país el resto de mi vida».

En realidad, lo relevante no era la «ampliación hacia el este» de la OTAN, sino que los países de Europa del Este se abrían paso hacia el oeste, alejándose del Ulus de Moscú. El rescate de las repúblicas bálticas gracias a la alianza occidental causó la indignación de los poderosos del Kremlin. Decían que se había roto la promesa de los políticos americanos y alemanes de no ampliar la OTAN más allá de la línea Óder-Neisse. Otro nuevo intento de la propaganda de Sarai de manipular los hechos. El Kremlin citaba las palabras del exministro de Exteriores norteamericano, James Baker: «Nato will not move one inch further east», es decir, «la OTAN no se moverá un milímetro hacia el este». Estas palabras aludían claramente al territorio de la RDA durante la retirada del ejército soviético. Los personajes principales de aquel momento, James Baker y el presidente George Bush, manifestaron explícitamente que el tema de la ampliación al este de la OTAN no fue tratado en absoluto en las negociaciones sobre la reunificación alemana y que, por tanto, no podía existir semejante «promesa». El historiador alemán Heinrich August Winkler zanjó el tema con las siguientes palabras: «La afirmación repetida recientemente de forma frecuente, entre otros por Putin, según la cual la OTAN habría roto su promesa de no extenderse hacia el este, es una leyenda histórica».

La ampliación de la OTAN hacia el este no era una razón para la guerra híbrida contra Occidente, sino simplemente otro pretexto más.

En Occidente, hay miedo a las palabras claras. No se trata solo de corrección política. No se quiere hablar de guerra aunque la guerra esté en marcha. Hay miedo a las profecías autocumplidas, a los malos augurios. Inocentemente, se cree que, si no se habla de guerra, esta pasará cual tormenta de verano. Pero, hasta la fecha, huir de las palabras nunca ha salvado a nadie de su significado.

Si Occidente hubiera reaccionado a tiempo y de forma adecuada a los bombardeos en Chechenia y a la agresión contra Georgia, quizá no habría tenido lugar la invasión de Crimea, la guerra del Donbás o las ejecuciones masivas llevadas a cabo por el dictador sirio con el apoyo de Rusia. Se ha fomentado la impunidad.

Las insuficientes sanciones de los Estados occidentales contra Rusia son la expresión de una esperanza vacilante de que las dificultades económicas podrían provocar el descontento de la población rusa con su régimen, animándolos a

protestar activamente. Pero esta es, lamentablemente, una esperanza vana. Un conocido refrán ruso dice: «Golpea a tu gente para que los demás te teman». Nadie puede imaginarse que en París o Berlín se diese orden de prohibir la importación de alimentos de forma abrupta. Una rebelión de carácter explosivo sacudiría el país ese mismo día. En cambio, cuando se aprobó en Rusia un decreto similar, aumentó el apoyo, ya de por sí desorbitante, que tenían los gobernantes. El Gran Kan conoce sobradamente la diferencia entre el poder que él tiene y el poder de las democracias europeas. Los Gobiernos democráticos se hacen responsables de su población y su futuro; en una dictadura solo existe la responsabilidad de ejecutar las órdenes.

Es mucho más probable que la población occidental, atemorizada por el caos y la posibilidad de una guerra, elija nuevos Gobiernos, sustituyendo a los enemigos de Putin por sus simpatizantes, a que la población rusa se alce contra la autoridad como resultado del hundimiento económico y de la subida de los precios de los alimentos. Y esto es exactamente lo que parece estar ocurriendo. Los Gobiernos europeos ya están divididos acerca de las sanciones. Nunca tendrán lugar sanciones de verdad (suspensión del suministro de gas y petróleo, la desconexión del sistema SWIFT, el bloqueo comercial, etc.), ya que el *lobby* prorruso siempre bloqueará estas medidas.

El conflicto entre Rusia y Occidente está lejos de solucionarse, pues ni siquiera ha alcanzado su punto álgido. La guerra híbrida que libra el Ulus de Moscú puede ser una oportunidad para Europa. La toma en consideración de una estrategia de defensa común a raíz de los nuevos desafíos podría dar un impulso vigorizante a la cohesión de la comunidad europea. Una crisis, peligro o amenaza obliga al continente a definir Europa nuevamente, a comprender en qué consiste, dónde están sus límites y qué representa. Es la oportunidad de reconocerse nuevamente como una Europa unida a la vista de una guerra inminente. En el siglo XXI no existen las guerras locales y alejadas. Toda guerra será una guerra europea. Y esta guerra europea ya ha comenzado.

---

[23] Se refiere al Gobierno polaco de Kaczynski y su partido Ley y Justicia (que en las últimas elecciones parlamentarias salió derrotado), así como al Gobierno húngaro de Viktor Orbán.

DOS «PUEBLOS RUSOS»

Esa calurosa tarde, la frontera ruso-suiza atravesó el Valle de los Reyes en Egipto. En el panteón del faraón Ramsés IX, se cruzó un grupo de turistas suizos con un grupo de rusos. Estaba prohibido hacer fotos. Los flashes anunciaban la llegada de los rusos. Los cumplidores suizos, heridos en su corazón, silbaban indignados. Un suizo abandonó a su pareja durante un minuto en la salida, se acercó al personal de vigilancia y explicó que se estaba fotografiando en el panteón. El empleado, exhausto por el calor, se levantó a duras penas e hizo sonar un silbato. Corrió al panteón, seguido del suizo, para identificar a los autores. Dos policías llegaron corriendo. Después de un rato, el suizo regresó junto a su novia, feliz y emocionado. La chica lo miraba con amor y orgullo.

Un choque de mentalidades. No es posible imaginarse a un joven en Rusia contándole orgulloso a su novia que se ha chivado a la policía. El código de honor ruso se ha desarrollado en la cultura de la cárcel y prohíbe estrictamente un acto semejante. El amor habría llegado a su fin.

Está claro que en todas partes las personas denuncian a otras personas, pero una denuncia en Suiza tiene un carácter muy diferente a una denuncia en Rusia. Una denuncia en Suiza surge de un sentimiento de apego hacia un Estado que protege a sus ciudadanos de los peligros y los crímenes. Una denuncia en Rusia surge del miedo hacia el mismo Estado. En Rusia, la relación entre el individuo y el Estado es fundamentalmente distinta a la que hay en Suiza. El Estado ha sido desde siempre la fuerza invasora de la que hay que protegerse.

Los treinta años de intercambio libre de ideas, mercancías, personas y lavado de dinero deberían haber contribuido a la difusión de valores. Y, de hecho, donde quiera que uno vaya, ya sea Zúrich, Berlín o Moscú, se ven los mismos coches, la misma moda, los mismos anuncios, los mismos Ikeas. Pero las apariencias engañan. La globalización no ha logrado superar la brecha mental entre Rusia y Occidente. Que las fronteras estén abiertas no significa aún que la población pueda permitirse viajar al extranjero. Se sustituyó el telón de acero por una cortina dorada. Dos tercios de los rusos no disponen hoy en día de un pasaporte y tres cuartos no han cruzado nunca las fronteras de la antigua URSS. Esto da que pensar, en vista de lo que formuló una vez Alexander von Humboldt: «La cosmovisión más peligrosa de todas es la cosmovisión de las personas que nunca han visto el mundo».

La mayoría de los rusos no se hacen una idea de lo que es la democracia, ya que nunca han vivido en una democracia y tampoco tuvieron la oportunidad de aprender qué es una democracia. Las reformas de los años noventa provocaron que los principios democráticos cayeran en descrédito. El concepto ruso de «democracia» tiene la connotación de caos, ruina, promesas vacías y demagogia. Que la democracia es un sistema político estable basado en la división de poderes y la libre competencia de los partidos políticos es algo que no se entiende. Para el pueblo, el sistema autoritario parece ser la forma de poder político más natural y adecuada. Se busca la estabilidad y no los cambios radicales. Chulpán Jamátova, una conocida actriz y fundadora de la fundación en favor de niños con enfermedades oncológicas Regalar Vidas, lo sintetizó claramente: «Entre la revolución y vivir como en Corea del Norte, elijo Corea del Norte».

En Rusia, la gente quiere zares fuertes, los débiles no son queridos. Se venera a los tiranos y se odia a los que buscan moderar la tiranía. Así ocurrió con Iván el Terrible y Borís Godunov, así sucedió con Stalin y Gorbachov. Esto no ocurre porque este inagotable cliché sobre los rusos sea cierto, sino porque los rusos han aprendido la lección después de la experiencia acumulada por varias generaciones en su lucha por la supervivencia: en Rusia, la alternativa a la dictadura no es la democracia, la alternativa a la falta de libertad no es la libertad, sino que la dicotomía que hay es entre dictadura y anarquía y entre el orden y el caos.

Todavía recuerdo la conocida fábula que leímos un día en la escuela. Un roble y un junco debatían sobre su fuerza y firmeza: «Cualquier soplo de viento te hace tambalearte» le dijo el roble con desprecio al junco, que no contestó. Después de un rato se levantó una fuerte tormenta. El roble intentó mantenerse en pie, pero terminó quebrándose, mientras que el junco cedió ante el empuje del

viento y se mantuvo ileso. ¡Lo que se dobla no se rompe! Para nosotros no eran más que palabras. Pero hoy me puedo imaginar muy bien que para nuestra vieja profesora esta fábula resumía sus experiencias personales de supervivencia en la Rusia del siglo XX.

La sumisión al destino y la tolerancia infinita de los rusos siempre llamaron la atención a los observadores occidentales. De este modo, el diplomático francés Maurice Paléologue (1859-1944) se sorprendía por el fatalismo ruso: «Uno de los rasgos que aprecio constantemente en los rusos es su tendencia a rendirse rápidamente y su docilidad al doblegarse frente a la desgracia. A menudo, ni esperan a que el destino haya tomado su decisión: les basta con preverla para aceptarla. Se someten a esta determinación del destino y se adaptan a ella de antemano, por así decirlo».

Esta capacidad de rendirse con la que el pueblo ruso es capaz de soportar sus lamentables condiciones de vida, así como la presión del poder, y que tan extraña resulta a los viajeros occidentales es el elemento más importante de la estrategia de supervivencia rusa. ¡Lo que se dobla no se rompe!

El miedo es una fuente de vida, y es tan natural como respirar y comer. Es instinto de supervivencia. Los que se sacrifican por sus principios se rebelan contra la naturaleza. Para la mayoría no tiene relevancia alguna saber qué bandera encabezará el siguiente ataque mongol: la mayoría se adaptará a toda dictadura de la misma forma que sus antepasados se adaptaron al Batu Kan o al comisario del pueblo Dzerzhinski. De otra forma, ni ellos ni sus descendientes habrían sobrevivido a los tártaros y a los comunistas.

Me llamaron así por mi abuelo. Mijaíl Shishkin fue arrestado durante la colectivización en 1930. Vivía con su mujer y sus dos hijos de nueve y cuatro años —el de cuatro años era mi padre Pavel— en un pueblo en la región de Tambov. Los otros campesinos no dijeron nada, pero mi abuelo se rebeló: «¿Por qué nos quitáis nuestra única vaca? ¿Cómo voy a alimentar a mis dos hijos?». Fue detenido. Mi abuela nunca más volvió a ver a su Misha. Murió en un campo de trabajo de trabajos forzados en Siberia.

Ya mayor, mi abuela comenzó a decir cosas sin sentido y a perder la noción del tiempo. Se quedó ciega y pasó sus últimos años en una pequeña habitación en casa de su hijo, es decir, mi padre, donde permanecía a oscuras días enteros. Intentaba llamarla siempre que tenía tiempo. Gritaba al teléfono para que pudiera oírme mejor: «¡Babushka, soy yo, Misha!». «¿Misha?», preguntaba entonces, asustada. «¿Quién está ahí? ¿Misha?». Es probable que estuviera reviviendo aquel día y cada vez creyera que habían detenido a su marido. Entonces gritaba al

auricular: «¡Misha! ¿A dónde te llevan? ¡No, por favor! ¡Soltadlo! ¿Qué estáis haciendo?».

Intentaba interrumpirla: «Babushka, ¡soy yo! ¡Tu Misha! ¡Tranquila!», pero no prestaba atención y solo gritaba, intentaba arrastrar a su Misha, salvarlo: «¡Soltadlo! ¿Qué os hemos hecho? ¡Soltadlo! ¡Misha! ¡Misha!».

Los que no alzaron la voz sobrevivieron en aquel entonces. Así funciona en Rusia el principio de la selección natural.

La historia rusa muestra como el Estado, a lo largo de generaciones, ha eliminado o forzado a la emigración una por una a todas aquellas personas que no encajaban en el sistema. Los que se quedaban desarrollaban el arte ruso de la supervivencia. Quien intentaba levantar la cabeza era decapitado. Era más sano callar y lamerle las suelas al poder.

El jefe de policía de la obra *Las almas muertas,* de Gógol, explicaba la reciprocidad entre el pueblo y el poder: «En ese punto, el jefe de Policía declaró que ese temor era infundado, que para prevenir cualquier revuelta estaba la autoridad del capitán de la policía del distrito, cuya gorra bastaba —sin necesidad de que su dueño se personara— para empujar a los campesinos, como ovejas de un rebaño, hasta su lugar de residencia».[24] La gorra del capitán de la policía es el símbolo de la violencia del Estado, al igual que ocurre con el sombrero de Gessler en la leyenda de Guillermo Tell. Los campesinos rusos tenían razones de sobra para temblar ante la gorra del capitán de la policía del distrito. Y, del mismo modo, el capitán era consciente de que él también debía temblar ante la gorra del coronel, y así sucesivamente, subiendo en la escalera social hasta llegar a temblar ante el gorro de Monómaco. La persona concreta no tiene relevancia en este temblor, simplemente se tiene miedo de la autoridad superior como tal. Y el que está más arriba tiembla a su vez ante aquellos que tiemblan ante él.

El origen del poder ruso es la violencia pura, y esta es la única fuente de derecho necesaria. El poder puede hacer con nosotros todo lo que quiera. La población está en manos de las fuerzas invasoras. Nadezhda Mandelshtam, la viuda del poeta asesinado Ósip Mandelshtam, dijo una vez: «Vivimos como si estuviéramos en la cocina de un ogro».

El poder es el destino. El mortal no tiene capacidad de influir sobre el sistema. El destino no se puede elegir. Por ello, el poder es sagrado. Por ello, el zar, que simboliza el poder, es una figurada sagrada.

«Bueno es el zar, malvados los boyardos» dice un conocido refrán. Y así funciona la «separación de poderes» rusa. Si ocurre algo bueno, es gracias al benevolente zar, si pasa algo malo, la culpa es de los malvados boyardos: los

poderosos en el entorno del zar. Esta táctica se ha mantenido en Rusia desde hace siglos. Durante la represión de Stalin, se escribían millones de cartas al Kremlin: «¡Si Stalin supiera lo que ocurre!». En el país de los malévolos boyardos solo el zar puede arreglar las cosas (la gente creía que los servicios secretos habían arrestado por error a su marido, padre, hermana o hijo y Stalin lo desconocía). Desde 2001, se emite el programa de televisión *Línea directa* con Vladímir Putin. Se entregan cientos de miles de quejas y peticiones relacionadas con injusticias cometidas por funcionarios corruptos, *etc.* Esta «línea directa» con el zar es para muchos la única posibilidad de obtener su pensión o de que construyan una tubería de agua que llegue hasta su alejado pueblo.

Varias personas se dirigieron por vídeo al presidente en una grabación que se hizo muy popular y que se puede ver en YouTube. Se trataba de personas que habían invertido sus ahorros en viviendas nuevas y a los que los constructores habían estafado. Hombres y mujeres bien vestidos se arrodillaban ante el monumento a los soldados caídos en una ciudad de provincias rusa y suplicaban al «apreciado Vladímir Vladímirovich» que acudiera al rescate de su dinero.

Esta singular forma de protesta rusa que consiste en arrodillarse fue descrita por el escritor Mijaíl Saltykov-Shchedrín en su novela *La historia de una ciudad,* de 1870: «Los habitantes de la ciudad se arrodillaban y aguardaban. Sabían que estaban rebelándose, pero no podían hacer más que arrodillarse».

Otra forma específicamente rusa de protesta es el culto a dictadores brutales del pasado. Recuerdo muy bien como en los años setenta, durante la época soviética, se veían pequeñas fotos de Stalin tras el parabrisas de muchos camioneros. Stalin no simbolizaba las matanzas masivas, sino un orden justo que añoraban las personas humildes en una Unión Soviética que posteriormente se había corrompido por completo. Ante la esclavitud universal, las personas anhelan justicia. En las barracas, anhelan la igualdad universal.

En la Rusia actual, esta forma de protesta se manifiesta más intensamente. En el proyecto televisivo *El nombre de Rusia* de la primera cadena de televisión pública, los telespectadores podían votar a favor de un personaje histórico. Stalin encabezaba la votación con diferencia. Antes de la tercera y decisiva ronda, se anularon todos los resultados, de forma que la dirección del canal pudo coronar al príncipe sagrado Aleksandr Nevski como el nombre de Rusia. Esto es corrección política a la rusa. El tradicional culto a Stalin dice mucho sobre los acontecimientos actuales en el país. Stalin representa la lucha contra la corrupción, contra la desigualdad social, contra el lujo ostentoso de las clases altas, contra la pobreza y la falta de perspectivas de millones de personas. Cuando

nombran a Stalin mejor gobernante ruso, estas personas están expresando su convicción de que solo una mano firme puede crear un orden justo en Rusia. El Kremlin recibe esta clara señal. Los kanes moscovitas tienen mucha suerte con sus súbditos.

En la novela de Tolstói *Anna Karenina,* Liovin pregunta a un campesino: «¿Qué piensas? ¿Debemos ir a la guerra a defender a los cristianos?». Y este responde: «¿Por qué tenemos que pensarlo nosotros? Aleksánder Nikoláyevich, el emperador, ha pensado por nosotros en el pasado y seguirá pensando por nosotros en todos los asuntos. Tiene buena vista».[25]

«¿Por qué tenemos que pensarlo nosotros?» No tenemos que pensarlo. Tanto da si se trata de una guerra como de la pavimentación de la calle. Hay que obedecer y ejecutar las órdenes. Sabemos que la iniciativa propia trae problemas. Todo, tanto lo bueno como lo malo, viene de arriba. La mayoría de los rusos, especialmente en las provincias, siguen pensando hoy en día que no podrían arreglárselas sin la ayuda del Estado y esperan un sustento, atención médica gratuita y ayudas sociales. Uno no puede alcanzar nada por sí mismo. Todo lo proveen los gobernantes. Así son «tratados» los soldados, los reclusos de las cárceles o los niños en la escuela. Nada de iniciativas, ellos se ocupan de todo. Todo esto tiene poco que ver con el desarrollo de una sociedad civil. Los súbditos miran de abajo hacia arriba, están acostumbrados a la arbitrariedad del poder y depositan su libre albedrío en los poderosos. Nada depende de ti, no puedes decidir nada; este sentimiento está muy enraizado. Y no podemos reprochárselo a las personas. La experiencia de varias generaciones muestra que la iniciativa propia es punible. Permanecer pasivo y no mostrar iniciativa son parte de la estrategia de supervivencia, son reglas de oro de la mentalidad rusa.

La creatividad precisa de libertad. El talento individual y la capacidad creativa son cualidades que en Rusia resultan más perjudiciales que beneficiosas en el ascenso profesional y social. Por lo tanto, no se puede esperar más que frutos magros en aquellos campos que exigen libertad creativa, como las ciencias o la investigación. El escritor ruso Turguénev visitó la Exposición Universal de París en 1867. Constató con gran disgusto la insignificante contribución de Rusia a la cantidad total de avances técnicos de la humanidad. Hoy en día, en el siglo XXI, uno podría disgustarse igualmente sobre el atraso ruso en lo relacionado con prácticamente todos los avances tecnológicos. En la Rusia actual, no hay producción nativa en ninguno de los sectores de alta tecnología. En su lugar, se utilizan los avances occidentales. Todos los objetos que utiliza la «élite» rusa en su día a día —ordenadores, dispositivos, coches, ropa— han sido o producidos en

Occidente o de acuerdo a ideas desarrolladas en Occidente. Todos los logros de la humanidad se basan en el valor fundamental de la democracia: la libertad del individuo.

La propaganda de la época alababa como un mantra los logros de la ciencia soviética. Sin embargo, lo que no se mencionaba era que toda la industrialización en los años veinte y treinta había sido posible solo gracias a la ayuda de empresas norteamericanas que habían suministrado a la Unión Soviética máquinas capaces de realizar ciclos completos tecnológicos y las montaban listas para comenzar a producir. En la Segunda Guerra Mundial, el país dependía del equipamiento tecnológico del que le proveía el programa americano *Land-Lease* (programa de préstamo y arrendamiento). Después de la guerra, se trasladaron maquinarias enteras desde la Alemania ocupada a la Unión Soviética. No solo se «adoptaban» tecnologías y equipamientos, sino también ingenieros, especialistas, científicos. El producto de exportación soviética más conocido puede servir como ejemplo.

No hay ningún otro artículo ruso que haya conquistado el mercado mundial de una forma tan amplia como esta arma. Mijaíl Kaláshnikov es considerado su inventor. Hasta la fecha, se han construido cien millones de ejemplares de este fusil. En 1946, el conocido fabricante de armas Hugo Schmeisser fue trasladado a la fuerza a la Unión Soviética junto con sus compañeros. Los fabricantes de armas alemanes fueron llevados en un tren especial a Izhevsk, donde vivieron y trabajaron bajo estricta vigilancia. La tarea que ahí realizó Schmeisser se mantiene en secreto hasta el día de hoy, pero el rifle de asalto Kaláshnikov se fabricó en Izhevsk.

Sin las fórmulas secretas que los servicios secretos soviéticos obtuvieron gracias al espionaje en los EE. UU., los científicos que trabajaron, bajo la dirección del gran verdugo Lavrenti Beria (Stalin lo nombró responsable de la construcción de una bomba atómica soviética), en el desarrollo de armas nucleares propias habrían tardado mucho más. En su obra *El primer círculo,* Aleksandr Solzhenitsyn describe el modo en que trabajaban los inventores y los investigadores en una *sharashka* (un campo de prisioneros para científicos e ingenieros).

El orgullo de la Unión Soviética, la conquista del espacio, se lo debemos a un hombre cuyo nombre fue un tabú absoluto hasta su muerte: Serguéi Koroliov. El padre del programa espacial soviético pasó seis años en el gulag. Después de ser sometido a torturas y amenazas contra su familia, firmó una confesión donde se declaraba miembro de una supuesta conspiración contrarrevolucionaria. Koroliov fue acusado de querer preparar un ataque contra Stalin utilizando sus desarrollos

técnicos. En el campo de Kolyma, donde estuvo a punto de morir, le arrancaron los dientes y le rompieron la mandíbula inferior. Enfermó de escorbuto. Entonces lo enviaron a una *sharashka,* y esto fue lo que le salvó la vida. Ahí recibió la tarea de construir motores. Después de la Segunda Guerra Mundial, ascendió a jefe constructor del programa soviético de misiles y, en 1945, viajó a Berlín con el encargo de estudiar el programa alemán de misiles y encontrar en Alemania a aquellos que aún vivían y que habían trabajado para el ingeniero de misiles Werner von Braun. Regresó a la Unión Soviética con los planos de las construcciones alemanas y con los constructores alemanes de misiles. Una vez allí, los asistentes y compañeros de Werner von Braun trabajaron en el desarrollo de los misiles soviéticos. Los tipos de misiles desarrollados en aquel entonces se siguen empleando hoy en día. El programa espacial y lunar propiamente soviético avanzó a trompicones. Los trabajos para construir los cohetes lunares N1 fueron suspendidos en 1974 sin haber dado ningún resultado. Se había perdido definitivamente la carrera con Occidente. El atraso tecnológico y el déficit acumulado culminaron finalmente en la Perestroika y el hundimiento de la Unión Soviética.

En cierto modo, la nueva Rusia se convirtió en una *sharashka.* Un súbdito del poder no puede tener control sobre su propia vida. Hoy tienes un pequeño negocio y mañana alguien que luce galones te lo quita para dárselo a su sobrino. Hoy eres el propietario de una vivienda en Moscú y al día siguiente tienen que «rehabilitarla» y eres realojado por la fuerza «de forma voluntaria».

Hoy te levantas como todopoderoso alcalde de una ciudad y mañana eres un refugiado. Hoy eres un oligarca o el ministro de Fomento, y mañana serás arrojado al catre de una celda como un prisionero más. Cuando no se puede planear un futuro propio, se vive en el presente. En Rusia impera el lema «el que venga detrás, que arree». Todos tienen prisa en ser partícipes hoy mismo en la fiesta de la vida, ya que mañana podría ser demasiado tarde. Un refrán ruso dice: «Nunca digas adiós a tu saco de mendigo y al calabozo» (otra variante de la traducción sería: «De la ruina y la cárcel nadie está libre»). Los boyardos viven con todo tipo de lujos en palacios, pero el pueblo llano se emborracha en sus chozas. No se ahorra dinero, sino que se vive el día festivamente, pues mañana mismo un hada maligna en algún puesto de poder puede convertir tu carroza en una calabaza.

Quien quiere conseguir algo tiene que colocarse en la cadena alimentaria de la sociedad. Las condiciones para el triunfo en esta escalera del éxito son la mediocridad y la predisposición a hacer cualquier cosa por tu jefe. En la nueva

Rusia, han salido a la palestra repentinamente en los últimos años millones de funcionarios que no producen nada y solo se dedican a dejarse sobornar. Están dispuestos a romper todas las reglas morales con tal de conservar su derecho a permanecer en esta cadena alimentaria. Las instituciones políticas están podridas porque este sistema lo corrompe todo, de arriba abajo. Nuestra podredumbre, la podredumbre de los hombres de abajo, alimenta a los de arriba, y la podredumbre de los de arriba alimenta a los de abajo y así se cierra el círculo. El país entero está infestado por esta podredumbre.

No solo no existe un Estado de derecho en Rusia, sino que directamente no existe el Estado. Lo que vemos es una simulación para el observador occidental, una estructura de poder mafiosa que se sirve de los mecanismos estatales. El fiscal soviético lo formuló de forma precisa durante los juicios de Núremberg: «Estos criminales se hicieron con el poder estatal y convirtieron el Estado en el instrumento de sus actos criminales». Esto es justamente lo que ocurre hoy en día en Rusia.

En el sistema político ruso todo es una ficción: la separación de poderes, el legislativo, la autonomía, *etc.* O, por ejemplo, los tribunales independientes: sin sobornar a los jueces es imposible ganar un juicio. Los procesos judiciales más importantes se deciden por órdenes «de arriba». Los tribunales tienen la función de encerrar a aquellos que protestan contra el sistema corrupto. La justicia se ha convertido en una autoridad punitiva. Lo único que queda de un tribunal de verdad es su forma. Esto mismo ocurría durante la Segunda Guerra Mundial cuando en los aeropuertos se construían aviones de imitación que servían para engañar al enemigo. Estas máquinas parecían aviones de verdad, pero no podían volar. Las reglas y leyes escritas son simulaciones del estilo. Solo hay una ley no escrita que funciona impecablemente, y todos cumplen escrupulosamente esta ley del poder porque violarla acarrea un peligro mortal.

Hay un ejemplo sencillo que sirve para ilustrarlo. Imagínese que tiene que cruzar una calle transitada por vehículos con el cochecito donde duerme su bebé. La ley escrita lo regula claramente. El cochecito es más frágil que el *jeep* que se acerca a toda velocidad. El sentido del ordenamiento jurídico consiste en proteger al más débil del más fuerte. Para proteger al pequeño ser que se encuentra en el cochecito existe el paso de cebra. El *jeep* debe parar ante él. No me cabe la menor duda de que cualquier lector que se haya desplazado por las calles de una ciudad rusa habrá sentido un escalofrío al observar dicha escena. También en Rusia existen los pasos de cebra. Y el *jeep* es, sobre esto no cabe discusión, más fuerte que el cochecito. Por ello tiene prioridad. Y usted será el primero que se someterá

a estas reglas y aceptará la prioridad del *jeep.* Si quisiera empecinarse en la prioridad recogida en la ley, el *jeep* lo atropellará a usted y al cochecito y la culpa será suya, ya que usted, y no el *jeep,* ha quebrantado la única ley válida.

La vertical del poder funciona según sus propias reglas inquebrantables. Está terminantemente prohibido aceptar sobornos «por encima de la categoría». En la novela *El Inspector,* de Gógol, esto mismo lo explica el capitán de la policía de la ciudad a su subordinado con la palma de la mano extendida. Guardar el dinero del soborno para uno mismo y no compartirlo con el superior es un crimen imperdonable. Pero aún peor es ser honesto e insobornable. La «vertical» no lo tolera.

Vivir sin quebrantar la ley no escrita significa inevitablemente infringir la ley escrita. Nadie se rige por esta última, empezando por las propias autoridades responsables de la protección jurídica y del cumplimiento de las leyes y las reglas. Así es como surge la «paradoja rusa». En realidad, todos son infractores de la ley, todos obedecen a la ley no escrita y transgreden la ley escrita. Cualquier persona tiene medio pie en prisión.

A esto se le suma que, a lo largo de un largo periodo de tiempo, muchísimas personas que no eran ni criminales comunes, ni ladrones o asesinos fueron enviadas a los campos por motivos ideológicos y políticos. Así se comprende mejor la actitud sorprendente que, por lo general, se tiene en Rusia hacia los prisioneros que han sido atrapados, tal y como se ha descrito tan a menudo en la literatura rusa: un prisionero no es visto como un delincuente o un infractor, sino, en primer lugar, como un infeliz. Todos infringen la ley y es una cuestión del destino si a alguien le pillan. Si ha tenido mala suerte, es porque le persigue la desdicha. Hoy enchironan a uno, mañana a otro, y pasado mañana puedes ser tú el que tenga que tirarse sobre el catre de prisión sin haber cometido ningún delito.

La vertical del poder se basa en una estructura de clanes. La próxima generación de los nuevos gobernantes ya ha ocupado todos los puestos de dirección en Rusia. La escalera social funciona como en la Edad Media. Una conocida broma lo sintetiza de la siguiente forma: el hijo de un coronel no puede llegar a ser general, puesto que el general tiene su propio hijo. Se ha formado una nueva aristocracia estatal con carácter hereditario. Los altos funcionarios rusos tienen exclusivamente hijos talentosos que después de acabar la guardería se convierten en dirigentes de alto nivel y directores de los principales bancos y organismos públicos. Pero tampoco estos niños prodigio pueden estar seguros de que las propiedades que heredaron les pertenezcan a ellos realmente. Lo que se

entiende por economía libre de mercado en Rusia es un sistema de propiedad estatal. La propiedad depende por completo de los «recursos administrativos» y las lealtades. Si el líder del clan cae en desgracia, arrastra consigo a su séquito al desastre.

En el comienzo de esta cadena alimentaria se encuentra la silenciosa población con sus miserables condiciones: campesinos, trabajadores, médicos, maestros: todos callan y ven la tele. Huyen al mundo paralelo de la televisión, donde pueden olvidar durante algunas horas la miseria, la humillación, la pobreza, la desigualdad, la falta de perspectivas, el lamentable sistema educativo o la nefasta e inasequible asistencia médica. Mucho mejor para olvidar es el alcohol, ese instrumento ruso de eficacia probada para solucionar todos los problemas irresolubles.

De vez en cuando, el poder necesita el apoyo de estas masas silenciosas cuando llegan las «elecciones», pues la comparsa siempre es útil a la hora de organizar los grandes espectáculos. Los maestros y las maestras, por ejemplo, son obligados a colaborar en los miles de colegios electorales que se montan en las escuelas de todo el país. Participan activamente del fraude electoral. Como son personas con formación, son responsables de contar «correctamente» los votos depositados. Quien no colabora, puede perder rápidamente su trabajo. Y, como ya se ha dicho, todos tienen familias.

Una mafia tal y como existe en otros países, es decir, como una fuerza paralela al Gobierno, no existe en Rusia. La *cosa nostra* rusa es el Estado mismo. Las estructuras estatales son la mafia rusa y estas son el mayor enemigo de la ley escrita y de la propia población. Los antiguos funcionarios del Partido y del Komsomol se repartieron todos los recursos naturales posibles y se apresuraron a venderlos cuanto antes para ser ricos ese mismo día sin pensar en los demás o en el futuro del país. En lugar de invertir en las calles, los hospitales o las escuelas de Rusia, el dinero de los recursos naturales que se venden se va a Occidente. Los medios públicos que deben ser dispuestos para fines sociales no llegan casi nunca a su destino, pues se pierden en los bolsillos de los funcionarios. Un principio sencillo se ha convertido en la ideología de la nueva Rusia: «¡Trepa al poder y sírvete tú mismo!». La corrupción no es una desviación de la norma, sino que es la norma misma. No sorprende que el bloguero y líder opositor Alexéi Navalni utilizara una fórmula tan adecuada como es «partido de bandidos y ladrones» para referirse al partido estatal Rusia Unida.

En realidad, el sistema social ruso siempre fue corrupto, no es ninguna novedad. Debido a la falta de tribunales independientes y a la inexistencia de una

legislación clara, las cuestiones nunca se han resuelto en Rusia sobre la base de instrucciones burocráticas abstractas, sino a través de la comunicación directa y el acuerdo mutuo: «Yo te doy y tú me das». Puede sonar extraño, pero el sistema de sobornos dota a las personas en Rusia de una libertad increíble para solucionar sus problemas de la forma más breve y eficiente posible. El sistema de corrupción ha sobrevivido a todos los intentos de modernización. Este orden social funcional y eficaz cambia de «socialismo» a «capitalismo» como de camisa. Puedes comprar una nueva camisa o lavar una vieja, pero no tendrá ningún efecto sobre el metabolismo del cuerpo. En la nueva Rusia, el sistema fue simplemente estatalizado. La época de Yeltsin trasladó a los bandidos y delincuentes de los suburbios de las ciudades soviéticas a un primer plano, presentándolos como la nueva élite rusa. Gentes de mentalidades criminales comenzaron a dirigir los destinos del país.

Ante la necesidad de sobrevivir en prisión, las personas deben desarrollar cualidades específicas, una constitución psíquica concreta. En Rusia, las cualidades necesarias para sobrevivir evolucionan de una generación a la siguiente. Los rusos tienen experiencia en prisión tanto en sentido figurado como en sentido literal: un cuarto de la población ha estado encarcelada o ha tenido a un familiar en prisión. Los jóvenes están enormemente influenciados por los hábitos que se practican en la cárcel. Tampoco podemos olvidarnos de los vigilantes y sus familias. Las últimas estadísticas disponibles muestran que el sistema penitenciario da de comer a 400 000 personas. La jerga de delincuentes, la subcultura criminal y la fuerza normativa de una «moral de prisión» no solo influyen en la sociedad moderna rusa, sino que se han convertido en su fundamento. La prisión solo conoce una ley: la ley de la fuerza y la violencia. Esta ley no escrita ha regido y sigue rigiendo la vida de los habitantes del país.

Los sociólogos rusos han dado el nombre de *prisonisation* al fenómeno que consiste en la influencia que ejerce la cultura de la prisión sobre la sociedad entera. Este es un concepto único que, por un lado, deriva del inglés *prison,* pero también suena típicamente ruso: *pri zon* significa «en la zona». El país entero vive «en la zona».

En Rusia siempre imperó una mentalidad de campo de prisioneros. Los criminales que pertenecen a la élite tienen los mejores catres en las celdas y despojan a los débiles de sus ropas y alimentos. Se encargan de mantener el orden, el orden criminal. Y no se conoce otro tipo de orden.

Se dice que la cárcel, el ejército y la escuela reflejan la esencia de un sistema social. Este modelo social presidiario ya era característico del primer Ulus de

Moscú de la Horda de Oro. Fue durante la época mongol cuando se formó este sistema trilateral de correlaciones entre el poder y los súbditos. En el primer nivel se encuentra el director de la prisión (el kan mongol), que hace y deshace en lo relativo a la vida y la muerte. Dentro de la «zona» hay dos niveles más: el superior lo ocupan los reclusos privilegiados —los príncipes que han recibido el *jarlig* del kan y que tienen la función de vigilar—, y en el nivel inferior se encuentran los presos comunes, el pueblo llano.

En una sociedad constituida así no hay leyes ni tratados, no hay derechos ni reglas, solo la gracia o la desgracia, privilegios y represión. Y, si una rebelión tiene lugar, no es un levantamiento «para vuestra y nuestra libertad» (como en las guerras de liberación polacas contra el zarismo ruso), sino un llamamiento de los sublevados a favor de un zar «auténtico» (como en la guerra de los campesinos de Pugachov, sobre la que Pushkin escribiría: «¡Dios nos libre de ver una revuelta rusa, tan insensata e implacable!»[26]).

La prisión es una escuela de esclavos. Las reglas que se aplican en la prisión sirven para la vida «libre» después de la liberación. Se guardan los traumas sufridos —brutalidad, torturas, humillaciones, la división entre vigilantes y esclavos— y se transmiten estas experiencias a los cercanos y no tan cercanos. La brutalidad de los conflictos cotidianos en mi país es espantosa. La tolerancia prácticamente no existe.

La *prisonisation* se hizo notar enseguida en el idioma oficial. Con los nuevos gobernantes del Kremlin, la jerga de la prisión llegó al discurso público. Conocida es la promesa electoral que hizo Putin cuando aún era príncipe heredero y flirteaba con Rusia, que consistió en «ahogar a los chechenos en el retrete». Desde aquella época, el argot presidiario es un elemento constante de la imagen pública de la élite política rusa. Palabras de la lengua de los delincuentes como *sanos* u *otkat* (que son diferentes variantes utilizadas para pagar un soborno) se han asentado en la lengua oficial junto con cientos de expresiones más de este submundo criminal.

El código de comportamiento de «la zona» influye en el comportamiento de las personas «en la zona». Por ejemplo, la sonrisa. A primera vista, los rusos resultan antipáticos y herméticos para los turistas occidentales. En Rusia, no es habitual sonreír a los desconocidos. Un breve contacto visual y un esbozo de sonrisa, así es como se trata la gente en Occidente. Pero, en Rusia, la sonrisa sin compromiso es prácticamente inexistente. Sin ser consciente de ello, yo también estaba acostumbrado a poner una cara malhumorada tan pronto salía de casa. La razón es que uno tiene la sensación de encontrarse en un entorno hostil. Apenas

sales al exterior, tienes que ponerte una máscara protectora y estar listo para defenderte. Esto viene de la experiencia en la prisión: detrás de las rejas solo se puede sonreír a otros reclusos conocidos. En todos los demás casos, la sonrisa es un símbolo de adulación del débil al fuerte. Si alguien se te acerca con una sonrisa, resulta repelente, porque parece algo alevoso y malvado. Todo esto me lo contó mi hermano durante mi visita a la ciudad septentrional de Ivdel.

El factor más importante que une a las personas a ambos lados de la alambrada es el sentimiento de impotencia hacia aquellos que ejercen el poder.

Lo que no termina de conseguir la cárcel, lo remata el Ejército. Este es la segunda parada importante para *l'éducation sentimentale* en Rusia. Es interesante que el Ejército tenga un rol civilizador en Rusia. Hacia el final del siglo XIX un general ruso declaró: «El 40% de los chicos comieron por primera vez en su vida carne en cantidades suficientes al llegar al Ejército». A comienzos del siglo XXI, el ministro de Defensa declaró en la Duma (Serguéi Ivanov, el 15 de febrero de 2006): «Para algunos reclutas, es la primera vez que ven un inodoro o un cepillo de dientes y hacen tres comidas diarias. No es fácil educar a soldados así».

En Rusia, el Ejército no solo actúa como portador de cultura, sino que es también la escuela de la esclavitud. Su sentido reside precisamente en las denominadas «normas de comportamiento que no se basan en reglamentos», es decir, las inquebrantables reglas no escritas del Ejército. El rango de un soldado depende del tiempo que haya servido. Los soldados mayores tienen un poder prácticamente ilimitado sobre los nuevos reclutas y se aprovechan de este poder forzando a los reclutas a llevar a cabo trabajos duros a diario. También maltratan y humillan a los recién llegados de acuerdo con rituales aceptados de forma unánime y universal. Si quieres sobrevivir como recluta, primero tienes que convertirte en esclavo y olvidarte de tu dignidad como persona. Más adelante, pasarás de esclavo a patrón, y entonces será tu turno de apalear a los nuevos, orinar en sus botas, obligarles a comer una rebanada de pan untada con abrillantador de zapatos, quitarles los alimentos que les envían desde sus casas y muchísimas cosas más. Es de sobra conocido que los vigilantes más violentos antes fueron esclavos. Estas «normas de comportamiento que no se basan en reglamentos» se aplican luego a la vida entera. La mayoría de los hombres rusos terminan su formación de esclavos y llevan las capacidades y destrezas aprendidas a sus hogares.

Pero hubo y sigue habiendo otra Rusia. La Rusia de Aleksandr Pushkin, Anton Chéjov, Piotr Chaadáyev, Aleksandr Herzen, Lev Tolstói, Marc Chagall,

Serguéi Rajmáninov, Danil Harms, Andréi Tarkovski, Lev Kópelev, Alfred Schnittke y Joseph Brodsky. La Rusia de los siete hombres y mujeres jóvenes que en agosto de 1968 salieron a la Plaza Roja en señal de protesta contra los tanques soviéticos en Praga y desplegaron un cartel que decía «Por vuestra y nuestra libertad». Fueron detenidos al instante. En aquel entonces, tenía siete años y no me enteré de ello. Tampoco nuestro inmenso país supo de aquella acción. La vida de esas personas quedó destrozada, tuvieron que aguantar muchos años en prisión o en un psiquiátrico. «Siete personas en la Plaza Roja: estas son, al menos, siete razones por las que no podremos nunca odiar a los rusos» escribió un periodista checo.

Cuando en los años treinta pidieron a Borís Pasternak firmar una carta en la que se exigía fusilar a los «enemigos del pueblo», su mujer, que estaba embarazada, se lanzó a sus pies y le suplicó firmar por el bien del niño. Entonces él dijo: «Si firmo, seré otro hombre. Y el destino del hijo de otro hombre no me interesa». Esto no es heroísmo, es algo diferente. Es la incapacidad de ser infiel a uno mismo. Es la incapacidad de ser otra persona distinta a uno mismo.

Un mes antes de su muerte Borís Nemtsov, que fue asesinado en 2015 por el Kremlin, decía en una entrevista: «Cada uno debe decidir por sí mismo si está dispuesto a asumir riesgos o no. Solo puedo hablar por mí. Estoy feliz de poder decir la verdad y poder ser fiel a mí mismo y no tener que arrastrarme a los pies de estas furtivas y deplorables autoridades estatales. La libertad es un bien preciado».

Esta segunda Rusia dio comienzo con Pushkin, por eso este poeta es tan importante para los rusos. El siglo que va desde la apertura de Rusia a la influencia occidental bajo el reinado de Pedro el Grande hasta la aparición de Pushkin fue una época de preparación y de maduración profunda a nivel interno. El Ulus de Moscú se llenaba de extranjeros provenientes de Europa que no solo traían maquinaria y tecnología, moda y expresiones, sino también cultura, literatura e ideas. Era solo una cuestión de tiempo que la lengua rusa integrase en su seno el pensamiento occidental y surgieran los primeros nativos con conceptos europeos acerca de la dignidad humana. Estos son los que serían, según la definición de Dostoievski en *El adolescente,* «europeos rusos».

Esta nueva conciencia del primer europeo ruso no estaba demasiado contenta con su despertar. Pushkin lo describía de la siguiente manera en una carta: «¡El diablo ha querido que haya nacido con alma y talento en Rusia!». Él estaba llamado a mostrar cómo alguien con alma y talento podría vivir ahí donde sobrevivir con alma y talento era imposible. Un Moisés ruso que daba a su pueblo

los mandamientos para tener una vida digna. No fue llamado a un monte, y tampoco recibió las tablas de la ley de una nube. Simplemente vivía. Los mandamientos son las estrofas de su poesía y de su biografía.

Nacido en un país en donde la servidumbre era solo la expresión de una esclavitud anclada en las profundidades de la mente tanto de los súbditos como de los amos, llevó a cabo un cambio fundamental en Rusia, una revolución rusa única: en lugar de la pirámide del poder en cuya cúspide estaba el zar que dirigía los destinos de los grandes y pequeños pueblos, erigió otra pirámide en cuya cúspide estaban los poetas. Con Pushkin comenzó uno de los temas rusos más importantes en la historia: el poeta y el zar. A la omnipotencia del sistema tradicional ruso donde el hombre era un «soldado de la patria» según la denominación de Pedro el Grande, o «polvo del campo» como formularía Lavrenti Beria, Pushkin contraponía otro poder: el hasta entonces desconocido poder del espíritu libre y creativo. La jerarquía de la conciencia imperial, que simbolizaba la tabla de rangos de Pedro el Grande, se enfrentaba a una nueva jerarquía que no estaba sujeta a ninguna ley, pero aun así era reconocida universalmente, incluso por los zares:

> Me erigí un monumento que no labró la mano,
> la ruta que a él conduce no cubrirá la hierba,
> y alza muy por encima del pilar de Alejandro
> su indómita cabeza.[27]

Los dirigentes políticos rusos temían a los poetas que desde la época de Pushkin representaban por sí mismos un poder. La otra Rusia había nacido.

Eugenio Oneguin es una novela que siempre será de actualidad en Rusia, ya que habla del mayor valor humano que existe, la dignidad del hombre. Esta es más valiosa que el amor; por ello, Tatiana rechaza a Oneguin. Es más valiosa que la vida, y por esa razón Lenski debe morir.

Tal vez sea esta la lección más importante que Pushkin dejó a un país donde las gentes son humilladas con cada paso, desde su nacimiento hasta su muerte. Hay que defender la dignidad humana con la propia vida. Esto no se puede inculcar, tan solo se puede mostrar. Y él lo hizo en el duelo de Chernaya Rechka, a las orillas del Río Negro de San Petersburgo.

La muerte de Pushkin fue su último mandamiento. Antes de Pushkin, los versificadores rusos desconocían que el último texto de un poeta es su muerte. Pushkin se resistía a todos los esfuerzos de sus amigos para evitar un duelo porque

sabía que su muerte era inamovible, e incluso sería el elemento más importante de su creación. Tanto Lenski como su creador podrían haber impedido el duelo, pero para ambos esta era la única posibilidad de defender su propia dignidad humana.

Muchos años después, en agosto de 1968, aquellos jóvenes que apenas llegaron a desplegar sus carteles acudieron a la Plaza Roja por esa misma razón: estaban dispuestos a sacrificar su vida porque no veían otra posibilidad de defender su dignidad humana. Hay un hilo que une la Plaza Roja con el Río Negro.

Todos los europeos rusos del siglo XIX, tanto los occidentalistas como los eslavófilos, sentían la humillante herencia que la Horda de Oro había dejado en la mentalidad rusa. El poeta Nikolái Sherbina (1821-1869) escribió: «Nosotros somos palabras europeas y comportamiento asiático». El historiador y publicista Mijaíl Pogodin (1800-1875) decía: «Somos tártaros de la cabeza a los pies. Si no recibimos órdenes concretas, no somos felices. No sabemos qué hacer con nuestras manos y pies y, finalmente, nos damos a nosotros mismos estas órdenes, de la forma más agresiva y grosera posible».

Otro conocido historiador, Nikolái Kostomárov (1817-1885), afirmaba sobre las consecuencias de la dominación de los mongoles: «Desaparecieron el sentimiento de libertad, honor y dignidad personal. El servilismo frente a la autoridad o el despotismo hacia los subordinados se convirtieron en características de la mente rusa». Esta deprimente conclusión provocó necesariamente reacciones de protesta. De los rusos europeos surgía una *intelligenzija.*

La *intelligenzija* rusa no era ni una clase social ni un partido político, sino más bien una comunidad con un credo religioso común que consideraba que su misión era liberar a Rusia de la autocracia. Rechazaban radicalmente las condiciones existentes y creían en una revolución que barrería el injusto orden «asiático» y traería libertad y derechos para todos los ciudadanos. El sentimiento de culpa hacia un pueblo inculto y pasivo jugaba un rol importante. El objetivo supremo era ilustrar al pueblo e inculcarle valores europeos. La libertad se convertía en una religión y los miembros de la *intelligenzija* se consideraban a sí mismos misioneros. Sentían que eran una fuerza moral superior en el país. La *intelligenzija* revelaba cualidades que eran ajenas al sistema ruso tradicional, tales como la iniciativa propia, la responsabilidad cívica, la crítica social, la conciencia social, la compasión por los *humillados y ofendidos* (así titularía Dostoievski una de sus primeras novelas) o la empatía por las masas incivilizadas de

campesinos.

Por un lado, la *intelligenzija* declaró la guerra al Ulus de Moscú propugnando valores democráticos, pero, por otro, estaba emparentada espiritualmente con su archienemigo. La *intelligenzija* alumbró revolucionarios profesionales que contraponían la «injusticia» de la tiranía a la «justicia» de la violencia revolucionaria. El terror era moralmente aceptable para ellos. Los terroristas subían al cadalso con halo de mártires.

La *intelligenzija* se caracterizaba por una intolerancia absoluta, por su incapacidad para ceder y por su firme convicción en la infalibilidad de sus opiniones. Buscaban la confrontación total y siempre estaban dispuestos a estigmatizar, desenmascarar y difamar. Hacía falta un coraje cívico poco común para mostrarse abiertamente a favor de llegar a acuerdos en cuestiones políticas.

El poder era objeto de odio permanente y, a la vez, un objetivo anhelado con pasión. Cualquier concesión del Gobierno radicalizaba a la *intelligenzija.* Alejandro II, el Zar Libertador de pensamiento reformista, fue acosado cual animal de caza. La guerra contra el zarismo estaba determinada por la siguiente lógica: conforme el sistema político se volvía más liberal y se satisfacían las demandas de la oposición, aumentaba el grado de crueldad con el que era atacado el enemigo, cada vez más arrinconado.

La predisposición al propio sacrificio llevó a la predisposición a sacrificar también a los demás por ideales superiores. En los numerosos ataques a los zares y altos funcionarios murieron decenas de inocentes. Para la *intelligenzija* estas muertes eran «daños colaterales», como diríamos hoy en día. La idea de asesinar al zar se convirtió en una obsesión para varias generaciones. Cuando Zinaída Gippius, una poeta y una de las más importantes intelectuales de la Edad de Plata (así llaman los filólogos a las dos primeras décadas del siglo XX, que, después de la Edad de Oro del siglo XIX, fueron especialmente fructíferas para la poesía), se enteró del fusilamiento de Nicolás II, apuntó en su diario: «Estos enclenques oficiales no me dan ninguna pena». La *intelligenzija* veía el asesinato del zar como una especie de obra de salvación.

La vaca sagrada de la *intelligenzija* era el afligido pueblo. La lucha por su bienestar justificaba cualquier víctima. La *intelligenzija* estaba firmemente convencida de conocer mejor que los afectados directos en qué consistía el bienestar del pueblo. Creían tener el derecho de dirigir a esta multitud inculta y conducirla a su felicidad. Los intentos de los «populistas» de llevar a cabo propaganda contra el Gobierno entre la población rural fracasaban estrepitosamente, pues el pueblo los veía como alborotadores y enemigos del zar.

La *intelligenzija* quería inmiscuirse en el abrazo en el que se fundían el pueblo y el poder.

La clase culta y la *intelligenzija* no eran lo mismo. Solo quien estaba en contra del Gobierno podía ser considerado parte de esta última. Ciertamente, había muchos europeos rusos que consideraban que los ideales de los occidentalistas eran inadecuados y nocivos para Rusia. Opinaban que el Imperio ruso no existía en contra de la voluntad de su pueblo, sino que satisfacía sus deseos e ideas patriarcales. Estaban convencidos de que la guerra revolucionaria contra el Estado conduciría a la catástrofe, ya que en Rusia un Gobierno fuerte era la garantía de la existencia de una civilización. Para ellos, se hacía extensiva la famosa afirmación de Pushkin según la cual el Gobierno era «el único europeo en Rusia». Sin la mano férrea y una estructura estricta de poder no habría un orden social libre y pacífico, sino una rebelión insensata e implacable de la que ya había advertido Pushkin y que fue lo que finalmente ocurriría en 1917. Veían al Gobierno como un muro de protección que separaba esa masa popular, con una mentalidad arcaica, de la exigua clase culta y europeizada. Bajo ningún concepto se debía hacer un llamamiento a la revolución en Rusia. A pesar de ello, la *intelligenzija* tildaba de reaccionarios a escritores y filósofos que defendían estas tesis, como Fiódor Dostoievski o Konstantín Leóntiev.

Después de que el Estado zarista hubiera consumado su autodisolución, la *intelligenzija* no pudo celebrar durante mucho tiempo su memorable victoria. Tenían una imagen idealizada del pueblo afligido y habían luchado por la liberación de este pueblo imaginado hasta que se dieron de bruces con la realidad. El poeta Aleksandr Blok cantaba a la revolución mientras los campesinos prendían fuego a su valiosísima biblioteca. En el verano de 1917, el horror atrapó a Serguéi Rajmáninov en su querida finca de Ivanovka; entonces escribió en una carta: «Las condiciones vitales de este lugar son tales que después de pasar tres semanas he decidido no regresar jamás». La fractura definitiva en su alma se produjo cuando los campesinos que él antes había adorado mataron brutalmente a golpe de pala al perro preferido de su hija. Arrojaron el piano de cola de Rajmáninov desde una segunda planta. Ivanovka fue arrasado íntegramente por las llamas. Y eso mismo ocurrió con casi todas las haciendas rusas que eran esas islas artificiales donde habían crecido generaciones de europeos rusos. El archipiélago de la cultura europea se sumergió en la ola sanguinaria de la anarquía revolucionaria. La *intelligenzija* cumplió su misión, el despotismo de los zares se vino abajo y se proclamó una república democrática en Rusia. El pueblo obtuvo todas las libertades posibles, pero el resultado fue miedo y pavor. Los

bolcheviques ya estaban inmersos en la construcción de otro archipiélago en Rusia, el archipiélago gulag.

Después de la Revolución de octubre de 1917, una parte de los europeos rusos fue aniquilada brutalmente y otra parte emigró. El resto tuvo que adaptarse de diferentes formas al régimen y empezar a temblar. El conocimiento de los especialistas en los campos científico-técnicos era indispensable para la construcción de este nuevo *ulus* moderno. Bajo la denominación de «especialistas burgueses» se integró a antiguos miembros zaristas como oficiales, técnicos o ingenieros en el Ejército, la administración o la industria; pero esto duró solamente hasta que se pudo sustituir a los antiguos expertos por los nuevos especialistas «soviéticos» que habían sido reclutados entre el proletariado y el campesinado.

Son muchos los miembros de la antigua *intelligenzija* que terminaron siendo víctimas de las grandes purgas. La dictadura quería exterminar a todas las personas que tuvieran ideas europeas de libertad. Los pocos europeos rusos que sobrevivieron tuvieron que continuar viviendo de forma camuflada en la Unión Soviética de Stalin, con el miedo permanente a ser descubiertos y acosados. Las campañas difamatorias tenían lugar de forma ininterrumpida: contra el «grupo antipatriota de críticos del teatro», contra los «cosmopolitas desarraigados», contra los «aduladores de Occidente», contra los «formalistas de la música». El 15 de febrero de 1948, el mundialmente conocido compositor Serguéi Prokófiev escribió al presidente del Comité de Asuntos Artísticos: «Saludo el anuncio del Comité Central del PCUS, que ha establecido las condiciones para la recuperación del organismo íntegro de la música soviética. El anuncio es especialmente importante porque ha mostrado que el movimiento formalista que conduce al empobrecimiento y a la decadencia de la música es ajeno al pueblo soviético. También porque nos ha señalado con máxima claridad cuáles son los objetivos que debemos perseguir para poder servir al pueblo soviético de la mejor manera (…). La existencia del formalismo en mis obras se explica probablemente por una falta de atención y por no haber entendido que nuestro pueblo no lo necesita en modo alguno. Después de la promulgación del anuncio del Comité Central que, a todos nosotros, los compositores, nos ha removido hasta las entrañas, ha quedado claro cuál es la música que necesita nuestro pueblo y de qué forma se ha de luchar contra la enfermedad formalista. (…) A continuación me gustaría expresar mi agradecimiento al Partido por las claras directrices que contiene el anuncio y que me ayudarán en mi búsqueda de un lenguaje musical claro y cercano a mi pueblo, digno de nuestro pueblo y de nuestra gran patria».

Cuatro días después de enviar esta carta, el 20 de febrero de 1948, la mujer de Prokófiev, Lina Codina, fue arrestada.

Después de la Revolución, el concepto *intelligenzija* sufrió en la Unión Soviética un cambio de significado. Ahora, todos los académicos eran denominados «*intelligenzija* soviética». Se trataba de una clase social formada por personas con educación superior, distinta de la clase de los trabajadores y los koljoses.

En las generaciones post-Stalin el interés por la cultura occidental era enorme; la música, la moda y la literatura se filtraban por todos los huecos y grietas del telón de acero, permeando en la Unión Soviética. La *intelligenzija* soviética apenas guardaba similitudes con la *intelligenzija* prerrevolucionaria. Ante todo, estaba tan amedrentada que le faltaba la voluntad de protestar contra el régimen. Esto motivó al escritor Aleksandr Solzhenitsyn a escribir su conocido artículo «Obrasovanschtina» (burguesía culta). Antes de la Revolución, los intelectuales comprometidos y enemigos del Estado eran un fenómeno masivo. Ahora, solo algunas pocas docenas de miembros de la *intelligenzija* soviética estaban dispuestas a protestar abiertamente. Los llamaban disidentes.

El credo que adoptaron estos luchadores de la libertad tenía su origen en la prisión. Esta era la ley presidiaria en el campo de prisioneros ruso: «¡No creas, no temas, no pidas!». Solzhenitsyn convirtió estas reglas de comportamiento de la cárcel en el código de comportamiento de cualquier ciudadano respetable en el país-prisión.

Los disidentes eran los pocos hombres libres entre todos los esclavos. La diferencia es que los esclavos no asumen responsabilidad por el país, mientras que los hombres libres sienten esta responsabilidad. Los hombres soviéticos comunes no se sentían en absoluto responsables por los crímenes de su país, como la sangrienta represión del levantamiento popular húngaro en 1956, la invasión de Checoslovaquia en 1968 o la ocupación de Afganistán en 1979. Los súbditos del Ulus no responden ante las acciones del poder. Los disidentes, en cambio, sí que tienen este sentimiento de responsabilidad. ¿Acaso eran los siete jóvenes que acudieron en agosto de 1968 a la Plaza Roja culpables de que los tanques circularan por Praga? ¿Era el miembro de la Academia de las Ciencias Andréi Dmítrievich Sájarov culpable de la agresión rusa contra Afganistán? Y, a pesar de todo, se avergonzaban de los viles actos de su país. Sentir vergüenza por el propio país es el primer paso en el largo camino que lleva a la libertad. Mediante su protesta abnegada, estas personas salvaron su propio honor, pero también el honor de sus compatriotas. El poeta y cantante Aleksandr Gálich recitaba en una

canción compuesta después de la entrada de tropas soviéticas en Checoslovaquia: «¡Compatriotas! ¡La patria está en peligro! ¡Nuestros tanques corren hacia otro país!». La mayor parte de los ciudadanos soviéticos simplemente no lo entendieron, y los que sí lo hicieron temían protestar en público. Todos tenían familias. Esta es una explicación y justificación para muchas cosas.

Al igual que cien años atrás, cuando los «populistas» eran vistos como forasteros y enemigos del pueblo por su propio pueblo, ahora millones de conciudadanos soviéticos veían a los disidentes como una deshonra para su propia familia, como traidores y agentes extranjeros. Pero aún más grave y despiadada era la forma en que los propios compañeros difamaban a estos valientes disidentes. Así sucedió cuando los escritores soviéticos excluyeron unánimemente (¡!) de su asociación a Borís Pasternak debido a la obra *Doctor Zhivago* y al premio Nobel que recibió, a la vez que se dedicaron a acosarlo en manada. Es significativo que, ese mismo año 1958, tres investigadores rusos, Ígor Tamm, Pável Cherenkov e Iliá Frank recibieran el premio Nobel de Física. En el diario *Pravda* apareció una carta abierta firmada por los principales físicos del país donde los científicos expresaban su orgullo por la concesión del premio a la vez que mostraban su indignación a la Academia sueca por la «sucia provocación política» que suponía el premio a Pasternak. Representantes de todas las ramas de la *intelligenzija* soviética participaron activamente en esta caza de brujas que aceleró, sin ninguna duda, la enfermedad y posterior muerte del literato.

El escritor Daniil Granin quedará en la memoria de los alemanes después del discurso que pronunció en enero de 2014 en el Parlamento alemán sobre el sitio de Leningrado. En Rusia, se le recuerda por ser un ejemplo extremo de un miembro de la *intelligenzija* soviética que, para sobrevivir y poder trabajar en sus maravillosos libros, participó de numerosas infamias a las que fue convidado por el poder en su momento. En 1964, contribuyó a la campaña de difamación contra el poeta Josef Brodsky que conduciría a su arresto y destierro. Cuando Aleksandr Solzhenitsyn fue excluido de la Asociación de Escritores en 1969 por su libro *Archipiélago Gulag,* Granin votó a favor de la expulsión de Solzhenitsyn. Pocos años antes de su muerte, en 2017, dijo en relación a este suceso en una entrevista: «Mi conciencia es un asunto mío. Veía que me habría destruido a mí mismo y no habría ayudado a Solzhenitsyn, así que me adherí y no me arrepiento». Esta clara afirmación dice mucho sobre la mentalidad rusa.

Tal vez de este modo se explique el odio que tienen los ciudadanos soviéticos y la *intelligenzija* soviética hacia los disidentes: los esclavos no pueden perdonar a los hombres libres su libertad, «la libertad es un bien preciado que no puede

permitirse cualquiera».

El conocido filósofo rusogeorgiano Merab Mamardashvili (1930-1990) escribió en 1979: «Aún hoy podríamos explicar la democracia parlamentaria en Rusia, pero nada funcionaría. La libertad no se regala. Hay que tener a personas que necesiten, comprendan y ejerzan esta libertad, que no puedan vivir sin libertad». Cuando la Unión Soviética se derrumbó y la población obtuvo el regalo de la libertad, parecía evidente que no había suficientes personas que necesitaran, comprendieran y ejercieran esta libertad, personas que no pudieran vivir sin esta libertad.

Uno de los primeros europeos rusos, Aleksandr Griboyédov, tituló su famosa comedia *La desgracia de ser inteligente* (1823). Esta obra es hasta el día de hoy la pieza teatral más representada en Rusia, lo cual da una muestra de su actualidad ininterrumpida. El héroe de esta comedia en verso es Chaski, que ha regresado de Europa occidental y se siente perdido, incomprendido y acosado en la sociedad rusa. En medio de la fiesta rusa, es un extraño que a todos molesta, ya que no deja que vegeten felizmente. La razón, el conocimiento, la cultura, la inteligencia y el juicio hacen a las personas infelices en Rusia.

Cuando aún era muy joven, por algún motivo, me impresionó mucho un relato de la colección *Phantastik-72,* aunque no comprendía realmente la intención verdadera del autor. Este era el relato: un habitante de la Tierra se encuentra durante su paseo a un ser peculiar que se presenta como habitante de Marte. Como prueba de su origen el marciano muestra un objeto extraterrestre. A la pregunta del atónito terrícola sobre por qué desde la Tierra no se ven rastros de civilización sobre la superficie de Marte, responde: «Hemos construido instalaciones invisibles por todas partes para poder observar, sin ser vistos, cómo evoluciona la civilización terrestre». Nuestra civilización evoluciona en una dirección absolutamente incorrecta, los hombres libran guerras, son violentos entre ellos, apenas sienten compasión, solidaridad y amor. Todo esto acabará mal. El relato acaba con el marciano diciendo: «Ahora, olvide todo lo que le he dicho, también a mí». Entonces el terrícola piensa: «¡Qué buen tiempo hace hoy! ¿Por qué no salir a pescar?».

Creo que ahora sí sé lo que quería decir el autor.

---

[24] *Las almas muertas,* Nikolái Gógol, trad. Marta Rebón. Nórdica, 2017, pág. 180.

[25] *Anna Karenina,* Lev Tolstói, trad. Juan López-Morillas. Alianza Editorial, 2018, pág. 1100.

[26] *La hija del capitán,* Aleksandr Pushkin, trad. Ricardo San Vicente. Alianza Editorial, 1966, pág. 166.

[27] Del poema «Exegi Monumentum» en ***Antología Lírica,*** Aleksandr Pushkin, trad. Eduardo Alonso Luengo. Editorial Hiperión, 1997, pág. 211.

POR LA PACIENCIA DEL GRAN PUEBLO RUSO

Hace unos años, durante un viaje literario a Noruega, visité Tromsø, una pequeña ciudad ubicada al norte del país. Tenía algo de tiempo antes del evento, así que salí a dar un paseo. Entonces, di con un pequeño museo local. Fue pura casualidad, o quizá una prueba de que no existen las casualidades. En dos salas se podía visitar una exposición sobre prisioneros de guerra rusos en Noruega durante la Segunda Guerra Mundial. En su retirada, los alemanes habían trasladado los campos finlandeses a la región alrededor de Tromsø. En las vitrinas había expuestos documentos antiguos, ropa, cucharas, utensilios y fotos. Estaba solo en el museo. Observé una postal amarillenta, y, de pronto, la palabra *kandalakcha* irrumpió cual relámpago en mi cabeza. Era una palabra de mi infancia.

Cuando era niño, cada verano lo pasaba en casa de mi abuela. Ella vivía en Udelnaja, a las afueras de Moscú. Esta era la *dacha* de nuestra familia. En su habitación colgaban viejas fotografías en la pared. En una estaban los hijos: mi padre y su hermano mayor Borís, mi tío Borya. Dos adolescentes, sentados uno al lado del otro, brazo con brazo, cabeza con cabeza, con las orejas de soplillo pegadas una a la otra. Hoy en día, fuerzas la sonrisa cuando te hacen una foto. Ellos dos miraban serios al objetivo, como si presintieran lo que se avecinaba. En otra foto está Borya con auriculares; le encantaba trabajar con radios y se formó como telefonista.

Veo a mi abuela delante de mí, desdoblando y besando el desgastado

certificado de defunción mientras se seca las lágrimas de los ojos. El tío Borya tenía veinte años. Observando a mis hijos, me doy cuenta de que era muy joven, casi un niño. Pero, en aquel entonces, en la foto, el tío Borya parecía un gran héroe adulto.

Para ser exactos, este trozo de papel amarillento y estropeado no era un certificado de defunción, sino tan solo el aviso de que Borya había desaparecido en la región de Kandalakcha. Desaparecido. Kandalakcha es una población de Karelia. Este peculiar nombre se me quedó entonces grabado en la memoria. Creo que mi abuela conservó durante el resto de su vida la esperanza de que su Borya no estuviera muerto, sino vivo en algún lugar. Desaparecido. ¿Qué quería decir esto? Puede significar cualquier cosa. ¿Quizá vivía y se reencontrarían algún día? También mi padre albergaba la esperanza de que su hermano siguiera con vida. La abuela murió en 1993; mi padre, en 1995.

Y, en ese momento, me ocurrió algo que no ocurre en la vida real, sino, en todo caso, en las películas o en las novelas. Estaba en un museo vacío en el norte de Noruega, y un lugar sobre un antiguo mapa con el curioso nombre de Kandalakcha no me dejaba en paz. De pronto, tuve un pensamiento: ¿y si mi tío Borya había sido prisionero en esa región y había sido trasladado en 1944 a Noruega? Esa noche, al llegar al hotel después del evento literario, envié algunas peticiones por correo electrónico a los archivos noruegos. Después de algunos días, recibí por ese mismo medio una copia de la tarjeta de registro del prisionero de guerra Borís Shishkin.

Tarjeta de identidad expedida el 29 de agosto de 1941. Stalag 309. Stalag significa campo de prisioneros. El número 309 correspondía a la red de campos en Finlandia. A cada prisionero se le entregaba una placa identificativa de metal, la suya tenía el número 1249. *Shishkin, Borís, nacido el 30 de diciembre de 1920 en Novojurjevo. Nombre del padre: Michael*. Mijaíl Shiskin, mi abuelo, que había sido arrestado en 1930. *Nacionalidad: rusa. Rango… Unidad… Profesión: mecánico de radios. Capturado el 27 de agosto. Ingresado sano, enfermo o herido: sano. Huella del dedo índice derecho. Nombre y dirección de la persona de contacto en el país de origen del prisionero de guerra. Madre: Liubov Shishkina.* Mi abuela. Su dirección de entonces: *Ciudad: Ilinca. Región: Moscú.*

Lo leí y en ese momento entendí qué se siente ante la resurrección de una persona muerta. Este hombre, mi tío de veinte años, un joven comparado conmigo, su sobrino de pelo canoso, ¡de repente había vuelto a la vida! Que mi abuela y mi padre no estuvieran para vivir ese día era muy doloroso.

Naturalmente, busqué en internet, donde, como es sabido, se puede encontrar todo, información sobre el campo de prisioneros 309. Había fotos, tratados, documentos e historias de personas que habían estado en ese campo y habían sobrevivido. Incluso había fotos de fusilamientos que había tomado un soldado alemán a escondidas. Los prisioneros de guerra debían de haber sido movilizados mayoritariamente para la construcción del ferrocarril. En un lugar se hablaba de prisioneros de guerra que eran telefonistas. ¡Seguro que él era uno de ellos! Parecía lógico que dieran a las personas trabajos acordes con su profesión.

En la parte posterior de la tarjeta descubrí una anotación extraña: *Existe la sospecha de que el prisionero de guerra es judío, según las declaraciones de un confidente. Entregado el 25 de julio de 1942 a la policía de seguridad.*

Probablemente, esto solo podía significar que había sido fusilado.

En una página de internet dedicada al *stalag* 309 se veían varios muertos en una gran fosa. Quizá el hermano de mi padre estuviera entre ellos.

Es difícil describir este sentimiento: mi tío acaba de resucitar y, justo después, había sido ejecutado.

Quizá fuera mejor, después de todo, que mi padre y mi abuela no lo hubieran vivido; ese fue mi siguiente pensamiento.

También era extraño que lo hubieran matado por judío, a él, un campesino ruso proveniente de una antigua familia de Tambov. Parecía que alguien tenía cuentas pendientes con él. Y una denuncia era suficiente para ser ejecutado.

Esa foto de mi infancia ya no existe. Nuestro archivo familiar fue destruido hace quince años cuando ardió la *dacha* de mi hermano. Aún puedo visualizar claramente esa foto de la preguerra donde aparece ese joven con auriculares. En el mundo, ya no existe en ninguna parte, solo en mi cabeza.

Además, era significativo que en el mapa se hubiera añadido a mano una traducción al ruso de las indicaciones. ¿Quién las tradujo? ¿Por qué y con qué motivo? Llamaba la atención también un sello ruso: *Cambios añadidos a la tarjeta de identificación. Número de referencia 452.* Abajo ponía a mano: *informado.* Probablemente, se refería al envío del documento que acompañó a mi abuela en sus sollozos durante tantos años.

La explicación la encontré rápidamente. Los archivos alemanes con documentos de los prisioneros de guerra rusos fueron trasladados a la Unión Soviética después de la guerra. Puesto que contenían muchísimas informaciones interesantes para el servicio secreto ruso, fueron traducidos inmediatamente. Hasta hoy en día, se encuentran en los archivos militares de Podolsk, cerca de Moscú. Mi abuela y mi padre vivieron muchos años sin saber nada sobre el

destino de Borís. Fue su propio país, por el que tanto mi padre como mi tío fueron a la guerra, el que les ocultó su destino. No fue hasta la Perestroika que se hicieron públicos los archivos, de forma que los historiadores occidentales pudieron realizar copias. El archivo noruego me envió una copia en menos de una semana. Mi padre y mi abuela, en cambio, fueron privados de esta información durante toda su vida por parte de su propio Estado.

¿Por qué se mantuvieron en secreto las informaciones acerca de los prisioneros de guerra durante décadas? Porque el poder del Estado libraba, en realidad, una guerra contra su propia población. Mis familiares, las personas más cercanas que tengo, fueron explotadas por el Estado para sus guerras, un Estado que no sentía más que desprecio por ellos.

Mi padre luchó contra el mal del fascismo, pero otro mal lo utilizó a él. A él y a otros millones de soldados soviéticos esclavos que, en lugar de traer la liberación al mundo, trajeron una nueva forma de esclavitud. El pueblo sacrificó todo por la victoria, pero los frutos de esta victoria fueron la pobreza y una falta de libertad aún mayor. La victoria no proporcionó nada a los esclavos más allá de un sentimiento de grandeza por el imperio de su amo. La gran victoria de 1945 solamente reforzó su gran esclavitud.

Mi padre tenía cuatro años cuando los hombres del GPU (la policía secreta de la Unión Soviética entre 1922 y 1934) arrestaron a su padre. Un hijo quiere sentirse orgulloso de su padre, pero ¿cómo se puede estar orgulloso de un enemigo del pueblo? Mi padre ocultaba en todos los formularios que era hijo de un enemigo del pueblo y temía siempre que esa información acabara saliendo a la luz. Se limitaba a escribir: padre fallecido. No fue orgullo sino miedo lo que anidó en el alma de mi padre, envenenándola.

Sin importar la ideología, el régimen manipulaba al pueblo ruso recurriendo al patriotismo. Es una bajeza que se abusara y se siga abusando de uno de los sentimientos humanos más hermosos: el amor a la patria, la disposición a sacrificarse por ella. El poder ocupó el lugar de la patria. Mi padre fue a la guerra para defender a su patria, pero defendió el régimen que había asesinado a su padre.

Cuando la Perestroika estaba en marcha, mi padre envió una solicitud de información a la KGB acerca del paradero de su padre. En aquel entonces, se estaba rehabilitando a todos los que habían muerto a causa de la represión estalinista. Me mostró el documento oficial que confirmaba la rehabilitación de su padre, es decir, mi abuelo, Mijaíl Shishkin. El documento decía que el proceso judicial se había suspendido «por falta de pruebas».

El día que llegó esta carta, mi padre empezó a beber a primera hora de la mañana. Balbuceaba: «¡Cerdos! ¡Asesinos!».

El método del régimen para manipular al pueblo sirviéndose del patriotismo había funcionado siempre de forma intachable tanto en el Imperio de los zares como en el Imperio soviético y en el nuevo Ulus de Moscú del siglo XXI. Solamente había habido una breve interrupción. Después de 1917, la palabra «patriotismo» había adquirido un significado absolutamente negativo para los bolcheviques. El dogma marxista señalaba que los proletarios no tenían patria y la única salvación era la Internacional. No obstante, desde mitad de los años treinta se empezó a difundir el amor a la «patria socialista» después de que Stalin enmendara a Marx y proclamara la construcción del socialismo en un solo país. Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la solidaridad internacional con los proletarios cayó en el olvido. Cuando estalló la guerra contra Alemania en 1941, el martirizado pueblo escuchaba de repente por los altavoces: «¡Hermanos y hermanas!». La propaganda que anteriormente había atacado todo lo ruso y ortodoxo comenzaba a cantar al patriotismo mientras exhortaba a matar a los alemanes y no a los fascistas. El motor de la historia de la humanidad ya no era el proletariado sino el pueblo ruso.

En la recepción de gala que tuvo lugar en el Kremlin el 24 de mayo de 1945 en honor a los comandantes del Ejército Rojo, Stalin pronunció su conocido brindis: «¡Por la paciencia del gran pueblo ruso!». El dictador confesó: «Nuestro Gobierno ha cometido no pocos errores, estábamos en los años 1941 y 1942 y nos encontrábamos, por momentos, en una situación desesperada: nuestro ejército retrocedía y abandonaba nuestros preciados pueblos y ciudades de Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, la región de Leningrado, los países bálticos y la República Carelo-Finesa, pero no había otra salida. Otro pueblo habría podido decir a su Gobierno: No habéis cumplido nuestras expectativas, marchad pues e instauraremos un nuevo Gobierno que haga la paz con Alemania y nos garantice la tranquilidad. Pero el pueblo ruso no actuó así…». La consecuencia más relevante de la gran guerra patriótica resultó ser que el kan de todos los kanes se mantuvo en el poder.

El pretexto del patriotismo siguió determinando la vida política después de la guerra. Eran patriotas los que desvelaron los pseudónimos rusos de los artistas judíos y dieron pie a una persecución antisemita. Tras la muerte de Stalin, los patriotas rusos acosaban a los «antipatriotas», como Borís Pasternak, Aleksandr Solzhenitsyn y Joseph Brodsky, el físico y disidente Andréi Sájarov, los bailarines Ruldolf Nuréyev y Mijaíl Barýshnikov, el virtuoso chelista Mstislav Rostropóvich

y la soprano Galina Vishnévskaya, el director del teatro Taganka Yuri Liubímov y el director de cine Andréi Tarkovski. La lista de los «traidores a la nación» entre la élite cultural rusa era muy larga.

Hoy en día, la propaganda adula a su público haciendo creer que los grandes nombres de la cultura universal pertenecen a Rusia: Tolstói, Dostoievski, Chaikovski, Shostakóvich y muchos otros artistas, escritores, músicos y directores. ¡Todos ellos son nuestros! ¡Eso somos los rusos, los más talentosos, los más ingeniosos! Ni se menciona ni se aprecia el hecho de que la mayor parte de los creadores haya sido capaz de dejar su genial impronta en la historia de la humanidad no gracias al Estado sino más bien a pesar de este y de su denigrante trato hacia la especie humana. El régimen actual se ha apropiado de esta forma de una grandeza cultural rusa con la que en general gusta identificarse.

El patriotismo popular ruso es el hermano gemelo de la humillación. La humillación requiere una compensación. El esclavo está orgulloso de la riqueza y la grandeza de su amo. Este mecanismo de compensación funcionaba perfectamente en la época soviética. En aquel entonces se entonaban orgullosos cánticos por la radio: «¡Por ello construimos misiles y pantanos en el río Yeniséi!». Varias generaciones crecieron con este lema: «¡Viva el gran pueblo soviético, constructor del comunismo!». A los estudiantes de primaria se les enseñaba sobre un mapa cuál era el país más grande del mundo. Aún recuerdo que en la escuela me sentía orgulloso del tamaño de mi país. Sabíamos que éramos los más grandes, los mejores, los más poderosos del mundo, y que los enemigos debían tener miedo de nuestro Ejército. A los niños se les puede perdonar esta actitud.

El complejo de inferioridad ruso es invisible, pero palpable. Basta un simple ejemplo: ninguna empresa publicitaría sus productos o servicios con el eslogan «auténtica calidad rusa». Sería más bien antipublicidad. Esto es un reflejo de la relación que tiene el pueblo consigo mismo, con su calidad de vida, con su capacidad de producir algo competitivo. La escasa autoestima se compensa a través de una sublime arrogancia patriótica.

La humillación diaria que sufren las personas debido al ninguneo al que son sometidas por los funcionarios, o debido a la arbitrariedad criminal de los nuevos ricos, al deplorable sistema de salud, a las jubilaciones menguantes o a la sensación de impotencia, busca una compensación y la encuentra en esta megalomanía patriótica. ¿De qué si no debería estar orgullosa la humilde población de las putrefactas provincias rusas? Solo les queda la patria y el triunfo de la patria.

El 9 de mayo siempre tuvo una relevancia especial en la vida soviética. Los

hombres esclavizados necesitan en su día a día momentos para la relajación mental: ¡somos los vencedores, esta es nuestra victoria! En la nueva Rusia, la victoria sobre Alemania tiene esta función compensatoria y, por ello, se celebra con más intensidad aún (¡después de más de 75 años! En otros países, el fin de la Segunda Guerra Mundial es historia desde hace bastante tiempo). Una vez al año, las multitudes privadas de todos los derechos civiles salen a la calle y braman: «¡Somos la nación de los vencedores! ¡Los destrozamos a todos! ¡Podemos volverlo a hacer! ¡Somos los más poderosos y tenemos razón!». El orgullo de ser ruso brota de todos los ojales.

Este es el único día del año que celebran los vencedores, puesto que al día siguiente vuelven a ser los vencidos: vencidos por el policía de tráfico que te extorsiona, los médicos del hospital que se encogen de hombros y dicen «No tenemos medicamentos, los tiene que conseguir usted mismo» o el vertedero que acaba de aparecer frente a tu casa (sin que nadie te pida tu opinión).

El 9 de mayo en la Rusia de Putin no tiene nada que ver con la victoria del pueblo, con la victoria de mi padre. Cuando de pequeño salía este día a la calle con él, la consigna aún era «¡Nunca más guerra!», no como ahora, que se dice «¡Podemos volverlo a hacer!». No es un día de paz y de recuerdo de las víctimas. Es un día de traqueteo de armas, un día de agresión, un día de guerra contra propios y ajenos, un día de movimiento secreto de cadáveres.

Todos los regímenes se sirven del amor a la patria para engatusar a los ciudadanos y esto va a seguir siendo así. De nuevo hay una dictadura que, para protegerse a sí misma, llama a sus súbditos a defender el país. Al hacerlo, se aprovechan de la victoria en la Gran Guerra Patriótica sin ningún tipo de piedad. A mi pueblo le robaron el petróleo, le robaron las elecciones, le robaron los derechos civiles, le robaron el país. Y le robaron la victoria.

Cuando los precios del petróleo eran altos, los gobernantes podían alimentar a su pueblo a base de las migas que caían de la mesa. Los politólogos llamaban a los 2000 «los años de la abundancia», de aquel contrato social que el poder había alcanzado de forma tácita con la población: bienestar y estabilidad a cambio de renunciar a los derechos civiles. Cuando los ingresos derivados del negocio de las materias primas se redujeron drásticamente, se recurrió a la varita mágica del patriotismo. Si se acaba el dinero, no queda otra que pasar de una política social generosa a una vida intelectual profunda. En lugar de repartir pan, alimentan las almas de las personas con amor a la patria.

Yeltsin convocó en su día un concurso por la nueva idea rusa, pero no tuvo éxito. Su sucesor lo resolvió de forma taxativa: «No tenemos y no necesitamos

ideas consolidadas más allá de la idea del patriotismo». El humorista Mijaíl Zhvanetski definió la nueva ideología oficial rusa de la siguiente forma: «El patriotismo es una explicación clara, evidente y bien fundada de por qué tenemos que vivir peor que los demás».

En los televisores retumba el histérico cántico: «¡Grande y poderosa Rusia!», «¡Nos alzamos desde la postración!», «¡El regreso de los países rusos!», «¡La defensa de la lengua rusa!», «¡La recolección de la tierra rusa!», «¡No cederemos un ápice!». Y, naturalmente, el Gran Kan encabeza esta marcha: a caballo, en el tanque, en el submarino o en el avión. Y la llamada es siempre la misma: «¡Salvemos al mundo del fascismo!». Pudimos ver cómo los ucranianos se convertían en «ucrofascistas». De ese modo, las visionarias palabras de Churchill se hicieron realidad: «Los fascistas del futuro se harán llamar antifascistas» ***(the fascists of the future will call themselves antifascists).*** De nuevo, se exhortaba a los rusos a defender su patria del fascismo. La guerra contra los «ucronazis» y sus cómplices occidentales se perfila como una nueva «Gran Guerra Patriótica».

Recuerdo que, al comenzar la guerra de Chechenia, un soldado ruso de Vorónezh, que en realidad aún era un niño, dijo en un reportaje de televisión: «Defiendo mi patria». ¿Por qué defendía en Chechenia su patria frente a los chechenos? ¿Y qué defendían los chechenos? Esta simple reflexión no se le había ocurrido. La propaganda puede hacer con las personas lo que quiera. Ahora pretenden que los hombres jóvenes, rusos y ucranianos, «defiendan su patria» luchando los unos contra los otros.

Parece que los propagandistas actuales del patriotismo ruso aprendieron de sus colegas nazis. En abril de 1946, Hermann Göring, en una conversación que tuvo con Gustave Gilbert en su celda de prisión, declaró: «Naturalmente, el pueblo llano no quiere la guerra (…), pero, finalmente, son los líderes de un país los que determinan la política. Siempre es fácil hacer que el pueblo coopere, tanto si se trata de una democracia, como una dictadura fascista, un parlamento o una dictadura comunista (…). Es realmente fácil. No hay más que decir al pueblo que ha sido atacado y así reprochar a los pacifistas su falta de patriotismo afirmando que suponen un peligro para el país. Este método funciona en todos los países».

Dicho sea de paso, la conocida frase del crítico literario Samuel Johnson «el patriotismo es el último refugio de los sinvergüenzas» ***(patriotism is the last refuge for a scoundrel)*** fue interpretada de la siguiente manera en un popular programa de la televisión rusa: Johnson seguramente quiso decir que hasta el más bellaco de los hombres conserva en su alma negra un rincón de luz donde pervive su sentimiento de amor por la patria. Lo que realmente quiso decir Samuel

Johnson lo explicó él mismo en su ensayo *The Patriot,* pero los propagandistas de la televisión rusa prefieren su propia versión.

La guerra es para el régimen una pócima vital que levanta una ola de sentimiento patriótico de forma que se puede acusar a los discordantes de traicionar al pueblo. Hay que crear enemigos. Para eso existe la propaganda televisiva. *Two minutes of hate* que duran horas y horas. Pero cualquier propaganda tiene efecto solo allí donde encuentra eco. Solo puede germinar en un terreno abonado.

En Rusia, no son pocas las opciones que existen de obtener información alternativa. Están las páginas web de ideología opositora, la conocida emisora de radio Eco Moscú o el canal independiente de televisión TVRain. Los rusos tienen que elegir entre dos verdades. Una dice: «¡Los rusos tenemos que avergonzarnos! Nuestros gobernantes criminales se aprovechan de nosotros y nosotros nos dedicamos nuevamente a lamer la suela a los bandidos que han tomado nuestro país como rehén. Somos agresores, nuestros hijos matan y mueren como soldados en el este de Ucrania en una infame guerra contra nuestro pueblo hermano que ha escogido el camino de la democracia». El otro dice: «Somos rusos, la única nación espiritual, por no decir sagrada, que lucha sola contra el fascismo americano; nuestros hijos son antifascistas que sacrifican su vida como héroes por defender el mundo ruso, por nuestra patria, y estamos orgullosos de ellos». ¿Qué verdad escogerían los padres de los soldados caídos en Ucrania que han sido enterrados en secreto?

El padre de un paracaidista que ha vuelto sin piernas de Ucrania a Rusia escribe en Facebook: «Mi hijo es un soldado, ha cumplido órdenes, y por ello actúa de forma correcta, y, con independencia de lo que le pase, estoy orgulloso de él». La conciencia humana no puede concebir que el hijo marchó para matar al pueblo hermano; que acabó lisiado no por defender a su patria de enemigos reales, sino debido al pánico que tiene un mediocre teniente coronel a perder el poder y debido a las ambiciones de un montón de ladrones y corruptos que revolotean alrededor del trono. ¿Cómo admitir que tu propio país, tu patria, es el vil agresor, y que tu hijo es un fascista? La patria siempre está en el lado del bien. Los féretros provenientes de Vietnam provocaron en su día protestas masivas en Estados Unidos. Los féretros que llegan de Ucrania provocarán más féretros.

La educación «patriótica» comienza en la escuela. Los niños rusos fueron educados en la época soviética al igual que ahora en el culto a la guerra y el enaltecimiento de hazañas militares. El Gran Kan intervino de forma muy personal en el debate acerca de la redacción de los libros de historia: «No

deberíamos permitir que nadie nos inculque un sentimiento de culpa. La labor del historiador es crear un nuevo sentimiento de orgullo, sobre todo entre nuestros ciudadanos más jóvenes».

Existen suficientes ejemplos de educación patriótica en Rusia. He aquí solo uno de ellos. Una diputada de la Duma grabó junto con los niños de la escuela número 44 de Volgogrado un videoclip que se volvió muy popular en YouTube. Los niños cantaban con la diputada una canción que tiene un profundo análisis geopolítico y que está impregnada de patriotismo: «América asedia a los pueblos de la tierra»; «la Unión Europea no tiene una opinión propia»; «Oriente Medio se lamenta de su miseria»; «los samuráis nunca obtendrán las Islas Kuriles»; «defenderemos a ultranza la capital del ámbar» (se refiere a Kaliningrado-Königsberg); «devolveremos Alaska a su puerto original». Y lo más importante que se repite en este estribillo es: «Y cuando el comandante en jefe nos llame a la última batalla, ¡tío Vova, estamos contigo!». Cuesta imaginarse que no se trata de una broma o una sátira malintencionada. Todo esto se dice completamente en serio.

En todas las escuelas rusas cuelga un cuadro de Lev Tolstói. Tolstói es venerado en Rusia, pero nadie lo lee. Este gran nombre se emplea en la educación patriótica de las escuelas, pero probablemente los maestros apenas se atrevan a leer a los alumnos las siguientes líneas escritas por el autor: «El Gobierno asegura al pueblo que se encuentra bajo la amenaza de la invasión de otra nación o que un enemigo se halla en medio de él y que la única forma de salvarse consiste en obedecer al Gobierno servilmente. Este hecho se vuelve muy palpable durante las revoluciones y las dictaduras, pero existe siempre allí donde se yergue el poder de un Gobierno. Después de que el Gobierno haya protegido al pueblo del peligro, lo somete a su control y, en este estado, lo obliga a atacar a otras naciones (…). Según su más simple, claro e indudable significado, el patriotismo no es otra cosa que un recurso empleado por los dirigentes para satisfacer sus ambiciones y deseos. Para los dominados significa, en cambio, renunciar a la dignidad humana, el raciocinio y la conciencia, y representa el sometimiento esclavo a los gobernantes. Esta es la constitución del patriotismo en todo lugar donde es predicado. El patriotismo es esclavitud» (del libro *Patriotismo y Cristianismo*). Y sigue: «Los hombres deben comprender que ese sentimiento de patriotismo que por sí solo sostiene el instrumento de la violencia —Tolstói se refiere al Gobierno — es un sentimiento primitivo, nocivo, deshonroso y maligno, pero sobre todo un sentimiento inmoral» (de *Patriotismo y Gobierno*).

Pero ¿qué significa realmente ser un patriota? De nuevo tenemos una

concepción equivocada. En Rusia, lo que se entiende por patriotismo es obediencia y lealtad hacia los patriotas de rangos elevados. Se acusa a los críticos del régimen de ser rusófobos, de ser una deshonra para Rusia, a la que pretenden desprestigiar. Pero ¿qué hay más desprestigiante para Rusia que aquello que lleva a cabo el poder ruso? Los gobernantes desprestigian mi país, no las personas que condenan los crímenes del poder. El patriotismo es la vaca sagrada de Rusia, que rumia los derechos humanos y el respeto al individuo.

Mi poeta preferido, Joseph Brodsky, fue desterrado al extranjero por el Gobierno soviético. Después de la Perestroika, fue ensalzado en la nueva Rusia «democrática» mientras lo invitaba a regresar personalmente, entre otros, el alcalde de San Petersburgo. Brodsky no regresó nunca y su tumba no está en su ciudad de nacimiento. ¿Era un mal patriota? Es el orgullo de la lengua rusa. Hoy en día, los patriotas actuales del poder buscan apropiarse de su fama y citan constantemente sus poesías en las que habla de forma despectiva del poeta ucraniano Tarás Shevchenko. Si Brodsky resucitara ahora, se marcharía nuevamente del país con tal de no ser honrado por estos patriotas, estoy seguro de ello.

La cuestión rusa más importante es: si la patria es un monstruo, ¿tenemos que amarlo u odiarlo? Esta pregunta sintetiza la cuestión de forma íntegra. El régimen hizo todo lo posible para fundirse con la patria en la conciencia de las gentes. La lírica rusa lo formuló hace muchos años de la siguiente manera: «¡Aquel corazón que se cansó de odiar no puede aprender a amar!». Estas son unas palabras famosas de Nikolái Nekrásov, un conocido poeta del siglo XIX.

¿Qué deseamos para nuestra patria, una victoria o una derrota? Esta es una extraña pregunta para alguien que ama su patria. No obstante, la pregunta no resulta tan extraña cuando se trata de un Estado que durante siglos no ha dejado vivir ni a su pueblo ni a los demás.

Patria. El país donde naciste. El país de tus padres. Andréi Chikatilo, un tristemente célebre asesino en serie, fue también padre, y puede que incluso no fuera un mal padre. En casa, era un hombre de familia normal y corriente. Chikatilo mató a docenas de personas. ¿Qué actitud debería tener su hijo con él? Mi patria mató a millones y millones de personas, a niños propios y extraños, aunque puede que a más niños propios. Y todavía no ha acabado. ¿Qué actitud tener ante ella?

Mijaíl Bakunin, «el alma de la Revolución rusa», declaró en su día en un congreso de paz en Suiza: «No me preocupa la opinión de patriotas intolerantes y sedientos de poder. Yo, un ruso, he protestado abierta y decididamente contra la

existencia del Imperio ruso en sí y por sí. Deseo todo tipo de humillaciones y derrotas a este imperio porque estoy convencido de que sus victorias y su gloria son y serán absolutamente incompatibles con la dicha y la libertad de los pueblos rusos y no rusos, sus víctimas y sus esclavos». Continuaba diciendo: «Como considero que el Ejército ruso es el fundamento del poder del Imperio, me gustaría expresar mi deseo de que solo salga derrotado en cada guerra que libre». Lo opuesto a la idea de patriotismo «estatal» es esta visión donde, en un país dominado por dictadores, el patriotismo consiste en esperar la derrota del Ejército propio.

Naturalmente deseo la victoria a mi país. Pero ¿qué es esta victoria? Todas las victorias de Hitler fueron una derrota para el pueblo alemán. La caída de la Alemania nazi fue a su vez un gran triunfo para los alemanes. Por primera vez en la historia de la humanidad se mostraba cómo un pueblo podía resurgir y vivir sin el delirio de la guerra.

Thomas Mann fue un patriota porque deseaba la derrota para su patria. En su locución de radio *¡Escucha, Alemania!* justificaba el bombardeo de su país: «Dos mil bárbaros diarios sobre esta ciénaga de mentiras, no hay nada más. Esta infamia desmesurada, esta repugnante estafa que revuelve el estómago, esta sucia profanación de la palabra y la idea, esta exagerada y sádica matanza de la verdad, tiene que ser destrozada y aniquilada, a cualquier precio y con todos los medios».

Hace demasiado tiempo que los asesinos y los necios especulan sobre el amor a la patria. Creo que la mejor definición de patriotismo la aportó el disidente y publicista polaco Adam Michnik: «El patriotismo depende directamente de la dimensión de la vergüenza que una persona sienta por los crímenes que se han cometido en nombre de su pueblo».

Los «patriotas rusos» me acusan de rusofobia. Creo que la respuesta son mis libros. Mis novelas son mi declaración de amor a mi monstruosa patria.

FUTURO I

Hace mucho tiempo, cuando Mijaíl Gorbachov aún era miembro del Politburó, Borís Yeltsin era el líder del Partido en Sverdlovsk y el oficial de la KGB Vladímir Putin se encargaba de luchar contra los disidentes en Leningrado, llegó un libro a mis manos. Un libro prohibido que solo pude tener durante dos días. Parecía una caja de zapatos. Y era eso, una caja de zapatos, en donde había una pila de fotografías. En ese momento, antes de la entrada triunfal de las fotocopias, la reproducción de los libros prohibidos se realizaba mediante el fotografiado de sus páginas, el posterior revelado de las fotografías y, finalmente, su impresión.

El libro me conmocionó. Seguramente, no me impresionó menos que *Archipiélago Gulag,* de Solzhenitsyn, o los *Relatos de Kolimá* de Shalámov. Pero este libro en concreto no trataba de la aniquilación de los hombres, sino de la naturaleza. El título era *La destrucción de la naturaleza en la URSS.*

Crecí en un país inmenso en donde la naturaleza tenía que ser dominada. En el aula de Geografía de nuestra escuela se leía el lema: «No debemos esperar ningún regalo de la naturaleza, nuestra tarea consiste en obtenerlos». Estas palabras son de Iván Michurin, un criador de plantas, héroe nacional en la época de Stalin. Buscaba poder influir en el desarrollo de los frutales a través de su cuidado en lugar de que crecieran de acuerdo a las leyes de Mendel. De manera equivocada, creía que los cambios conseguidos serían hereditarios. Sus ideas eran casi ley para los científicos soviéticos y en su nombre se difamó a los genetistas.

La naturaleza estaba para ser conquistada y explotada. La idea de que la naturaleza pudiera ser digna de protección era prácticamente desconocida.

Si hacemos caso a los periódicos, todo era una maravilla en términos ecológicos. Por tanto, no sorprende que este libro estuviera prohibido. Probaba de forma clara y evidente que en nuestro país no solo las personas estaban en el gulag, sino también la naturaleza. Pero, mientras que el hombre puede arreglárselas en cualquier cárcel, la naturaleza no. Cuando de lo que se trata es de sobrevivir, no hay lugar para pensar en la naturaleza.

Según la Constitución, en la Unión Soviética todo pertenecía al pueblo. En realidad, a nosotros no nos pertenecía nada. A nadie le pertenecía nada. Al contrario: todo el mundo era propiedad del Estado, y aquellos que nos gobernaban eran meros supervisores de esclavos, pues ellos mismos eran esclavos del sistema. Desde hace mucho tiempo se sabe que un esclavo no asumirá responsabilidad ni hacia sus tareas ni hacia su vida: *nihil habeo, nihil curo.*

Los esclavos koljoses estaban alienados de su propia tierra, les era irrelevante si crecía algo en el campo o no. Los esclavos líderes destrozaban la naturaleza, talaban bosques de manera indiscriminada, vertían a los ríos aguas residuales de fábricas militares secretas y contaminaban superficies de miles de kilómetros cuadrados a base de basura radiactiva. La población no podía hacer nada en contra, así que lo toleraba.

La conciencia ecologista y la mentalidad de prisión son incompatibles. El sentimiento de responsabilidad por el medio ambiente no puede darse sin libertad, sin que exista la oportunidad de tomar la iniciativa. Esto es justamente lo que no se toleraba en el Ulus: a cada iniciativa le seguía el castigo desde arriba. La naturaleza solo puede ser protegida por una sociedad civil consciente de su responsabilidad. Los problemas ecológicos solo pueden ser resueltos de una forma: hay que acabar con la alienación que sufre el hombre respecto a su Estado, su lugar de residencia, su administración más cercana, su calle. Pero, tanto en la época de la Unión Soviética como en la nueva Rusia, se impide con todos los medios la formación de una sociedad civil.

La catástrofe ecológica que está en marcha en Rusia desde hace años no puede ser frenada sin la resistencia de la sociedad civil. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de este colosal Estado no son capaces de hacer una oposición activa cuando se enteran de la brutal devastación que está sufriendo el medio ambiente. Los activistas ecologistas acaban generalmente en prisión, como Yevgueniy Vitishko, o son obligados a emigrar como en el caso de Yevguéniya Chirikova, la famosa defensora del bosque de Jimki en Moscú. Hay suficientes

ejemplos. Las noticias alarmantes sobre la explotación abusiva de la naturaleza solo alimentan la sensación general de desesperanza y pesimismo. Las personas se sienten, como siempre ha ocurrido, impotentes y desamparadas frente al poderoso funcionario que solo piensa en su cartera y no en el desarrollo de una conciencia ecológica. Al igual que pasaba antes, en Rusia sigue sin existir el concepto de autonomía social sobre el que se funda la civilización occidental.

Hay leyes fabulosas para la conservación de la naturaleza en Rusia, pero no existe ningún tipo de mecanismo funcional para su implementación. Para ello se requeriría la iniciativa privada, la sociedad civil y un cierto nivel cultural y humano. Los controles puramente externos no tienen ningún sentido cuando se trata de la protección de la naturaleza, ya que los controles han de tener lugar en el interior de cada persona. La Rusia actual es una mezcla explosiva y amenazadora creada por la conjunción de las posibilidades técnicas de la era nuclear y una moral prehistórica. Además, los problemas más inmediatos para la población desplazan a un segundo plano los problemas ecológicos. Cuando las personas luchan por la mera supervivencia, no piensan en la ecología.

Los estadísticos operan con el denominado índice de miedo. Según las encuestas, los conflictos militares, el desempleo, la subida de precios, el retroceso productivo, la corrupción, la injusticia, la criminalidad, el ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres, la deficiente asistencia médica y los bajos niveles de vida están entre los primeros asuntos mencionados en esas encuestas. Por debajo de todos estos factores que generan miedo está la protección del medio ambiente. El país está cometiendo un suicido ecológico y apenas es consciente de ello.

Las macrociudades rusas se hunden en su propia basura. La separación y el procesamiento de residuos tal y como existen en Occidente desde hace tiempo no existen en Rusia hoy en día. Todos los residuos son llevados a gigantescos vertederos, un auténtico regalo para las siguientes generaciones.

Para la gran mayoría de la población de un país tan grande donde se está destruyendo la naturaleza de forma brutal, la ecología solo aparece a la sombra de un problema más grande: lo que preocupa en Rusia es la supervivencia del ser humano en lugar de la supervivencia de la naturaleza, pues el ser humano está extinguiéndose como especie en Rusia, por absurdo que suene.

La población rusa está disminuyendo drásticamente. Según los datos del censo del año 2010, mi país ha perdido un 1,6% de la población desde el último censo en 2002; esto son 2,2 millones de personas. En ocho años, ha desaparecido la población equivalente a cuatro ciudades alemanas, Frankfurt am Main, Stuttgart, Dortmund y Düsseldorf, o la población de un país del tamaño de

Letonia. Sirva como comparación que la población de Estados Unidos creció entre 2000 y 2010 en más de 27 millones de personas. La tendencia continúa igual: en 2017 los fallecimientos superaron en 115 000 personas a los nacimientos, frente a los 1,42 millones de niños que nacieron, fallecieron 1,53 millones de personas.

La atención sanitaria en las provincias rusas es, en comparación con Europa occidental, sencillamente una tragedia. En los últimos quince años el Estado ordenó cerrar la mitad de los hospitales. El sueldo medio por hora de un médico ruso es de aproximadamente dos euros al cambio, menos que el de un cajero de McDonald's.

La esperanza de vida de los rusos es mucho más corta que en Occidente, especialmente entre los hombres. Un 25% de los hombres rusos muere antes de alcanzar los 55 años. La causa principal es el alcohol. Muchos accidentes están relacionados con el consumo de alcohol. De esta forma, en las carreteras rusas mueren cada año cinco veces más personas que en España. La media rusa es de 18,6 muertos por cada 100 000 habitantes frente a los 4,7 de Alemania.[28]

Finalmente, el alcoholismo no es la causa de la alta tasa de mortalidad, sino que esta hunde sus raíces en el carácter depresivo de la sociedad. No es el vodka el que mata a los rusos, sino la impotencia en la que se encuentran atrapados, es decir, la sensación de falta de derechos, perspectivas y sostén. Pensar que nada depende de uno mismo, que nunca tendremos la oportunidad de tener una vida digna y que es imposible que las cosas cambien tiene un impacto destructivo en la mente.

Las consecuencias de la frustración son la agresión y la depresión. Esto ha sido demostrado sobradamente por la ciencia, tanto en ratas como en seres humanos. El fundamento criminal de la vida social es la causa de que Rusia ocupe el primer lugar a nivel mundial en número de muertes violentas. En 2015, en Alemania se suicidaron nueve de cada 100 000 hombres;[29] en Rusia fueron treinta y dos. Rusia lidera los *rankings* de bastantes estadísticas: el número de suicidios entre personas mayores, así como entre niños y jóvenes, el número de reclusos (750 de cada 100 000 habitantes), el número de niños abandonados por sus padres, el número de accidentes de tráfico, el número de accidentes aéreos, el número de enfermos mentales, el número de violaciones de derechos y libertades políticas.

La lista podría continuar, pero no tengo ganas.

A menudo, las personas en Occidente no se hacen una idea del grado de tensión que ha alcanzado la situación en mi país. La vida de verdad en Rusia, que

no se muestra por televisión, resulta inimaginable para la mayoría de los lectores de este libro.

La situación actual recuerda mucho a los acontecimientos de hace cien años. Al aniversario de la Revolución de 1917 los europeos rusos acudieron nuevamente con la cantinela «así no se puede seguir viviendo». El siglo XX envolvió la historia rusa en una cinta de Möbius. Cada vez que el país intenta construir una sociedad democrática, implementar elecciones, un parlamento y una república, se vuelve a encontrar en un imperio totalitario. Así fue en 1917 y así ocurrió a comienzo de los años 90. Los problemas a los que se enfrenta mi país a comienzos del siglo XXI vuelven a ser los mismos que había antes de la Revolución: una gran injusticia social y una autocracia opresora y violenta.

Otra vez, se impone una de las preguntas rusas eternas: ¿es posible una democracia en Rusia?

El retorno a la dictadura de otro país que estaba más próximo a Europa, y que llamó a la puerta de la Comunidad Europea durante muchos años, nos da bastante que pensar. Desde la Revolución de los Jóvenes Turcos de 1908 había tenido lugar un proceso constante de occidentalización en Turquía hasta que, de repente, los valores occidentales empezaron a ser rechazados. Hasta los turcos que viven en Alemania votaron a favor de una nueva autocracia.

La democracia garantiza la protección frente a la arbitrariedad de los gobernantes. Esto es lo que parece absolutamente imposible en Rusia, ya que el sentido de todo el sistema del Ulus reside precisamente en esta arbitrariedad. El poder en Rusia es y siempre ha sido una calle de dirección única. Cada movimiento en dirección contraria es duramente castigado.

El principal rasgo de la democracia es la posibilidad que tiene el pueblo de sustituir al Gobierno mediante elecciones libres y justas. ¿Existe un solo ejemplo en la historia rusa donde se haya producido un cambio de gobernantes mediante elecciones libres y justas? Putin fue entronado por la «familia» de Yeltsin. La victoria de Yeltsin frente al comunista Ziugánov en las elecciones presidenciales de 1996 fue un fraude (para alegría de la opinión pública democrática). ¿En qué elecciones eligió el pueblo a Gorbachov después de la muerte del secretario general Konstantín Chernenko en 1985? ¿Hubo una posibilidad, libre y justa, de reemplazar a Brézhnev, Jrushchov, Stalin o Lenin? ¿Quién eligió el Gobierno provisional de 1917? Por definición, el zar no podía ser elegido, su poder era «divino». Rusia aún no sabe lo que es un poder legítimo elegido democráticamente.

A la vista de este legado histórico no parece posible que pueda haber un

futuro democrático sin que haya un enfrentamiento fundamental con el pasado. En Rusia, sin embargo, la historia es instrumentalizada por el régimen. Stalin aparece en los nuevos libros de texto como un buen líder de Estado, y de este modo se impide que sus crímenes puedan ser tratados públicamente. Mi país es un mal alumno, especialmente en la asignatura de Historia. Los alemanes han sido muy aplicados en su enfrentamiento crítico con la historia y su superación de la culpa. De este modo, pudieron establecer una sociedad democrática. Alemania tuvo que superar doce años de una dictadura parda;[30] Rusia aún tiene que hacer frente a 800 años de dominio del *ulus*. Mi país aún vive en el pasado. En Rusia el enfrentamiento crítico con el pasado debe comenzar con el enfrentamiento crítico con el presente.

El reconocimiento de la culpa nacional y el arrepentimiento (aunque ciertamente al comienzo fueron resultado de la capitulación total frente a los aliados) constituyeron la base para el nuevo comienzo democrático de Alemania. Thomas Mann escribió en *Alemania y los alemanes:* «Cuando naces alemán, tienes que lidiar con el destino alemán y la culpa alemana». Sin arrepentimiento y reconocimiento de la culpa nacional tampoco es posible en Rusia un nuevo comienzo democrático. Y, sin embargo, el país ha tomado una deriva bien distinta.

En 1990, en la Plaza Lubianka, cerca del edifico de la KGB, se colocó la piedra Solovetski. Esta era un memorial a las víctimas de la dictadura de Stalin. La piedra procedía de las Islas Solovetski en el Mar Blanco, donde en su momento se levantó el primer gran campo de prisioneros de la Unión Soviética. El 29 de octubre de cada año, en el día de conmemoración de las víctimas de la represión política, cientos de personas acuden a esta piedra y leen en alto los hombres de los asesinados. Un pequeño monumento y algunos cientos de personas en un país que, entretanto, se ha transformado íntegramente en un monumento colosal a Stalin.

No existió una verdadera desestalinización de Rusia ni ningún reconocimiento de culpa por los crímenes cometidos: terror, represión, el Holodomor de Ucrania donde millones de personas murieron de hambre, las intervenciones militares en Hungría, Checoslovaquia o Afganistán. No hubo unos Juicios de Núremberg para el Partido Comunista, que durante décadas llevó a cabo un genocidio contra los rusos y otros pueblos. Con semejante equipaje histórico de contrabando no es posible atravesar la puerta hacia un futuro democrático.

Rusia tiene que reconocer su culpa de manera pública y valiente y debe pedir

perdón. El arrodillamiento de Willy Brandt en Varsovia fue para los propios alemanes mucho más importante que para los judíos o polacos. ¿Cuándo se arrodillarán los rusos en Varsovia, Budapest, Praga, Tallin, Vilna, Riga, Kiev o Grozni?

La democracia no puede ser fruto de la lucha de individuos solitarios, las masas tienen que salir a las calles. En Rusia, las protestas de la oposición son exasperadamente pequeñas en relación con la cantidad de población. La mayoría tienen ante todo un significado simbólico, dan un rayo de esperanza a los desesperados: ¡no estás solo! Eso ya es mucho. Sin embargo, no basta para hacer tambalear la pirámide de poder de Putin.

Los observadores occidentales asumían que la insatisfacción por las condiciones materiales como resultado de la crisis económica, la caída del precio del petróleo y las sanciones económicas derivarían en protestas masivas sociales. Pero la población empobrecida no salió a protestar masivamente. Las protestas de los últimos años que dieron comienzo en 2011 fueron realizadas por la nueva clase media. Nuevamente, eran los europeos rusos, cultos y con una buena situación económica, los que protestaban en Rusia. Es prácticamente innegable que esta oposición no tiene ninguna influencia en la gran mayoría de los rusos. Los reveladores informes llenos de denuncias de Borís Nemtsov, que fue asesinado, y la admirable lucha contra la cleptocracia librada por Alexéi Navalni han fracasado en su objetivo. Millones de súbditos dóciles dan su voto al poder y, en las escasas victorias deportivas, entonan alegremente todos juntos el himno nacional estalinista que une a generaciones de esclavos y dictadores. El rápido deterioro del nivel de vida seguirá sin provocar protestas multitudinarias importantes.

En ruso existe un proverbio: «¡Golpea a tu propia gente para que el resto tenga miedo!». ¿Cuál fue la primera reacción de los gobernantes del Ulus a las sanciones occidentales? Se prohibió importar alimentos de países que habían impuesto sanciones contra Rusia. Las imágenes de televisión quedarán para la memoria: tractores destruyendo con su cadena de oruga montones de alimentos. ¿Alguien se imagina que Viena, Berlín o París prohibiesen de la noche a la mañana la importación de alimentos al país? ¡Al día siguiente se producirían disturbios! ¿Y qué hicieron los rusos? Pues… la antigua mentalidad soviética ha vuelto o, mejor dicho, nunca se marchó. En aquella época había un chiste que decía que, en una asamblea de trabajadores de una fábrica, se comunica a la plantilla: «Se ha tomado la decisión de que todos nos ahorquemos. ¿Hay preguntas?». Entonces, alguien alza la mano: «¿La dirección de la fábrica nos dará

una soga o tenemos que traerla de casa?».

No se puede reprochar nada a las personas que no están dispuestas a protestar por su dignidad y la injusticia. Para protestar no basta con la valentía personal. Todo el mundo tiene una responsabilidad hacia su familia, sus hijos, sus parientes y sus seres queridos. Todos los regímenes y dictaduras se aprovechan de este sentimiento de responsabilidad que tenemos las personas hacia aquellos que queremos. Puede resultar fácil sacrificarse uno mismo por una causa justa, pero es mucho más difícil sacrificarse si eso significa tener que sacrificar a los seres queridos. Siempre somos rehenes de aquellos a quienes queremos. Y por su bien estamos dispuestos a soportar vejaciones. No se trata necesariamente del riesgo de ser arrestados o encarcelados por las propias ideas, sino que la simple amenaza de perder el trabajo nos coloca a cada uno de nosotros ante la difícil elección entre la dignidad propia y el pan para los hijos. La esclavitud verdadera siempre tiene algo de voluntaria.

El régimen no necesita una clase media acomodada y con conciencia de sí misma, más bien al contrario: los mejores súbditos son los mendigos y los muertos de hambre que dependen por completo de las limosnas del Estado en forma de un ínfimo salario. Estas personas, que hoy representan la abrumadora mayoría de los ciudadanos rusos con derecho a voto, acuden de buena gana a actos patrióticos donde se obliga a participar a los trabajadores de empresas estatales y municipales; además, aseguran siempre una buena participación electoral. El régimen necesita una población pauperizada que sea fácilmente manipulable. El bienestar del pueblo solo trae problemas a los gobernantes del Kremlin. Los hambrientos están ocupados en buscarse el pan de cada día y no salen a manifestarse a favor de un cambio de sistema.

En Rusia, falta lo más importante para una sociedad civil democrática: los ciudadanos. Los ciudadanos responsables no aparecen de la noche a la mañana, sino que tienen que ser educados a través de iniciativas que surjan desde abajo. Pero el Estado impide justamente el desarrollo de la iniciativa cívica con todos los medios habidos y por haber. Los funcionarios ven un peligro en todos los activistas que actúan por voluntad propia, y cortan de raíz cualquier iniciativa que no sea promovida por el poder. El régimen se defiende como puede apostando por la segunda cabeza mansa y dócil de este siamés ruso. Y las ideas democráticas aún son extrañas para esta cabeza. Marco Tulio Cicerón dijo: «Un esclavo no sueña con la libertad, sino con tener sus propios esclavos». Esto ocurría en una sociedad donde además de esclavos había hombres libres. Un ascenso social exitoso en el Ulus ni siquiera conllevaría convertirse en esclavista, sino

únicamente en supervisor.

La transformación democrática del país precisa una masa crítica de ciudadanos autoconscientes con un esquema de valores «europeo». Sin embargo, el número de europeos rusos que resurgen de las cenizas cual ave fénix es reducido cada vez más en el Ulus, a veces con medios brutales, otras de forma más indulgente.

Durante todo el siglo XX las élites rusas fueron aniquiladas o forzadas a emigrar. Después de la guerra civil, millones de personas abandonaron el país, y la práctica totalidad de la clase culta desapareció. Mediante la represión estalinista se erradicó el segmento más capacitado y comprometido de la población. Desde los años setenta, un chorro constante de emigrantes ha abandonado, primero, la Unión Soviética y, después, Rusia. En primer lugar, se trataba de expertos en tecnología y ciencia, es decir, la élite educativa que después sería la élite en EE. UU. u otros países. Un nombre basta para entender lo que significa el ***braindrain*** («fuga de talentos») desde Rusia: Serguéi Brin, el fundador de Google, nació en Moscú.

En los últimos años ha aumentado masivamente el número de emigrantes procedentes de Rusia. De acuerdo con las estadísticas rusas oficiales, cada año abandonan el país 100 000 personas, pero la estadística ignora la denominada emigración silenciosa. Al estar las fronteras abiertas, muchas personas emigran a países occidentales, pero siguen registradas en Rusia. Numerosos científicos, empresarios, juristas y profesionales de diferentes sectores salen del país, ya que no ven en Rusia futuro para ellos y sus hijos. Este éxodo masivo (especialmente después del inicio de la guerra de Ucrania) intensifica el estado depresivo de aquellos que se quedan.

Los horrores del siglo XX dejaron el país en un estado de enfermedad mental y espiritual. La nación sufre una tremenda depresión. La emisora de radio Eco Moscú, considerada la principal fuente de información para los opositores, llevó a cabo una encuesta en internet: «¿Cree usted que una vida digna es posible en Rusia o estaría dispuesto a emigrar?». El 80% de los encuestados estaría dispuesto a irse a Occidente y ya no cree que en algún momento sea posible vivir dignamente en Rusia.

La aparición de nuevas élites es prácticamente imposible: las universidades rusas forman académicos para los países occidentales. Los estudiantes con más talento continúan su formación en el extranjero y no regresan, ya que no ven ningún tipo de posibilidad para su desarrollo en las facultades y los institutos científicos rusos. El nivel cultural y educativo del país desciende año tras año

porque millones de emigrantes con estudios universitarios, es decir, los potenciales ciudadanos de una posible Rusia democrática, son reemplazados por migrantes de Asia central y el Cáucaso que a menudo no tienen ningún tipo de formación. A estas personas, que apenas hablan ruso, se les facilita la naturalización y, de este modo, se convierten en dóciles votantes del régimen. La brecha entre las dos Rusias se ensancha.

En la Unión Soviética se indicaba la nacionalidad en el infame punto quinto del pasaporte. Siempre que era posible, los miembros de las minorías nacionales cambiaban su nacionalidad. Si, por ejemplo, la madre era rusa y el padre judío, el niño recibía la nacionalidad del padre en su certificado de nacimiento (así estaba reglado legalmente). De este modo, en todos los documentos como el libro escolar o la tarjeta médica del policlínico decía «judío». A la edad de 16 años era posible elegir la nacionalidad del padre o de la madre cuando se obtenía el primer pasaporte interior, que era una especie de documento de identidad. Si no se tenía previsto emigrar a Israel, era mejor cambiar el «peligroso» punto quinto, pues los judíos tenían cerradas las puertas de muchas universidades y profesiones. Ser ruso en el Imperio soviético era tanto un concepto étnico como una manifestación de lealtad. Muchos miembros de las más de cien minorías nacionales que vivían en el territorio de la actual Federación Rusa llevaban a cabo el cambio de su nacionalidad en el «punto quinto». Una democracia debería encontrar también una solución para la cuestión nacional, y ello no parece estar a la vista en Rusia. Mediante el enardecimiento del chovinismo ruso, el régimen sigue retorciendo este problemático nudo.

Políticamente, la etnia rusa fue siempre una construcción incierta. A la primera oportunidad que vieron de abandonar el país, los rusos comenzaron a buscar en los archivos los certificados de nacimiento de sus bisabuelos y bisabuelas alemanes y judíos, para deshacerse de su «rusiedad». El instinto de supervivencia de sus antepasados soviéticos, que utilizaban la nacionalidad rusa como escudo protector, resultó ser un obstáculo para los descendientes. Es probable que las élites nacionales de los baskirios, jantis, komi, carelios, jakasios, calmucos y docenas de etnias se acuerden inmediatamente de sus raíces si la Federación Rusa se desintegra.

Dada la composición étnica actual, en Rusia no es posible una democracia. El imperio multiétnico es un atavismo. Rusia está a punto de alumbrar nuevos Estados nacionales al igual que ocurrió en su momento con la antigua Yugoslavia. La desintegración parcial de esta cárcel de los pueblos seguirá y las guerras no la podrán frenar.

¿Escucharán los demócratas rusos, la oposición que ya está haciendo planes para la época post-Putin, las voces de estos pueblos humillados en el Ulus de Moscú? ¿Estarán dispuestos a disolver la actual Federación Rusa?

El escritor Volodímir Vinnichenko, uno de los padres fundadores de la Ucrania independiente, pronunció en 1919 unas famosas palabras: «El demócrata ruso acaba ahí donde comienza la cuestión de Ucrania». Me temo que esto no solo se aplica al caso de Ucrania, sino que es extensible al resto de etnias que quieren salir de la cárcel rusa en busca de la libertad.

En una conocida entrevista con el periódico ***New Times,*** Mijaíl Jodorkovski, la esperanza de la oposición democrática rusa, declaraba que estaría dispuesto a ir a la guerra con tal de mantener los territorios «rusos»:

> ***NT:*** «¿Y el Cáucaso septentrional?»
>
> M.J.: «(…) Todos los problemas son menos peligrosos que la cuestión de la integridad territorial. Creo que una separación del Cáucaso septentrional supondría, haciendo un cálculo rápido, dos millones de víctimas. Considero que la guerra es algo muy malo. Pero si la pregunta es la separación del Cáucaso septentrional o la guerra, entonces la respuesta es la guerra (…). Si me pregunta concretamente si yo iría o no a la guerra, pues sí, yo iría a la guerra (…). Es nuestro país. Lo hemos conquistado.»

Parece que la maldición del Imperio mantendrá su hechizo sobre las mentes democráticas durante bastante tiempo. Una democracia no necesita ser grande, ni en términos históricos ni en términos territoriales. Pero este pensamiento tan simple no consigue hacerse hueco en la conciencia de la mayoría de los opositores rusos y, por ello, el demócrata ruso, aún hoy en día, acaba ahí donde empieza la cuestión ucraniana, caucásica o siberiana.

Hay otro obstáculo que impide la construcción de la hermosa Rusia del futuro: los dirigentes opondrán resistencia hasta el final contra su destitución.

Aquellos que se apropiaron del poder del Kremlin creían haber tomado como rehén al país entero. Pero resultó que ellos eran sus propios rehenes, rehenes de su poder.

El fundamento de la política rusa de los últimos años ha sido el miedo de un viejo hombre solitario que sabe muy bien cómo acaban los dictadores. Sabe que una jubilación honrosa es un lujo que ya no se puede permitir. Un usurpador jubilado es un sinsentido, pues en el mejor de los casos lo que le espera es la

cárcel. Un final a lo Gadafi nunca está descartado. Por ello tiene que luchar hasta el triste final por conservar su poder cueste lo que cueste. Y también sabe que los enemigos y las guerras son la pócima vital de una dictadura. Las vidas humanas, tanto da si son ucranianas o rusas, no cuentan para él.

¿Cuánta libertad tiene el Gran Kan en esta situación? Tanta como un rehén. El hombre más fuerte de Rusia es esclavo del sistema que lo puso a él, ese pequeño arribista que provenía de la extinta KGB, en la cúspide de la pirámide del poder. No se puede permitir recular e introducir reformas verdaderas porque esto garantizaría su futuro en la prisión. Cualquier paso hacia la democratización conduciría inevitablemente a un cambio de Gobierno.

«Todos los hombres del rey»[31] tienen el mismo miedo. Los bulldogs bajo la alfombra del Kremlin salen de su escondite de vez en cuando y vuelven a esconderse. Nadie sabe lo que ahí ocurre. Lo único que está claro es que todas las «torres del Kremlin» (como se denominan en Rusia los diferentes clanes del Kremlin) que rivalizan entre sí necesitan garantías personales para sí mismos y sus hijos. Es posible que los clanes reflexionen desesperadamente sobre quién sería el mejor garante de su existencia y su capital: un Putin sano, un Putin longevo o un Putin maniatado. Pero ya es demasiado tarde para que el séquito pueda deshacerse del titular del trono. Los sumisos boyardos traicionarían con gusto a su zar, pero solo él puede garantizarles sus privilegios. Un cambio de Gobierno supone para la clase dirigente un riesgo muy grande de perder el poder que poseen. La caída de Putin podría provocar una reacción en cadena que traería consigo la caída de muchos secuaces. El Gran Kan con vida es el único seguro que tienen sus colaboradores más cercanos.

Los dirigentes tienen un miedo terrible de un Maidán ruso. El detonante fue la fracasada «Revolución Blanca» de 2011 en Moscú. Las protestas fueron pacíficas e ingenuas. La gente albergaba la cándida esperanza de que los ladrones del poder serían lo suficientemente pragmáticos como para entablar un diálogo con la oposición. Con los billones que robaron a la población podrían disfrutar de un agradable retiro en la Costa Azul o en Londres. Sin embargo, cuando decidió manipular las siguientes elecciones que tuvieron lugar en la primavera de 2012, el hombre del Kremlin había tomado una decisión. Prefería aguantar hasta el amargo final. Este fue el punto de no retorno. El Maidán de Kiev que tuvo lugar un año y medio después solamente aceleró la transformación de Rusia en un Estado policial.

El miedo a una nueva revolución popular sale a veces a relucir de forma burda. En Occidente, tuvieron lugar con motivo del centenario de la Revolución

rusa varias exposiciones y eventos dedicados a estos acontecimientos. En Rusia, hasta la palabra *revolución* fue suprimida del discurso público. El 7 de noviembre se retransmitieron diversos programas de entretenimiento que no tenían ninguna relación con una de las fechas históricas más importantes de Rusia. Previamente, se habían televisado series donde la Revolución rusa era presentada como el resultado de sucias intrigas de agentes judíos y alemanes. Se trataba de imponer una clara analogía a los telespectadores: las protestas callejeras de hoy están dirigidas por agentes norteamericanos.

En lugar de conmemorar la Revolución, se conmemora la «Gran Guerra Patriótica». El 7 de noviembre de 1941 tuvo lugar un desfile militar en la Plaza Roja. Los tanques partieron directamente del desfile al combate contra los alemanes. Cada año se celebra el aniversario de este acontecimiento de forma cada vez más pomposa. En la Plaza Roja, se organiza ahora una recreación del desfile militar del 7 de noviembre de 1941. El recuerdo de la Revolución ha sido erradicado de la conciencia pública.

El poder se prepara para una lucha enconada contra la propia población. En 2016 se fundó la *Rosgvárdia,* un ejército especial que tiene la tarea de reprimir protestas sociales y políticas en el país. Evidentemente, se concedió a estas tropas el derecho de disparar a las multitudes. El jefe de la guardia personal del presidente fue nombrado comandante en jefe de este ejército. El servicio de seguridad del Estado se fusionó con el servicio de seguridad personal del Gran Kan.

Todo continuará de acuerdo a una estrategia ya probada: hay que proteger a la población. Sobre el país se ciernen actos terroristas, atentados bomba, catástrofes y guerras. Los *silovíks* intentarán generar miedo con todos los medios posibles, ya que una población atemorizada es más fácil de dirigir. Para ello, tienen una gran capacidad de proveer a los servicios secretos de una amplia gama de amenazas. Y la población, naturalmente, quiere que la protejan. Una explosión de una bomba en el metro de una ciudad rusa, un incendio en una guardería donde mueran niños o un atentando en un concierto al aire libre con cientos de víctimas mutiladas bastan para que los asustados electores estén dispuestos a conceder al poder una absolución total e ilimitada.

El puro miedo a una revolución se transforma en miedo a cualquier tipo de cambio. La clase dirigente quiere mantener el *statu quo* y teme cualquier tipo de transformación. Pretende que el tiempo se pare. No obstante, la estabilidad se basa en un fundamento altamente incierto: la vida de un solo hombre. Putin se marchará de alguna forma, ya sea política o biológicamente. La vertical del poder

depende de que el Ulus se mantenga después de la retirada del Gran Kan. Este objetivo tiene que alcanzarse a cualquier precio. La operación especial «sucesor» hace tiempo que está en plena marcha. Pero el Gran Kan no busca sucesor. Al contrario, todos los posibles candidatos al trono son eliminados. Antes o después, conoceremos los detalles secretísimos de este forcejeo por el poder. O quizá no.

¿Y quién conducirá Rusia a la democracia? La oposición democrática está peleada y no goza de apoyo y popularidad en amplias capas de la población. Duele ver que los líderes de las protestas son incapaces de ser solidarios y, en cada elección, se dedican a zancadillearse unos a otros. Les resulta imposible acordar solidariamente un candidato común opositor. Cada cual quiere ser el pastor que lidere su rebaño. Semejantes políticos no podrían ganar ni en las más limpias de las elecciones.

A ello se le suma que la oposición actual se encuentra bajo el control total del Kremlin. Si el Kremlin quiere permitir una oposición en el país, la hay. Si el Kremlin no la permite, no existe ninguna oposición. Si el Kremlin quiere mandar a prisión a los líderes de la oposición, estarán entre rejas. Si el Kremlin no lo quiere, estarán en libertad de forma temporal. La oposición está obligada a jugar según las reglas dictadas por el régimen. Este juego del gato y el ratón puede durar mucho tiempo y el resultado final no será necesariamente un sistema social libre y democrático.

Entonces ¿de qué forma pueden acceder los demócratas al poder? Solo hay dos posibilidades: elecciones libres o una revuelta masiva. La cuestión de las elecciones está clara: prácticamente no existen elecciones en Rusia y tampoco las habrá. Una revuelta es lo que temen todos, tanto en el Kremlin como la oposición democrática. Aquí tengo que citar estas líneas proféticas de Pushkin en toda su longitud: «¡Dios nos libre de ver una revuelta rusa, tan insensata e implacable! Aquellos que traman entre nosotros imposibles rebeliones, o bien son jóvenes y desconocen a nuestro pueblo, o bien, hombres sin corazón para quienes la cabeza ajena no vale media moneda, e incluso la propia, una entera».[32]

La oposición exige un cambio de Gobierno, un nuevo hombre en el Kremlin, pero ignora el problema fundamental. Da igual quién suba al trono de Moscú: gobernará la gorra, no el capitán. En el Ulus gobierna el poder. En esta obra de teatro histórica, el Gran Kan es solo un papel, aunque, ciertamente, es el papel principal. Cada actor aporta al espectáculo algo personal, una particularidad característica, e interpreta la figura del soberano de una forma nueva. Pero no puede modificar ni las palabras ni los actos de la obra. Rusia no necesita nuevos actores para el papel principal, Rusia necesita una nueva obra.

A la pregunta *¿quo vadis, Rusia?* no hay tantas respuestas.

Los líderes opositores se reúnen regularmente en diferentes foros y conferencias (por ejemplo, el Foro de Rusia libre en Vilna) para elaborar planes para una futura transformación democrática del país.

Estos planes son maravillosos. La Rusia libre del futuro comenzará con elecciones libres. ¿Pero quién las organizará y en qué términos? ¿Las mismas miles de maestras aterrorizadas encargadas de llevar a cabo el fraude en las elecciones? ¿Tendrán lugar estas elecciones en Chechenia bajo el mandato de Kadírov? ¿Podemos estar seguros de que en unas elecciones realmente libres en Rusia ganará el «traidor nacional» de la oposición democrática y no el patriota que ha luchado contra los «fascistas ucranianos» en el Donbás?

La democracia, al igual que el totalitarismo, no se proclama simplemente por decreto. Ambos son el resultado de esfuerzos conjuntos llevados a cabo por toda la sociedad. En la Rusia de Putin, el pueblo pudo ser fácilmente desplazado del control sobre el aparato del Estado porque nunca ejerció este control. Las personas no saben que se puede y se debe controlar a los dirigentes. No está en su memoria genética. Un pueblo que ansía un zar indulgente no puede convertirse de la noche a la mañana en un electorado juicioso. Las personas de tendencia liberal y una ideología occidental son una minoría insignificante en el país. Una democracia no se puede establecer sin una masa crítica de ciudadanos, sin una sociedad civil madura.

Se pueden elaborar y aprobar las mejores leyes, pero ¿quién aplicará estas leyes? ¿Quién realizará las reformas democráticas? Lo que no puede ocurrir es que en la construcción del nuevo Estado se permita intervenir a funcionarios que se han desacreditado por llevar a cabo prácticas corruptas y criminales bajo el régimen de Putin. La oposición exige un «Núremberg» ruso. Pero ¿quién organizará y llevará a cabo estos procesos? ¿Quién será capaz de realizar este enfrentamiento crítico con el pasado? ¿Quién destapará los crímenes y castigará a los culpables? ¿Qué ocurrirá con los miles de jueces expulsados que han dictado sentencias manipuladas desde arriba o con las decenas de miles de policías corruptos o con los cientos de miles de profesores que han sido partícipes del fraude electoral? Podemos destituir y sustituir a Putin, pero ¿cómo sustituir de una vez a millones de funcionarios corruptos, policías sobornables y dóciles jueces? Sencillamente, no hay más. La población de mi gigantesco país no es sustituible.

Sin una limpieza de todo el aparato estatal, las reformas no son posibles. Los años 90 regresarán, ahí fue cuando se cometió el siguiente error: después de la

desintegración de la Unión Soviética, toda la nomenclatura soviética del Partido y el Estado se mantuvo en el nuevo aparato del Estado, haciendo imposible una auténtica transformación democrática de Rusia. No basta con una actualización, hay que cambiar todo el sistema operativo del Estado ruso. Pero el país no es un ordenador, pues está habitado por personas de carne y hueso.

Un aroma a utopía llega de estos grandiosos diseños sobre una futura Rusia democrática.

No hace falta un telescopio mágico para poder divisar el futuro más cercano de Rusia. Con elecciones o sin ellas, con un cambio constitucional o gracias a un decreto de la Duma, da igual, el Gran Kan aguantará hasta el final con su dedo apoyado sobre el botón rojo del Kremlin. El pueblo callará o exclamará, pero esto no tiene ninguna relevancia para el poder. Los ciudadanos tendrán que soportarlo. Y no es la primera vez.

El régimen se esfuerza duramente en conservar la situación en el país, pero estas conservas no pueden aguantar mucho más. El estancamiento exige del Estado más energía que una evolución natural. Este organismo desgastado necesita nuevos métodos estimulantes patrióticos. La lógica bélica sigue sus propias leyes. Con toda seguridad, asistiremos en los próximos tiempos a nuevos conflictos militares y guerras regionales. Esto garantiza la continuidad en la confrontación con Occidente y un mayor aislamiento del país. Quieren hacer diplomacia a codazos, aguantar bajo el paraguas nuclear y contaminar el mundo de vez en cuando con *novichok.* Pero, a la larga, no funcionará.

En la nueva «guerra fría» Rusia no tiene posibilidades. El atraso tecnológico ruso ya no es recuperable. El país no puede desarrollar ni ordenadores ni coches propios. En la era de Elon Musk, el Ulus de Moscú fabrica satélites para aguas profundas (ya que la mayoría no consigue llegar al espacio y cae al océano). La «modernización» que lleva a cabo el régimen en el país consiste en convertirlo en una gran gasolinera.

El Estado se estableció como institución en una época en la que la fuente principal de la riqueza era el territorio que había que defender y conquistar. En el mundo actual, la inteligencia humana representa la riqueza más importante. Bill Gates, Mark Zuckerberg, Serguéi Brin, Elon Musk alimentan el Estado. Y cuando el Estado no tiene el comportamiento adecuado, las personas pueden trasladar su riqueza a otro Estado. Por ello, para los Estados modernos la expansión territorial no tiene sentido, ya que de lo que se trata es de poder extraer lo máximo del libre intelecto de los humanos.

En su momento, los bolcheviques suprimieron por decreto la brecha

temporal de trece días que existía entre la Rusia zarista y Occidente. En la nueva era «tecnológica», donde los hombres representan el valor principal y sus derechos y libertades son la primera condición para el desarrollo, un decreto no servirá para ponerse a la misma altura.

Al país le han robado su futuro. El Ulus no prevé ningún futuro. Es innegable que existe una sensación de falta de perspectivas en la sociedad rusa. La imposibilidad de cambiar la propia vida lleva a una depresión nacional que no hace más que aumentar más allá de las explosiones breves de histeria patriótica con ocasión de grandes eventos deportivos.

¿Qué escenario elegirá la historia para Rusia? Nula es la esperanza de que llegue «ayuda de emergencia» desde las inmediaciones del Gran Kan en un equivalente ruso a la Operación Valquiria. En la Alemania nazi había en el Ejército hombres con ideas propias sobre el honor y el patriotismo. En la «élite» de la Rusia actual no existe ningún entorno donde pueda desarrollarse y madurar una conspiración semejante. No habrá una valquiria que vuele hacia el Kremlin.

La pirámide del poder en el Ulus de Moscú es un edificio inquebrantable con un solo fallo de nacimiento: cuando llegue el momento de heredar el trono, toda la construcción comenzará a tambalearse. Nadie puede prever el desenlace de las luchas de poder entre los clanes que rivalizan entre sí. Solo se puede decir con seguridad que el día X llegará y el sucesor no lo tendrá fácil.

La pérdida del equilibrio de poder conducirá irremediablemente a que esta colosal pirámide criminal colapse sobre sí misma enterrando al país entero bajo sus escombros. El colapso parcial del Imperio continuará, imparable. En primer lugar, será Chechenia la que abandone este buque a punto de naufragar. La república caucásica se mantiene por ahora en la Federación Rusa solo gracias a la estrecha alianza de dos kanes, y también debido a la gigantesca cuota que paga Rusia a Chechenia.

El Imperio zarista se disolvió en pocos meses. La Unión Soviética se despedazó en tres días. La vertical de poder putiniana se desintegrará en unas pocas horas. Tras Chechenia, se separarán el resto de repúblicas del Cáucaso septentrional, y les seguirán Tartaristán, Bashkortostán y Sajá. A continuación, comenzará la lucha de las regiones siberianas por conseguir la independencia del centro bajo el lema: «¡Acabemos con el robo de Moscú de nuestros recursos minerales!».

Podemos imaginarnos lo que se avecina para Rusia si vemos lo que está pasando en la región del Donbás, donde grupos regionales mafiosos luchan por el poder con el fin de establecer su sistema criminal. Es dudoso que surjan Estados

de derecho democráticos en los territorios que en el futuro se declaren independientes de Moscú. Yugoslavia mostró la rapidez con la que pueden estallar las más brutales guerras y limpiezas étnicas dentro de un Estado multinacional. Si escala la violencia, mi país retrocederá unos cuantos siglos. Y para Occidente significará una nueva oleada de refugiados. Nos esperan nuevos tiempos revueltos en un país donde las ideas democráticas han caído en descrédito entre las masas y la población vuelca sus esperanzas en un Gobierno de mano dura. No habrá problemas en encontrar otra mano dura y tampoco Occidente pondrá reparos a aceptar esta nueva «dictadura del orden». Nadie quiere un futuro revuelto en un país con un botón rojo sin dueño.

La unidad de la Federación Rusa es una ensoñación y una mentira de la misma forma que lo era la unidad de las repúblicas soviéticas. Gorbachov quería evitar la desintegración de la Unión Soviética y, para ello, llevó a cabo el 17 de marzo de 1991 el único plebiscito de la historia soviética: «¿Debe seguir existiendo la Unión Soviética como Estado unitario?». Con un claro «sí» respondieron el 70,2% de los votantes en Ucrania, un 82,7% en Bielorrusia, un 93,7% en Uzbekistán, un 94,1% en Kazajistán, un 93,3% en Azerbaiyán, un 96,4% en Kirguistán, un 96,2% en Tayikistán y un 97,9% en Turkmenistán. Algunos meses después, el Imperio soviético pasó a mejor vida y la unidad del pueblo resultó ser un farol de la propaganda soviética, pues no hubo protestas de ningún tipo. Las repúblicas nacionales celebraron con júbilo su independencia del «hermano mayor» que habían anhelado durante tanto tiempo.

En el que es seguramente el más ruso de todos los textos de la literatura rusa, *Las almas muertas,* Gógol compara mi país con una vertiginosa troika que se abalanza adelantando a los demás países: «¿No vuelas también así tú, Rusia, como una fogosa troika a la que nada puede dar alcance? (…) Rusia, ¿a dónde vuelas? Responde. Pero no lo hace. Inunda el carruaje el formidable tintineo de las campanillas; el aire hecho jirones ruge y se transforma en viento; pasa de largo todo cuanto hay en la tierra y, con una mirada de soslayo, se apartan y le ceden el paso otros pueblos y Estados».[33] Estas famosas líneas que todo estudiante conoce dieron esperanza a varias generaciones de lectores rusos. Pues hacia algún lado galopará, ¿a un futuro brillante quizás?

Ha pasado un siglo y medio desde Gógol. El país ha acumulado numerosas experiencias históricas, y el pueblo ha tenido muchas experiencias espirituales. Los experimentos de liberación social de la época comunista condujeron a una dictadura aún más cruel. Lamentablemente, hoy, con el bagaje de todas estas experiencias, Gógol debería comparar a Rusia más bien con un tren de metro que

va de un extremo al otro del túnel: de un sistema dictatorial a un sistema anárquico y democrático y de vuelta. Este es el itinerario y el recorrido. No hay otro lugar a donde viajar con este tren.

Mi generación tuvo la posibilidad de viajar en ambas direcciones a través del túnel. La Perestroika y la debilidad del poder estatal arrojaron al país al caos de los años noventa, entonces el tren tomó la dirección opuesta y volvimos a encontrarnos en el Imperio de Putin.

Ya han anunciado las siguientes estaciones.

¿De verdad queremos ir?

---

[28] En España esta tasa es del 3,8.

[29] En España, la cifra es similar a la alemana, con ocho de cada 100 000.

[30] El adjetivo «pardo» hace referencia al nacionalsocialismo.

[31] Referencia a la novela de Robert Penn Warren de 1946.

[32] *La hija del capitán,* Aleksandr Pushkin, trad. Ricardo San Vicente. Alianza Editorial, 1966, pág. 199.

[33] *Las almas muertas,* Nikolái Gógol, trad. Marta Rebón. Nórdica, 2017, pág. 287.

FUTURO II

En el siglo XIX el poeta Tiútchev formuló el credo ruso: no se puede comprender a Rusia con el intelecto, solo se puede tener fe en ella. Desde Tiútchev, los rusos repiten este lema como un mantra. En el siglo XXI, la primera parte de su afirmación lleva ya bastante tiempo desfasada, pues se puede y se debe comprender este país con el intelecto. Pero, incluso hoy, esta frase se hace eco de lo que muchos rusos piensan, quienes aman a su país a pesar de los «patriotas»: hay que tener fe en Rusia.

Solo existe un argumento a favor de que la democracia pueda vencer en Rusia: no hay otra opción.

Existen las leyes de la naturaleza. Todo río desemboca en algún momento en el océano. Existen las leyes de la naturaleza humana. Antiguamente, se mataba a los niños enfermos, así como a las personas mayores que ya no servían para nada: la comida era escasa y no había de sobra para todos. Entonces, esa era la norma. Pero la humanidad evolucionó de acuerdo con la ley de la humanización. La evolución del *Homo sapiens* está encaminada a reemplazar actos como la agresión primaria, el afán de apresarlo todo, de doblegar a los enemigos, de marcar territorio, de someter a los más débiles, por ideas como la compasión, la empatía, la tolerancia y el sentimiento de responsabilidad hacia los más vulnerables. La historia transforma al hombre bruto de la naturaleza en un ser intelectual capaz de dotarse de virtudes tales como la templanza, la justicia y la dignidad.

Las normas cambian. Al comienzo imperaba la ley del más fuerte, pero en algún momento se formaron y aún hoy continúan formándose instituciones que protegen a los más débiles. Se trata de sustituir la arbitrariedad brutal de la autocracia por un Estado de derecho. La humanidad se encuentra en medio de un largo camino que va de la brutalidad bélica al amor al prójimo y el respeto por los derechos individuales. Todos los pueblos han pasado antes o después por este camino. Y Rusia no es una excepción.

Los dos intentos de establecer un sistema social democrático en Rusia fracasaron. Pero es seguro que habrá más intentos. La primera democracia rusa de 1917 solamente duró unos meses. La segunda, en los años noventa, aguantó a duras penas unos años. La próxima ocasión, la «tercera democracia rusa» podría sostenerse durante más tiempo. Es importante escapar del círculo vicioso de la violencia y cambiar este paradigma sanguinolento. Solo un movimiento de protesta pacífico puede ayudar en el futuro de Rusia.

La única arma de la nueva oposición rusa es la palabra. El régimen ha enviado a todos los discordantes al gueto virtual. Este gueto hierve de rabia y la furia está desbocada. En Rusia se está librando una guerra por el intelecto. Y está claro quién la ganará. En la lucha entre dictadores y la palabra libre, siempre ha terminado por vencer la palabra. En el histórico duelo ruso entre el poeta y el zar, este último no tiene ninguna posibilidad.

Es simplemente falso que los rusos no sean aptos para una democracia. Los rusos pueden vivir en una sociedad democrática de igual forma que el resto de los pueblos. La prueba de ello son los millones de emigrantes rusos que viven en Occidente y que no solo se adaptan sin ningún problema a las normas democráticas, sino que, a menudo, consiguen grandes hitos gracias a su talento y su capacidad de trabajo.

Todo depende de la norma que se establezca en la sociedad. Con el cambio de la norma, también cambian las personas. Cuando el Estado alemán convirtió en ley la persecución de los judíos, se educó a las personas de acuerdo con la norma de las leyes raciales. Pero en la nueva Alemania democrática, el antisemitismo contraviene claramente la norma.

La norma en la Rusia actual consiste en la ausencia de cualquier tipo de libertad democrática, la existencia de presos políticos, la corrupción absoluta y el miedo. Pero la norma social no cae del cielo, sino que se transforma con las personas. El hombre se educa a sí mismo. Cada persona se impone una propia norma, cambiando con ello la sociedad.

Las revoluciones ocurren porque el hombre las necesita para sentirse

humano. Si no, no existirían. En la vida, se necesitan esos momentos en los que no te dejas humillar más y sales a la calle para defender tu dignidad humana.

Son sobre todo personas jóvenes las que en los últimos tiempos han protestado contra el régimen. Miles de estudiantes en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades salen pacíficamente a las calles. Hay que ver sus caras: no muestran abatimiento ni desesperanza, sino que, al contrario, irradian esperanza y confianza en sí mismos. La generación joven no ve la televisión y no está al alcance de la propaganda. Las gentes jóvenes son diferentes. No quieren asfixiarse en el mohoso espacio putiniano. Este es otro argumento que insufla cierta esperanza. La juventud siempre termina ganando.

Sí, estas gentes en Rusia aún son una minoría, una minoría marginal. Van perdiendo la batalla, pero no temen perder. Tolstói también perdió, y Rajmáninov, y Malévich, y los siete hombres valientes que salieron a la plaza roja en 1968. Tienen una insigne compañía.

En comparación con la inerte masa humana, el número de opositores activos es muy bajo. Se concentran en Moscú, San Petersburgo y otras pocas grandes ciudades. Pero en todos los procesos históricos ha habido una vanguardia. Esta avanzadilla está dispuesta a luchar por la democracia y arrastrará a las masas consigo. En Rusia, los acontecimientos más decisivos de la historia han tenido siempre lugar en ambas capitales.

Hoy por hoy, estas personas están aún en clara minoría, pero ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana? Las reglas para derrocar un régimen son válidas en todos lados: cientos de miles de personas reunidas en las calles junto con una conspiración palaciega, o directamente un millón en la calle, y entonces no hace falta ningún tipo de conspiración.

¿Quién sabe cuál puede ser el desencadenante? ¿La reforma de las pensiones? ¿Algún «cisne negro»? ¿La próxima intoxicación de niños debido a los gases emitidos por un gigantesco basurero cercano a la escuela, tal y como ocurrió en la primavera de 2018 en Volokolamsk? En aquel momento, los padres de las decenas de niños intoxicados salieron indignados a la calle a protestar. ¿Espera Rusia una «revolución de las basuras»? Si eso ocurre, no será solo la oposición marginalizada sino una mayoría de la población del país la que grite: «¡Es nuestra ciudad, es nuestro país, no nos da igual!».

Sea lo que sea lo que depara el futuro, hoy ya salen personas a las calles y plazas de Rusia para defender su dignidad humana, y la dignidad de la humanidad entera. Y debemos hacer todo lo posible para apoyarlos.

¿Cómo pueden ayudar las democracias occidentales a estas personas? Muy

fácil. Solo hay que seguir las reglas propias. El dinero procedente de Rusia es dinero sucio. Las riquezas de los gobernantes rusos fueron robadas al pueblo. Punto. De acuerdo con las leyes de cualquier Estado de derecho el dinero criminal tiene que ser confiscado y los criminales han de ser encarcelados. Occidente tiene que hablar con los cleptócratas el lenguaje claro de la ley. Hasta ahora no lo ha hecho, pues se trata de ingentes cantidades de dinero ante las que es fácil enmudecer.

Aquellos que disfrutan de las propiedades estatales no invierten el capital hurtado en su propio país, sino que guardan su botín en Occidente. Lo hacen por una razón evidente: solo en los países democráticos, gracias a que existen una ley y unos tribunales, el dinero invertido en una cuenta o en un activo inmobiliario está protegido de la arbitrariedad del más fuerte. En Rusia, se puede apresar rápidamente el dinero, pero más rápidamente se puede perderlo.

Las leyes contra el lavado de dinero en Occidente son burladas a menudo. Como se trata de sumas exorbitantes, no parece sencillo permanecer en el marco de la ley y congelar cuentas que tienen dinero robado. Hay suficientes señores respetables y honorables en todo el mundo que buscan aproximarse a los sacos de dinero rusos. Tienen familias que alimentar y el dinero lavado no huele tan mal. No hay que morder la mano que da de comer.

No se trata de un simple atraco, es el robo del siglo. Han saqueado a uno de los países más ricos del mundo. La legalización de dinero adquirido de forma delictiva es un crimen que se está cometiendo en el territorio jurisdiccional de países democráticos y que, por tanto, debería ser castigado allí también. El botín de este robo tiene que ser congelado y confiscado, esta sería la única sanción efectiva contra un Estado de ladrones. Es seguro que los abogados, bancos, agentes inmobiliarios y fabricantes de yates de lujo ganarán menos dinero, pero las sociedades democráticas han de poder asumirlo.

La futura desintegración de Rusia despierta preocupación tanto en el país como en Occidente. Pero la fuerza centrífuga de los pueblos y regiones del último imperio del mundo no solo tiene una capacidad destructora, sino que es también una fuerza depuradora, sanadora y curativa. El futuro colapso de la Federación Rusa puede ser doloroso, pero es un paso importante e indispensable en el camino hacia la democracia. La conciencia rusa tiene que aprender a aceptar que pueden existir varios Estados cuya lengua oficial sea el ruso. El Imperio tiene que ser extirpado de las cabezas y mentes como si se tratara de un tumor maligno. Y solo cuando esta operación se haya realizado con éxito, los nuevos Estados surgidos en el antiguo territorio del Ulus de Moscú podrán implementar

reformas democráticas.

¿Una Rusia democrática en las fronteras del Ulus de Moscú del siglo XV? Sería un milagro. ¿Pero quién habría pensado antes del colapso de la Unión Soviética que su disolución sería tan rápida? Y el milagro ocurrió. ¿Por qué no pueden ocurrir otros milagros? Rusia es un país extraño donde los sueños y augurios más inverosímiles se hacen realidad. ¿Quién se tomó en serio el pronóstico de Andréi Amalrik en los años sesenta sobre la rápida y vergonzosa desaparición del eterno y poderoso Imperio soviético? ¿Quién habría pensado que el ejército soviético abandonaría Europa del Este, que las dos Alemanias se reunificarían y que surgirían nuevos Estados independientes sobre el mapa que se embarcarían rumbo a la familia de los pueblos europeos? Esto demuestra que los milagros existen.

Nadie puede saber cuándo exactamente ocurrirá el milagro. En un Estado democrático, los gobernantes se eligen nuevamente cada vez que hay elecciones. Se sabe cuándo tendrán lugar las elecciones, pero no se sabe quién ganará. En Rusia es diferente: se sabe exactamente quién ganará en las próximas elecciones presidenciales, pero no se sabe lo que puede ocurrir con el presidente un mes después de las elecciones. Tampoco Putin sabe cómo acabará el régimen putiniano. Pero su final se acerca. Ninguna dictadura, ni contando con todos los policías, soldados, jueces y prisiones, puede prohibir el futuro. De acuerdo a todas las leyes de la biología política, la hierba viva y verde agrietará el asfalto.

El canal de televisión por internet de tendencia opositora ***Doschd (TV-Rain)*** muestra en directo las manifestaciones y marchas de la oposición por todo el país. Durante las últimas protestas masivas, los manifestantes reunidos en la Plaza Pushkin de Moscú fueron aplastados brutalmente. Los «cosmonautas» (así se llama a las unidades especiales de la policía debido a su equipamiento especial) los golpearon con palos, apartaron a hombres y mujeres de la multitud y los arrastraron a autobuses con rejas.

Un corresponsal se encontraba en medio de los sucesos. Intentaba entrevistar a la gente a su alrededor. Se dirigió a una chica de diecisiete o dieciocho años que llevaba tejanos y camiseta, una adolescente normal.

—¿No tienes miedo?

—¡Claro! —respondió—. ¡Y no poco!

—¿Por qué estás aquí entonces?

—Esos de ahí arriba nos han quitado el país. He venido para que no me quiten mi futuro.

Esta chica es el futuro de Rusia.

EPÍLOGO

I. A LA ESPERA DE UN NUEVO PUTIN

Desde hace años me pasa lo siguiente: cuando un taxista en algún lugar del mundo se entera de que soy ruso, esboza de repente una alegre sonrisa, dice «¡Putin!» y levanta los pulgares. Nunca he podido comprender el aprecio que sienten los taxistas por Putin. Solo tengo claro que estamos hablando de diferentes Putins. A mi Putin no se le puede querer. El taxista ha creado un Putin a su imagen y semejanza.

El motivo por el que odiamos a mi Putin es evidente. El agente de la KGB comenzó su carrera presidencial mediante el sanguinolento sacrificio de sus compatriotas: como pretexto para la guerra de Chechenia, hicieron volar por los aires a los moscovitas que se encontraban en su bloque de viviendas. Entonces, solo se siguió en una dirección: hacia la invasión de Ucrania del 24 de febrero. Pero, durante todos estos años, otros Putins fueron admirados por muchas personas en todo el mundo.

En el caos ruso de los años 90, la estremecida población quería poner orden por fin y ver a este país humillado «alzarse desde la postración». Anhelaban un nuevo soberano con mano de hierro. Varias generaciones de esclavos se identificaban con la grandeza del Imperio. Putin prometió curar la herida nacional: el tiempo del caos ha terminado, Rusia vuelve a estar a la cabeza del mundo.

Esta imagen de un omnipotente soberano salvador de su pueblo, creada por

la propaganda, surtió efecto. El malvado Occidente quería destruirnos y solo el benévolo zar podría salvar nuestro *Russki mir.* La «repatriación» de Crimea a la Sagrada Rusia no trajo para la población mejores calles o un sistema de alcantarillado y aseos climatizados en los pueblos, pero sí la posibilidad de estar orgullosos de su Putin.

La palabra clave de la ideología putiniana es *Russki mir,* es decir, «mundo ruso», aunque en realidad *mir* significaba originalmente «concejo rural». La mentalidad del concejo rural medieval ha seguido marcando hasta hoy en día la mente de amplias capas de la población en Rusia. Si alguien grita «¡Golpean a los nuestros!», enseguida salen corriendo, blandiendo palos y horcas, sin pensar si «los nuestros» tienen razón o no. Así, la propaganda putiniana grita desde hace años: «¡Golpean a los nuestros en Ucrania!».

Esta particularidad de la «mentalidad rural» explica también por qué tantos rusos que viven en Occidente apoyan a Putin y su guerra. Físicamente viven en Berlín, Zúrich o Larnaka, pero mentalmente viven en el *Russki mir.* El conocido actor Serguéi Bodrov, una figura de culto en Rusia (en la película taquillera *Brat 2* hace el papel de un buen bandido ruso que llega a Estados Unidos y mata a cientos de estadounidenses), lo formuló claramente en una entrevista: «En tiempos de guerra no se puede hablar mal de nuestra gente, aunque estén equivocados».

En el planeta Russki Mir, Putin ocupó el lugar del victorioso y benevolente zar en la guerra del malvado Occidente contra «los nuestros». Hablemos ahora sobre su lugar en el planeta Tierra. No me interesan los numerosos simpatizantes profesionales de Putin en Occidente, que se ganan su sueldo como expertos en Rusia. Tampoco me interesan los políticos corruptos: hoy eres canciller de Alemania, mañana lacayo de Putin. Pero la desinteresada admiración por Putin sí precisa de una explicación.

No solo en plataformas *online* de la India o América Latina Putin es señalado como un héroe que por fin pone límites al imperialismo de Estados Unidos. Cuando proclamó su famoso desafío a Estados Unidos en el 2007 en Múnich, Putin no solo se hizo eco de lo que pensaban los líderes iraníes y norcoreanos: «Un mundo monopolar, es decir, un centro de poder, un centro de gravedad, un centro de decisión. Este modelo no es aceptable para el mundo. Resulta demoledor, finalmente incluso para el que tiene la hegemonía». El principio de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» unió a la izquierda y la derecha de todo el mundo.

En las democracias occidentales, había razones suficientes para querer a

Putin. Este hombre representaba valores morales como el cristianismo, la protección de la familia, la lucha contra el matrimonio homosexual y los desfiles del orgullo gay. Lo admiraban por su manifiesta libertad frente a la «corrección política», por su abierta tendencia *anti-woke.* Como líder de Estado de auténtica virilidad, Putin representaba la masculinidad despatarrada que defiende al mundo de «la locura de la ideología de género». Este «tipo duro del Este» cuestionaba tácitamente la sociedad occidental en tiempos de la cultura de la cancelación: «¿Por qué deben avergonzarse los hombres de ser hombres? ¿Por qué los blancos cargan con la culpa del racismo? ¿Por ser blancos?». Para mucha gente de los países democráticos, su pose de macho resultaba imponente.

Para Brigitte Bardot, Putin hizo más por la naturaleza y la conservación de los animales salvajes que todos los presidentes de Francia juntos. A algunos les impresionó su vigorosa pose con el torso desnudo. Roger Köppel sintetizó la admiración de los taxistas de todo el mundo por Putin: «Putin desenmascara el moralismo vacío de sus enemigos y la decadencia de Occidente». El agente de los servicios secretos y su «misteriosa alma rusa» parece no haber sido otra cosa que un reflejo de los anhelos occidentales.

Pero Putin ha decepcionado a sus admiradores de todo el mundo. No era un macho a caballo, sino un enano hinchado que se esconde detrás de una mesa interminablemente larga. Ningún político occidental ha hecho más a favor de la ampliación al este de la OTAN que Putin: habrá más países que correrán a integrarse en esta alianza militar. En lugar de proteger a los animales salvajes y el clima, manda bombardear ciudades, violar a mujeres y matar a niños. Los valores cristianos de la familia son otros.

También el *Russki mir* está profundamente decepcionado. Las malditas preguntas rusas «¿de quién es la culpa?» y «¿qué hacer?» atormentan a los intelectuales, pero para el pueblo llano la pregunta rusa más relevante es otra: «¿Es el zar auténtico o falso?». Solo las victorias podrán responder a esta pregunta. Stalin era un zar de verdad y aún es venerado hoy en día. Gorbachov perdió contra Occidente tanto la guerra de Afganistán como la Guerra Fría, «Gorbi» era claramente un zar falso y hasta hoy es despreciado y odiado en Rusia.

Con la anexión de Crimea, Putin se legitimó ante su población como zar auténtico. Sin embargo, la ausencia de victorias en la campaña de Ucrania está socavando drásticamente su legitimidad. En los canales patriotas opositores de Telegram, que cuentan con cientos de miles de suscriptores, ya se clama alta traición y se exige la victoria hasta el amargo final. Cuantos más féretros de Ucrania regresen a Rusia, más intenso será el grito de «¡Golpean a los nuestros!».

La búsqueda del nuevo zar auténtico ya ha comenzado.

Quien los ha decepcionado no es más que un hombre, un hombre que no estuvo a la altura de la imagen que sus admiradores tenían de él. El hombre desaparece, pero sus veneradores y sus ideas y expectativas permanecen. En Rusia, la desputinización la llevará a cabo un nuevo Putin con otro nombre. En Occidente, cuando Putin desaparezca, otra persona tendrá que cautivar a la gente mediante su imagen de macho y desafiar el imperialismo estadounidense. ¡Alguien tendrá que alzarse contra el matrimonio gay, la OTAN y la hegemonía de Estados Unidos! ¿Acaso se puede remediar la necesidad que tienen las personas de una política masculina?

Putin desaparecerá, pero los anhelos que proyectó no se esfumarán en el aire. El actor que ha interpretado el papel de cada uno de estos Putins en el escenario de la historia ha fracasado en todos los aspectos. Hace falta un nuevo actor para este papel.

II. CARTA A EUROPA SIN SEÑAS

¡Querida Europa!

¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Dónde estás?

Nací en Europa, pero para mí estabas más allá de la alambrada. Quería leer a tus autores, pero muchos de ellos estaban prohibidos en nuestro país. Quería pasear por las calles de tus ciudades, pero no estabas a mi alcance. Para varias generaciones de gentes soviéticas, eras un cuento de hadas, un mito. Europa es un mito ruso sobre la vida humana. Para los que nos ahogábamos tras el telón de acero, representabas los «valores europeos». Los derechos de la persona, la dignidad del hombre, la libertad: todo lo que se nos negaba.

Por esta Europa salieron los ucranianos en 2014 al Maidán. Por esta Europa, los hombres y mujeres pertenecientes al grupo de los «cien divinos» dieron su vida en las barricadas. No por la Unión Europea representada por los funcionarios de Bruselas, sino por la vida humana en casa. Se rebelaron contra la banda de criminales que gobernaba en Ucrania y aún gobierna en Rusia. Su Europa era un sinónimo de dignidad. Esto es precisamente lo que el dictador del Kremlin no les puede perdonar y no les perdonará jamás. Por eso la propaganda rusa mete en las cabezas de los rusos que Europa es igual a fascismo.

La televisión *zombifica* a la mayor parte de la población rusa, que cree que Estados Unidos y Europa libran una batalla para destruir Rusia a través de los

nazis ucranianos. En su imagen del mundo, Rusia es una isla rodeada de enemigos y Europa es la cuna del fascismo. Por lo tanto, debemos defender a nuestra patria, tal y como hicieron nuestros abuelos. La propaganda miente, pero la mentira es un arma victoriosa. Europa, no te puedes ni imaginar que tu mayor pasión es el odio hacia Rusia y tu principal objetivo es destruir Rusia.

Obviamente, no es cierto. ¿Pero qué lo es?

Acuérdate de los últimos años de la preguerra (a partir de ahora se denominará así al comienzo del siglo XXI). Te sentías enferma, agotada por tus problemas financieros, tus contradicciones, la crisis y el dominio de la burocracia. La Europa de los funcionarios que dice a los agricultores cómo deben plantar sus campos, la Europa que se ahoga ante las oleadas de refugiados procedentes de Asia y África. La Europa de la que huyen los países.

El sentimiento de Europa como casa común, que tanta alegría causó a sus creadores, se ha evaporado con el tiempo. Seguramente, esto es lo que ocurre con cualquier nueva construcción. Después de una fiesta de inauguración, los vecinos van perdiendo la alegría de vivir en comunidad. Los problemas cotidianos y otras preocupaciones los enfrentan entre sí. Uno deja la basura en la entrada, otro hace ruido por la noche, el tercero pide prestado dinero que no devuelve y otro no paga el alquiler; entonces hay alguien que intenta poner orden y enerva a todos los demás. ¿Por qué estimar a estos vecinos? ¿Y por qué se debería estimar una Europa así? No es de extrañar que las fuerzas centrífugas hayan adquirido semejante fuerza. «¡No me gusta Europa!», dijiste, y votaste a favor del Brexit. Y luego vino el covid, el cierre de las fronteras y las medidas draconianas. Procediste al autoaislamiento esperando que la «normalidad» regresara de una vez por todas. Pero después de la pandemia vino la guerra.

Solo prestamos atención al aire cuando nos falta. Los valores europeos son el aire que respiras. Si los europeos no percibían realmente su gran riqueza en los años de la preguerra —libertad, derechos constitucionales, democracia, separación de poderes, justicia independiente, elecciones libres y limpias— es porque entonces nada era tan grave. Luego llegó la guerra y ahora, Europa, te sientes tú misma de nuevo, has recuperado tu identidad. A la vista de esta amenaza común te has vuelto a unir, has vuelto a sentir la solidaridad y a percibir la necesidad de proteger tu libertad, tu hogar común, tu dignidad. Defender aquello a lo que no quieres renunciar. Todo lo que vives, todo lo que te convierte en Europa.

En el 2014 Ucrania dijo: *Je suis Europe.* Tú callaste. Y ahora que los misiles rusos destruyen las ciudades ucranianas, ahora que los soldados rusos

saquean, roban, violan y matan, finalmente has respondido: *Je suis Ukraine.*

Es como si te hubieran despertado. Ahora has despertado. Durante tantos años te has ido atando de pies y manos con los hilos de los gaseoductos de Putin. Putin te hizo drogodependiente de su petróleo. El dinero sucio de Rusia que el régimen de Putin robó a su población ha infectado tus bancos, tu economía, a tus políticos.

Los expertos corruptos te explican obstinadamente: «¡Putin y su misteriosa alma rusa tienen que ser comprendidos y se han de hacer concesiones! ¡Las sanciones nos afectarán en primer lugar a los europeos, por ello son nocivas! ¡Son los estadounidenses los que intentan separarnos de los rusos! ¡Necesitamos puestos de trabajo, gas, paz! Además, ¿y si Putin tiene razón y los que ostentan el poder en Ucrania son nazis de verdad? ¡Necesitamos paz!».

Europa, tus expertos te han engañado. Y ahora estamos en guerra.

Esta guerra te ha cambiado, te ha devuelto a tu esencia: unida, fuerte, humana. Acoges a millones de mujeres y niños de Ucrania. Renuncias al dinero sucio con el que el régimen putiniano financia sus asesinatos. Muestras solidaridad con los ucranianos, que luchan por «vuestra y nuestra libertad», por su futuro y el nuestro, por la dignidad de Europa y de la humanidad entera.

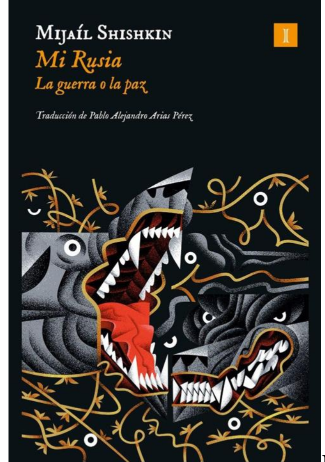
Europa, en estos duros días y semanas has vuelto a ser tú misma, te veo en las plazas de tus ciudades. Las personas que protestan contra la guerra y defienden la dignidad humana tienen rostros hermosos y maravillosos.

Para mí es importante que después de la guerra, después de nuestra victoria conjunta, sigas unida, fuerte, sabia, joven y hermosa, que reconozcas y sepas subsanar tus errores, que mantengas la conciencia de quién eres y qué quieres.

No sé si leerás esta carta. Pese a ello, te escribo y la envío sin señas.

Solo sé que las cartas no escritas son las únicas que nunca llegan.

La llegada a Impedimenta del novelista ruso más destacado de su generación Mijaíl Shishkin con Mi Rusia, una llave para entender una nación en guerra.



Desde la Rus de Kiev, pasando por el ulus de Moscú, la época imperial, la Revolución y la Guerra Fría, hasta la actual Federación Rusa de treinta años, el novelista Mijaíl Shishkin, uno de los más lúcidos intelectuales rusos en el exilio, rastrea en Mi Rusia las raíces de la problemática de su patria: una nación que desde sus orígenes se abisma en un círculo de autodestrucción. Poniendo el foco sobre la incómoda relación entre el Estado y los ciudadanos, Shishkin dilucida la actitud rusa ante los derechos de las personas y la democracia, de la que extrae la dolorosa conclusión de la existencia de dos pueblos coexistentes: los desilusionados e indiferentes que aceptan el dominio del más fuerte premiando a los gobiernos de mano de hierro y los que se resisten al poder opresivo y arbitrario intentando hacer frente al gobierno. Profundamente personal y con una amplia visión histórica, *Mi Rusia* es un relato apasionante y revelador de un Estado enredado en un pasado complejo y sangriento, así como una carta de amor a un país en guerra.

Una reveladora colección de ensayos en la que Shishkin cartografía la historia y cultura de Rusia desde el amor y el desarraigo, un país contradictorio cuyo futuro solo puede predecirse a la luz del pasado.

CITAS

«Una elegante mezcla de historia, biografía y polémica.» —***Daily Telegraph***

«Shishkin es el novelista ruso más destacado de su generación. Compararlo con Solzhenitsyn no es exagerado.» —***Sunday Times***

Mijaíl Shishkin nació en 1961 en Moscú. Está considerado el más importante escritor ruso de la actualidad. Ha sido galardonado con los principales premios de su país. Desde 1995 vive en Zúrich. Entre sus obras cabe destacar *La lección de caligrafía* (1993), *El cabello de Venus* (2005), ambas de próxima publicación en Impedimenta, así como *La toma de Izmail* (1999) y *Manual epistolario* (2011). Asimismo, es autor de *Mi Rusia* (2021), uno de los más importantes alegatos contra la Rusia de Putin escrito en los últimos años.

Título original: *Frieden oder Krieg*
Edición en ebook: junio de 2024

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid www.impedimenta.es
Composición digital: leerendigital.com ISBN: 978-84-19421-37-1

Índice